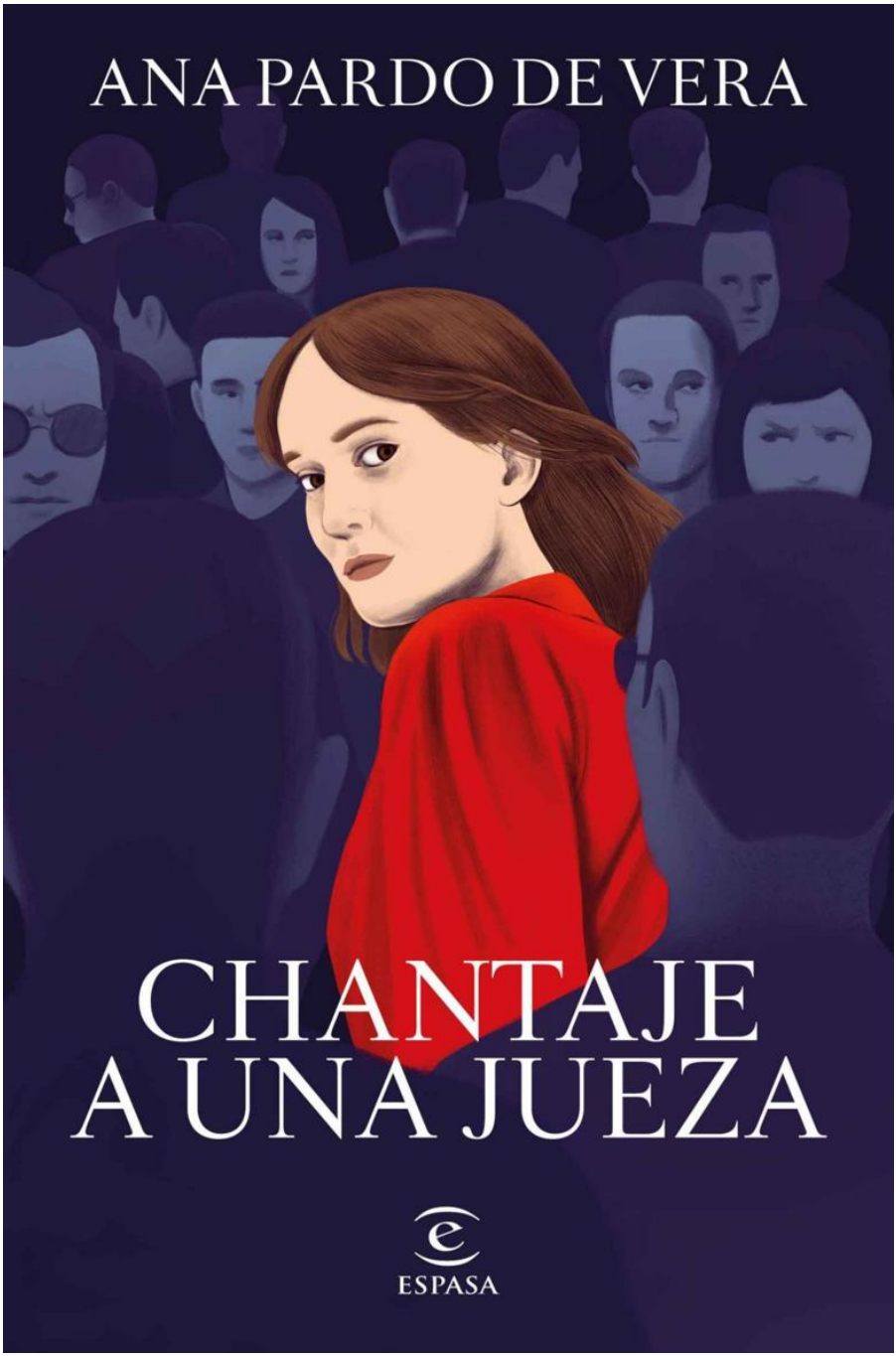
Chantaje a una jueza

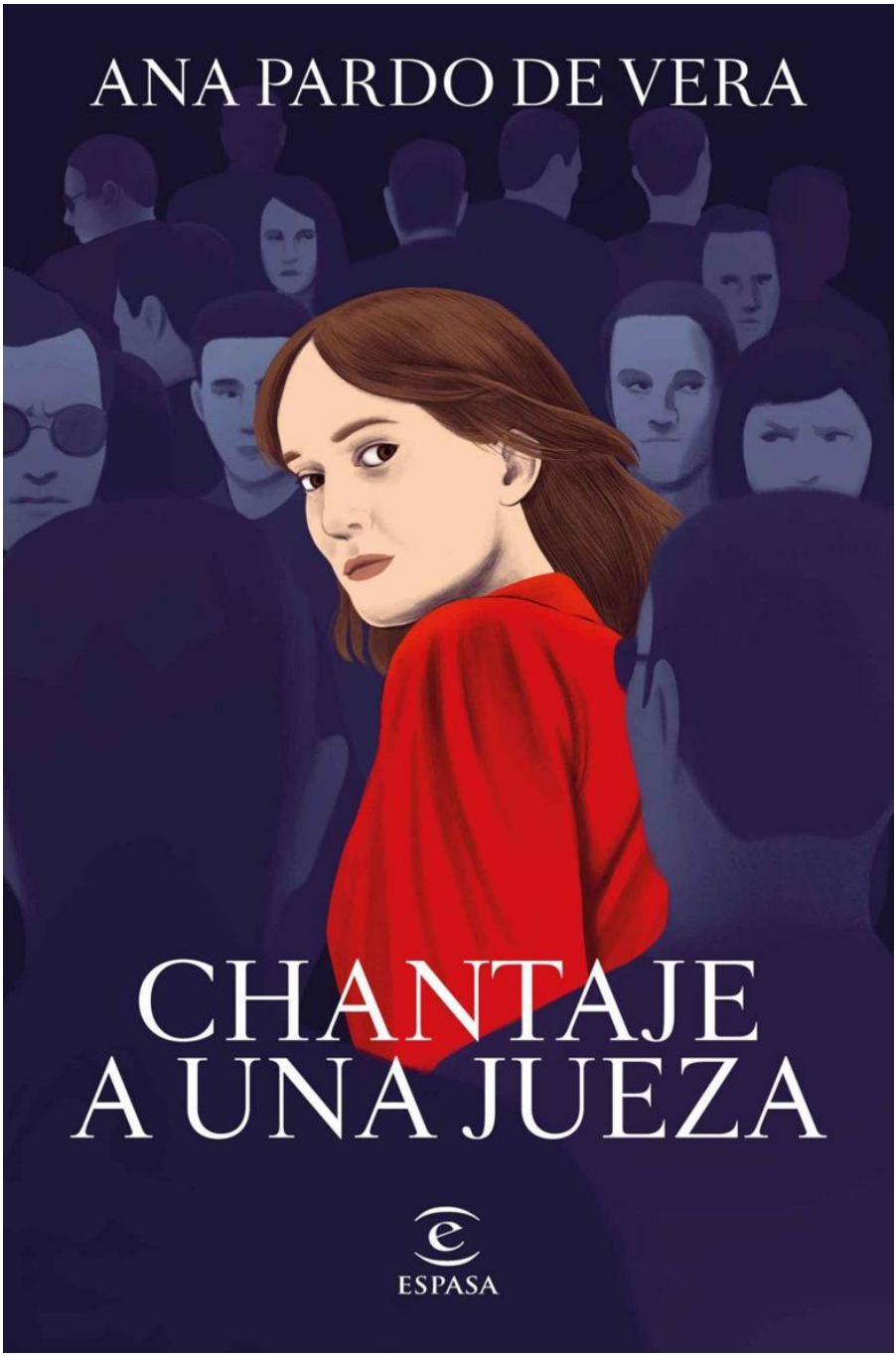
Ana Pardo de Vera

ANA PARDO DE VERA



CHANTAJE A UNA JUEZA

ESPASA



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Parte I. Enterrar a la jueza

I

II

III

IV

V

Parte II. Desenterrar a la jueza

VI

VII

VIII

IX

X

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

PlanetadeLibros

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

SINOPSIS

La crónica de la corrupción imperante en nuestro país se convierte en novela y el resultado es un relato sobre la sed incontenible de poder.

Defenestrada, pero nunca vencida, Amalia, una jueza de un juzgado de instrucción de Lugo, vive retirada en Navia de Suarna, y desde su casa roja contempla a menudo la noche densa y hermosa, plagada de estrellas, de las indomables montañas de Os Ancares.

Ahora trabaja como abogada resolviendo los pequeños asuntos de sus

habitantes. Su deseo de justicia y reparación sigue intacto, no han acabado con él quienes la apartaron de su carrera. Entonces se empeñó en destapar un macrocaso de corrupción en el que estaban implicados políticos relevantes del Partido Demócrata Cristiano, que gobierna Galicia y España esquivando un escándalo tras otro, empresarios, abogados, jueces o magistrados del Supremo.

Ya no es jueza, también ha dejado por el camino su matrimonio, su maternidad y a buenos amigos, aunque ha hecho otros nuevos, como Flor, la dueña de la taberna O Burato, donde Amalia come todos los días con sus dos copas de mencía…

O mejor dicho, comía, pues ha aparecido muerta en su cama al anochecer.

Blanqueo de capitales, proxenetismo y prostitución, políticos sobornados, abogados sin escrúpulos, dos partidos que se suceden en el gobierno y que se cubren las espaldas al margen de su presunta ideología, jueces con ansias de poder…

Ana Pardo de Vera se estrena en la novela con un «suspense político» que radiografía a la perfección lo que sucede cuando la administración del Estado se corrompe y son pocos los que luchan por evitarlo.

ANA PARDO DE VERA

CHANTAJE A UNA JUEZA

A Isabel

PARTE I

ENTERRAR A LA JUEZA

I

1

Las luces azules del coche de la Guardia Civil son la única iluminación

frente a la casa de Amalia junto a algunas linternas en manos de un grupo de vecinos curiosos. Acompañados algunos por sus perros, hombres y mujeres se arremolinan en torno a Mercedes, la vecina que encontró el cuerpo de «la jueza de Lugo», como la conocen en el pueblo. Mercedes llora sin consuelo abrazada al perro de Amalia, Rinoceronte, que responde con sus aullidos. Los vecinos no saben cómo aliviar tanta congoja: le dan pañuelos y golpecitos suaves en la espalda a ella y en la cabeza al perro.

El comandante y un agente de la Guardia Civil del puesto de Navia de Suarna permanecen en el interior de la vivienda, situada en el núcleo del municipio lucense. Aguardan a que llegue el juez de guardia para el levantamiento del cadáver.

—No parece que haya mucho que investigar, señor. Un suicidio de libro: en su cama, con pastillas a puñados y dos botellas de vino ahí tiradas del mencía que le gustaba, aunque este es del barato, no del que tomaba en O Burato de Flor, que lo tenía solo para ella... Sufrir no habrá sufrido, con la cogorza te duermes y ahí queda todo...

—Por favor, Manolo, que está el cuerpo de la juez presente...

—¿Miento, *logo*? Es para facilitar las cosas, comandante. Y es *jueza*, que lo dice mi mujer, ya sabe que Ana es una feminista militante y...

—El forense se encargará de los detalles, salgamos.

Cosme no aguanta más la verborrea de Manolo, su segundo, y le interrumpe para cruzar la entrada. Necesita tomar aire. El cabo es un agente intuitivo y ágil, que mezcla la técnica de la observación con teorías propias que saca de aquí y de allá, pero sobre todo con su curiosidad por cada cosa que hacen los vecinos de Navia. Un cotilla, vamos, que aunque en

ocasiones resulta útil, a veces se pasa de frenada. «Mira que *investigar* el mencía que tomaba Amalia...». Cosme se sonroja solo de pensar que ella se hubiera dado cuenta.

El comandante del cuartel de Navia de Suarna es de lo más correcto y profesional que ha parido la Guardia Civil, un auténtico servidor público.

Lleva quince años en Navia y se conoce el municipio como su casa, pero también la provincia de Lugo, aunque él nació en Noia, en A Coruña, y aquello no tiene nada que ver con la montaña lucense, fronteriza con Asturias y León y al pie de Os Ancares. Cosme siempre

dice a los que llegan de nuevas al pueblo que quien resiste el clima de Navia y alrededores tiene la vida resuelta porque no hay embate que supere el frío y la dureza de la solitud de los naviegos: «Si aguantas esto, puedes irte adonde quieras; si es que ya alguna vez quieres irte...».

Las primeras palabras que le dirigió a Amalia fueron también estas.

Cuando la conoció, la jueza, que se había enfrentado a todo el poder judicial, gallego y nacional, y había sido expulsada de la carrera, acababa de llegar a Navia de Suarna con dos maletas y muchos papeles y archivos que bajó ella misma de la furgoneta de la mudanza con sumo cuidado. Cosme acudió a darle la bienvenida, había seguido su trayectoria en los medios de comunicación y tenía curiosidad por conocer a la mujer que había plantado cara a las puñetas —tan puñeteras, que se lo dijeran a él— más importantes del país para destapar una macrocausa de corrupción que, al final, se la llevó por delante y acabó apenas con un par de procesamientos menores.

Le sorprendió Amalia por su estatura pequeña y su cuerpo flaco, una melena descuidada y unas manos huesudas e inquietas. Eran los ojos castaños, grandes y expresivos, los que concentraban toda la fuerza de la mujer. «Cualquiera diría que volvió loca a media judicatura y política de este país...», pensó Cosme justo antes de extenderle la mano.

—Buenos días, señora. Soy el comandante jefe del puesto de la Guardia Civil de Navia de Suarna, puede llamarme Cosme. Vengo a saludarla y a decirle que aquí nos tiene para lo que necesite

—Hola, comandante. —La voz grave y contundente de Amalia le sobresaltó—. Supongo que ya sabe quién soy; si no, no habría venido. Entre conmigo a llevar estos archivos y podré darle una mano limpia en

condiciones. También puedo invitarle a un vino, que es la hora del aperitivo.

—Estoy de servicio, no bebo.

—Sí, eso ya me lo conozco yo. Entre y brindemos por mi nuevo destino y mi nueva actividad de abogada. Seguro que podremos ayudarnos mutuamente.

Apoyado en un árbol, Julio observa al comandante parado a la entrada de la casa de Amalia bajo una luz amarilla que se acopla a él como una mortaja.

Desde su posición dispone de una buena panorámica de coches, vecinos, perros y casa. Cuando le llamaron a su despacho de Lugo para avisarle de que habían encontrado muerta a Amalia, no podía ni quería creerlo. Es verdad que el caso Lego, en el que el abogado hizo piña con la jueza para intentar destapar un entramado de corrupción compacto y poderoso en Galicia, con ramificaciones por toda España, acabó mal; y no solo para ella, expulsada de su carrera, sino para su relación de amistad, tan estrecha, tan intensa, que le obligó a romper con Amalia según se hicieron públicos los archivos de la mayor parte de las piezas de la causa y se retiraron las imputaciones de muchos de los investigados por sus actuaciones presuntamente corruptas. «No puedo más», le dijo Julio a su amiga cuando lo llamó después de enterarse del último fracaso de la macrocausa.

—¿Te has enterado, Julio? ¡Solo procesarán a Jesús, el socio del Sapo, y a Tiño, su amigo y correveidile! Tenemos que hacer algo...

—No, no haremos nada, Amalia. Al menos, yo no haré nada, tú haz lo que quieras, pero, francamente, y te lo digo como amigo o lo que queda de él, deberías soltar lastre: esta es una causa imposible, la han echado por tierra entera; miles y miles de páginas de investigación, miles y miles de euros de dinero público... Dicen que no has podido probar nada, que todo son meras suposiciones, elucubraciones fruto de un relato que te has construido en la cabeza... Te reprochan haber destrozado la vida de mucha gente, imputando sin ton ni son e intentándolo con aforados, pero te lo han tumbado todo...

—¡Qué dices, Julio! Sabes que no es verdad, tú has trabajado conmigo todo este tiempo, conoces perfectamente lo que les han hecho a esas chicas, esos empresarios, ese alcalde... esos corruptos. Se llevan el dinero a manos llenas con total impunidad.

—¿Y si todo estaba en tu cabeza y en la mía? ¿Y si tienen razón y hemos actuado con precipitación?

—¡Te olvidas de las pruebas que tenemos! Las conversaciones grabadas por Aduanas, las fotos, los testimonios de testigos... ¡Estás comprando sus argumentos, los mismos que usaron para tratar de frenarnos desde el principio! Sabes perfectamente que esto viene de arriba, Julio, tú me lo dijiste...

—Yo ya no sé lo que te dije, ahora solo sé que necesito tiempo, pensar y olvidarme de esto. He perdido años de mi vida y mi carrera para nada, volcado en una causa imposible...

—Julio, por favor, vamos a tomar un vino y recapacitemos; tenemos que revisar todo y ver qué podemos hacer.

—¡Ni vino ni hostias, Amalia! Se acabó.

Apoyado en el castaño que chorrea humedad, Julio aprieta los puños con fuerza en los bolsillos del abrigo. Avanza hacia la casa, en la que nunca había visitado a Amalia durante el año que hacía que vivía allí, trabajando de abogada, como él. Una casa pequeña, de piedra roja, en primera línea, junto a la Ponte Vella y el río que pasa por debajo. Pobra de Navia, el núcleo del municipio, es un lugar tranquilo pintado de verde y agua, que brota del suelo y cae del cielo, perfecto para visitarlo o retirarse, pero no para una mente inquieta como Amalia. La jueza estrella de Lugo, que nunca dio entrevistas a los medios de comunicación, pero que estaba en boca de todos ellos por su valentía al empezar a investigar a media clase política gallega, había acabado en un pueblo de la montaña de abogada autónoma, repudiada por esos mismos medios y esa clase política, además de por otros jueces. Amalia ejercía su oficio en peores condiciones que él, que compartía un despacho con otros dos compañeros de gran prestigio en el centro de la ciudad amurallada.

3

Cosme redacta un informe cuando Julio golpea con los nudillos la puerta de su despacho del puesto, siempre abierta salvo cuando tiene que llamar la atención a Manolo por meter demasiado las narices en las casas y la vida de algún vecino. «Jefe, ya sabe que lo hago por ir avanzando, a mí no me interesa nada la vida privada de nadie» es su excusa habitual. El comandante cree que su agente no tiene remedio: es un fisgón nato, sin mala intención, pero con una imprudencia peligrosa. Un día van a tener un disgusto serio.

Julio ha decidido dirigirse a las instalaciones de la Guardia Civil en vez de quedarse fuera de la casa de Amalia; el juez de guardia ya había llegado y él no resolvía nada estando allí. Haría mejor en visitar a Cosme, a ver qué le contaba.

—¿Comandante? Soy Julio, abogado. Soy... Era amigo de Amalia —

Cosme, de pie, deja unos papeles y lo mira por encima de sus gafas finas de metal; lo que le falta de pelo en el cráneo lo suple con unas

cejas y un bigote grises y espesos, intimidantes, pero que compensan la inferior autoridad de su figura rechoncha y atrapada en el uniforme verde

—Sé quién es, Julio, Amalia hablaba mucho de usted. Supongo que viene buscando información, pero poco puedo decirle: se trata de un suicidio, con alprazolam y botella y media de vino. En su habitación, sola.

No había nadie más en la casa. Su vecina Mercedes se había quedado hoy con Rinoceronte, el perro, porque Amalia le dijo que tenía trabajo fuera y no podía llevarlo. Cuando la vecina fue a devolver el animal a su dueña —

tenía llaves de la casa—, se encontró el panorama. Pobre mujer, entre sus llantos y los aullidos del can se enteraron todos los vecinos; allí estaban haciendo guardia frente a la casa de Amalia. Era una mujer especial, ¿sabe?

Tenía sus cosas, pero a los vecinos les fascinaba su hiperactividad constante en ese mundo suyo que usted tan bien conoce. Siempre dispuesta a echar una mano. Aquí olvidamos pronto la polémica que generó su fracaso en la causa Lego.

—Sí, lo imagino. Amalia siempre tuvo la virtud, o no, de dar con historias algo oscuras, por no decir otra cosa; supongo que los tendría entretenidos. ¿No hay duda de que se trata de un suicidio? Coincidirá conmigo, comandante, en que la jueza no daba el perfil.

—Ahí no me meto, amigo. El suicidio de Amalia es de libro, clarísimo, y la experiencia nos dice que los suicidas no avisan, sobre todo cuando son personas que viven solas y de lo que llevan dentro se enteran nada más que ellas. Puede estar doliéndoles la vida hasta el último hueso y tener unas relaciones sociales aparentemente normales. Amalia se suicidó, fin de la historia.

Julio se da cuenta de que Cosme, cuyo enfado e impotencia se detecta a leguas pese a su corrección uniformada, no va a abrir el melón de un posible asesinato cuando las pruebas son tan concluyentes, pero él no puede creérselo. De Amalia, no. «¿Y tú qué *carallo* vas a saber si hace un año que no te veías con ella, gañán?», se reprocha en silencio el abogado con la conciencia en carne viva. Con todo, le pide a Cosme el favor de que lo deje entrar en la casa de su amiga cuando acaben de revisarla y antes de que la dueña la limpie para ponerla otra vez en alquiler. Julio quiere echar un vistazo a aquello en lo que estaba

trabajando ella en ese momento: durante su última conversación, la jueza había hablado de seguir con la causa Lego para tratar de subsanar los posibles errores que llevaron al archivo de la mayor parte de las piezas, muchas, muchas piezas... Aquella es *la* causa interminable, una causa maldita.

El comandante no pone inconveniente a que Julio revise la documentación, tanto la impresa como los archivos del ordenador o incluso el móvil, pero el exmarido de la jueza y la hija de ambos están de camino desde Llanes, donde viven: «Seguramente quiera revisarlos Tucho primero, ya sabe, las fotos personales, etcétera. Borrar o guardar lo que considere y listo; sobre la documentación que le interesa a usted, los temas de trabajo, me consta que a él no le importan lo más mínimo; de hecho, los detesta».

Efectivamente, como dice Cosme, Antonio, Tucho para todos, el hombre reposado, de pantalones de pana, manos en los bolsillos y mirada dulce tras las gafas de pasta, había generado una fobia absoluta a la carrera de su mujer durante el periodo de instrucción de la causa Lego. Tanto

Amalia como Tucho y Esther, su hija, soportaron durante dos años amenazas anónimas muy duras, pintadas insultantes en la puerta de su casa de Lugo, llamadas intempestivas durante la noche para advertir a la jueza de que dejara el caso y varios sustos con la niña en el colegio. Amalia y Tucho acabaron separándose hacía dos años, uno antes de que la jueza fuera expulsada de la carrera y acabara, ahora literalmente, en Navia de Suarna.

El exmarido y Esther vivían en Llanes, Tucho había perdido el trabajo en una empresa maderera de Lugo, amigos y conocidos le negaban el saludo por el trabajo de su mujer y decidió mudarse a Asturias, donde era relativamente feliz, aun con las cicatrices y el dolor de todo lo que había sufrido con Amalia y por ella. Era un buen hombre y su relación con la jueza lo había machacado, tardaría en recuperarse. Esther, de nueve años, había decidido irse a vivir con su padre, que era quien la había criado en realidad; la madre no paraba en casa, aunque la niña la quería muchísimo.

La veía más como una amiga que como una madre. Su padre era madre y padre y Amalia, su mejor amiga. Los tres habían vivido en Lugo con Rinoceronte, un *can do palleiro*, pequeño y rápido como una anguila, que acompañaba a Amalia a todas partes. El perrete se había quedado con ella cuando Tucho y Esther se marcharon al territorio vecino.

Julio sale del puesto y coge el coche para volver a Lugo; tiene hora y media de camino, pero no le importa. Solo la idea de meterse en casa esa noche le asfixia; la angustia lo carcome por dentro. ¿Qué pasaba por la cabeza de Amalia para tomar la medida más drástica que puede tomar un ser humano?

¿En qué *carallo* andaba metida? Si la causa Lego no había podido con ella en Lugo, cuando pasaron las de Caín, ¿qué es lo que le ha hecho matarse un año después, ahora? Tiene que hablar con Xeno mañana mismo: si alguien sabe qué se traía Amalia entre manos es este guardia civil de Lugo, el guardián fiel de la jueza, su incondicional amigo.

Eugenio, Xeno, conoció a Amalia cuando esta llegó al juzgado de instrucción de Lugo y empezaron a coincidir en diferentes episodios relacionados con el trabajo de ambos. Xeno admiraba a la jueza tanto como

ella a él, por lo que de colaborar puntualmente cuando la casualidad lo requería, pasaron a aliarse en una ayuda mutua constante. También en la causa Lego, con la que Xeno llevó su implicación a máximos y, por tanto, también su frustración cuando esta fracasó. Entonces anduvo tres días borracho por los bares de Lugo, despotricando contra los jueces —que no eran Amalia—, sus compañeros de la Benemérita, contra la Policía Nacional, los políticos y lameculos del poder y hasta contra todos los hombres que se van de putas, que él sabía que eran muchos, decía. Al final, agotado y llorando como un niño llamó a Julio en la tercera noche de su deambular etílico y le dijo que se iba de Lugo, que no aguantaba más esa ciudad de corruptos, proxenetas y puteros. «A ver, Xeno, tranquilízate, lo primero y vete a dormir la mona. Vente para casa, te abro la cama de invitados y mañana hablamos con calma. ¿Quieres que vaya a buscarte?», le dijo Julio. El guardia civil, sorbiendo los mocos con gran ruido, rumió unas palabras y Julio dedujo que sí, que tendría que ir a buscarlo. Eran las dos de la mañana.

La noche en el centro de Lugo estaba poco concurrida entre semana.

Julio pensó que seguro que el bar donde se encontraba Xeno seguía abierto por no echarlo a la calle. Paco el de As Fontes era buena gente y sabía que el guardia civil, de natural responsable y trabajador, poco amigo de la juerga, debía de estar muy mal para llevar encima esa cogorza acumulada de días, apestando a vino y a Dyc, sucio y

desaliñado y, sobre todo, vertiendo lágrimas como si fuera el río Miño. Julio lo encontró derrumbado en la barra del bar, con Paco tratando de darle un café y él venga a pedir su copa de whisky nacional « *para morrer xa mesmo*». La imagen era dañina para el alma, así que el abogado abrazó a su amigo, pagó la cuenta con una buena propina para Paco y sacó a Xeno de allí medio a rastras mientras seguía llorando en una bacanal de lágrimas, mocos y aliento putrefacto.

Al día siguiente, ya en el sofá del salón de Julio, Xeno siguió llorando bajito durante horas, espoleado por la resaca y la impotencia, además de por 72 horas de borrachera que tardarían en abandonar su cuerpo. En realidad, el eficaz guardia civil nunca dejó de llorar por ese caso «tan evidente» y esa justicia tan injusta. Xeno cumplió su palabra de ebrio y se marchó de Lugo antes incluso de que se archivara la causa, sabiendo que aquello estaba

abocado al fracaso. Había perdido a su mujer durante el proceso de instrucción ejecutado por Amalia y en el que él participó activamente yendo de aquí para allá y mezclándose con la peor calaña para lograr chivatazos de compañeros suyos corrompidos. Clarita no pudo soportarlo y una noche, cuando el guardia civil llegó a casa bien entrada la madrugada, algo tocado después de estar vigilando el puticlub del Sapo, se encontró la casa vacía.

Su chica se había llevado hasta la gata que él le regaló —«maldita sea, qué bicho más *rabudo*»—, aunque no es que esto le importase. La gatita de once meses había cogido la fea costumbre de esperarle debajo de los muebles, la cama o el sofá e hincarle los dientes en el tobillo cuando pasaba por delante de ella. Solo a él; con Clarita era dulce y melosa, claro, para que la mujer no creyera nada de lo que su marido le decía sobre la maldad de la gata: «¡ *É o mesmo demo*!», gritaba agarrándose el tobillo arañado por todas partes.

Nada, no le quedaba nada. Así que Xeno pidió el traslado y, antes de que enumerara los destinos a los que le gustaría ir, a ser posible en Galicia, le informaron de que había una plaza por cubrir en Navia de Suarna, al lado de Lugo, pero tan alejada de la pequeña capital como del resto del mundo.

Aceptó inmediatamente. Conocía Navia de ir con sus padres cuando visitaban Os Ancares y dormían en el albergue aquel donde estuvo Adolfo Suárez de paso cuando ya lo habían echado de la Presidencia del Gobierno y buscaba el voto para un partido llamado Centro Democrático y Social (CDS), que no le sirvió de nada al hombre. «Como a mí —pensaba Xeno con una punzada de orgullo—, a Adolfo

le traicionaron los suyos». Y se fue a Navia sin decir nada a nadie, como si se lo hubiera tragado la tierra. Solo Amalia se enteró de dónde estaba cuando la causa Lego se archivó y ella perdió el trabajo: sola y derrotada, la jueza llamó a su fiel guardia civil en busca de alguna explicación racional que aliviara tanto interrogante y terminó convencida de irse también para Navia, aunque no con la misma voluntad que había impulsado a Xeno de romper con todo.

5

Cuando despierta en una cama que no es la suya, Julio tarda en ubicarse.

Llegó de Navia a Lugo sobre las once de la noche y se fue a tomar una copa en lo de Paco . Su local, As Fontes, donde había recogido a Xeno hacía un año a punto del coma etílico tras llorar el fracaso judicial, es el lugar donde se reunían ellos dos con Amalia, Rinoceronte, Sandra, la periodista del periódico de mayor tirada de Galicia, *O Pobo*, Tucho y Esther, antes de que a esta le llegara la hora de irse a casa. Paco insistía en darle él la cena a Estherciña, pero Tucho declinaba amablemente la invitación. La niña debía cenar algo más que la tortilla y la empanada marca de la casa, ojo, ambas de categoría superior, pero exclusivas en el sentido único de la palabra.

Además, estaba más que saturado de oír hablar siempre del trabajo de Amalia, de la causa de Amalia, de los corruptos a los que perseguía Amalia, de la Administración de Justicia que lo ponía todo tan complicado... Así que salía de trabajar, recogía a Esther en casa de la cuidadora, se tomaban un vino y un mosto respectivamente en As Fontes, acompañados, claro, de tortilla y empanada, y marchaba con la niña a bañarla, darle la cena y a acostarse ambos. Amalia nunca volvía antes de pasada la medianoche.

Las sábanas moradas le indican a Julio que está en el dormitorio de Marta, su ex. «Mierda», masculla cuando empieza a recordar que la copa de As Fontes le llevó a Farmacia de Guardia a por otras dos y de este pub volvió junto a Paco a llorar su angustia, pero este ya se había retirado, así que entró en el mítico Chuché y se dejó acariciar las lágrimas por Marta, que casualmente estaba de despedida de soltera.

—Buenos días, Julio, ¿cómo va esa cabeza? —Marta entra en el cuarto con una bandeja en la mano. Con la manicura hecha, la preciosa cabeza bien peinada y los labios rojos, rojísimos, a pesar de la ausencia de maquillaje, que detesta, Julio vuelve a la Marta de hace demasiado tiempo, que lo abandonó un día absorto en su trabajo y sin

darse él ni cuenta.

—Mal, mal, mal... En todos los sentidos.

—Bueno, si te sirve de algo, no te preocupes por nada relacionado conmigo. Estabas tan borracho y lloroso que te he cedido mi cama para no echarte directamente en el sofá. Me tuvo que ayudar Emilio a traerte, eras un peso muerto.

—Emilio...

—Sí, Emilio... Aún tendrás algo que decir.

—Nada, que le estoy muy agradecido a tu novio por haber disfrutado como una hiena al verme en estas condiciones. ¡Joder, Marta! ¿No estabas de despedida de soltera? ¿Qué *carallo* hacía tu novio allí?

—Era *mi* despedida de soltera, Julio, y Emilio se vino a tomar la última copa con su futura esposa cuando ya habíamos dado todo lo que hay que dar.

—Entiendo, discúlpame, Marta. Te felicito, es bueno saber que hay gente que avanza en la vida.

—Oye, Julio, siento mucho lo de Amalia, de verdad, pero ya sabes cuál era mi opinión sobre ella, su ascendiente sobre ti, su capacidad de llevaros a todos al abismo, a su abismo; su obsesión con el caso... Imputó a mi padre por nada durante meses, mi familia estuvo machacada y, aunque nunca le desearía la muerte a nadie, es lógico que su conciencia no la dejara vivir. A ver si ahora eres capaz de ser el de antes, Julio; el de antes de conocerla, el que yo conocí en Madrid y del que me enamoré como una quinceañera por su vitalidad y sus ganas de comerse el mundo.

El Julio que estaba ahora sobre su cama no era el Julio que Marta había conocido en Madrid. A sus cuarenta y dos años, conservaba la figura fibrosa y alargada, el pelo castaño al estilo Nacho Vegas, el cantautor que le apasionaba, y su estilo cuidado pero desenfadado, salvo cuando trabajaba de cara al público, en los juzgados u otros despachos. Entonces, Julio no tenía inconveniente en encajarse un buen traje, sin estridencias pero bien cortado. En todo caso, pensaba Marta, su rostro ahora había envejecido diez años, con la frente rayada, las ojeras hundidas y la barba de dos días, con demasiadas canas. Sus ojos castaños carecían de brillo y su sonrisa languidecía, le faltaba motivación y empezaba a sobrarle curva en la espalda.

Marta le da un beso en la frente y lo deja meterse en la ropa que le ha lavado y secado a primera hora; no quiere que su ex se vaya envuelto en olor a borrachera, tabaco de liar, humedad y tristeza. Un Alka-Seltzer y un vaso de agua le esperan en la mesilla de noche. Se los toma y dice adiós a aquel dormitorio para siempre, ya está escuchando a Emilio llamar al

telefonillo. «Vendrá a regodearse, el imbécil», piensa. Ese tipo y sus jerséis de colores, todos iguales, sobre los hombros son superior a sus fuerzas. «El niño pijo de la canción de Hombres G, *cuspidiño»*, rumió Julio.

6

—¡No quiero hablar con nadie, Patricia! Y menos con periodistas, diles que me dejen en paz.

Recién llegado al despacho, al día siguiente de la muerte —«el suicidio»— de su amiga y de su borrachera descomunal con final infeliz en casa de su ex, Julio trata de concentrarse en los casos que tiene pendientes, aun más infelices que él. Su compañera y dueña del piso donde está instalado el bufete, Patricia, le avisa de cada llamada que recibe: prensa y más prensa que quiere conocer su opinión sobre el suicidio de Amalia.

—¡A la mierda! No es día hoy para tratar de razonar por qué diablos me dediqué al derecho penal y no al cultivo de margaritas —grita desesperado Julio mientras cierra el tomo de un sumario judicial de golpe.

Cuando está cogiendo el abrigo para ir a dar un paseo y tratar de despejarse, suena su móvil: «Sandra-O Pobo». También es periodista, pero sobre todo es amiga. Con sus eternos vaqueros, sus botas gastadas y sus chupas de cuero; con una larga melena rubia amarrada con un bolígrafo cuando llueve y los ojos casi negros resaltando en una piel muy blanca, Sandra es la imagen de la vitalidad y la rapidez de acción. El retrato en bajito de Épona, la diosa celta de los caballos, piensa siempre Julio cuando la ve, moviéndose deprisa con un cuerpo fino y ágil, la mirada despierta y la sonrisa despejada y franca.

El abogado siente que la llamada de Sandra es lo mejor que le puede pasar ahora, necesita hablar con alguien que conozca bien el tema de Amalia y todavía no ha podido localizar a Xeno.

—Sandra...

—Julio, qué horror... No es posible lo de Amalia, no lo es: habíamos quedado para comer el viernes, en dos días. Estaba bien, incluso mejor que en mucho tiempo, animada, te lo juro, no son imaginaciones mías, es la verdad. Tú sabes que ella y yo no rompimos relaciones aunque nos

distanciáramos un poco al principio; desde que llegó a Navia seguíamos hablando, me ayudaba con los temas y el coñazo jurídico. No puede ser, no...

Sandra se ahoga en llanto negando el suicidio de la jueza. Habla muy deprisa, atropellándose y entre hipidos de angustia. La relación de la periodista y su fuente en el juzgado de instrucción de Lugo había traspasado la línea de la cortesía y, al compartir investigaciones, cada una en su terreno, e información habían construido una amistad estrecha y respetuosa con las formas de trabajar de cada una. Algunas veces, y ante la falta de recursos de la Administración, habían hecho seguimientos, guardias... Todo, naturalmente, bajo la mirada atenta y la colaboración de un testigo de lujo que las acompañaba en sus investigaciones oficiosas para dar testimonio si era necesario. Xeno habría dado su vida por Amalia si esta se hubiera visto en peligro en alguna ocasión, tal era la lealtad que le profesaba y lo convencido que estaba —como el resto— de las razones de la jueza sobre la macrocorrupción del caso Lego.

A Xeno la vida no le había tratado muy bien. Su padre y su madre murieron en un accidente cuando tenía diez años, así que se crio con una tía suya en Sarria, que lo traía firme como una estaca. La tía, hermana de su madre, era viuda de un guardia civil y, con las historias que le debió de contar la mujer, Xeno se construyó una imagen del héroe que quería ser, aunque en los tiempos del tío de Xeno la Guardia Civil tenía mucha más autoridad, y no de la buena. Cuando estaba con las pruebas para ingresar en el Cuerpo, su tía se cayó del tractor y se desnucó. Murió en el acto y Xeno se sintió responsable del accidente: por culpa de sus aspiraciones, era su tía Josefa la que tenía que trabajar el campo. De nada sirvió que le insistieran en que la mujer llevaba diez años arando ella misma sus propiedades antes de que Xeno se fuera a vivir a su casa a la muerte de sus padres y estaba más fuerte que todos ellos juntos.

Era por todo esto que Xeno prefería estar solo. Salvo el tiempo que vivió con Clarita en Lugo, siempre había estado solo. Se acomodaba mal a la convivencia con las mujeres y prefería ser un picaflor y llevarse muy bien con todas sus amantes. Su trabajo fue siempre lo primero, y aunque es verdad que Amalia lo había marcado

profundamente, nunca hablaba de ella

en términos amorosos, solo de admiración a una mujer especial, que condensaba todos los valores en los que él creía y a la que había que proteger por encima de todas las cosas. La jueza le restaba importancia, pero él creía realmente estar ante una *rara avis* de la justicia, alguien extraordinario como su tía, a quien no podía fallar. Aparte de que se divertía muchísimo con ella.

Cuando Sandra le dice a Julio que está cogiendo el coche para ir a Navia —«No me puedo quedar aquí, en Santiago, de brazos cruzados»— y comprobar con sus propios ojos que el suicido de Amalia es real, el abogado se ofrece a acompañarla, pero no en ese momento. Ni es bueno para la periodista conducir en ese estado de nervios ni él se ha recuperado de la noche anterior. «Ve a casa, Sandra, pídete mañana el día libre y nos vemos en Navia para comer. Allí intentamos hablar con Xeno, al que no he conseguido localizar aún, y obtener más detalles», le dice. Sandra accede a regañadientes y sorbiendo los mocos; desde que sus compañeros responsables del cierre del periódico impreso la llamaron de madrugada para comunicarle la muerte de Amalia no ha dormido y está reventada. Se verán mañana con la cabeza más fría en el lugar de los hechos.

7

Julio sale de su céntrica casa de Lugo el jueves muy temprano; no le ha dicho a Sandra que viajaría tan pronto para hacer algunas cosas él solo antes de verla. No hace ni dos días de la muerte de Amalia, treinta y seis horas como mucho, y ya está camino de Navia otra vez. La lluvia aporrea el coche y su conciencia, que le repite que si no deja las cosas como estaban, volverá a meterse en problemas. La angustia que le provoca ese pensamiento casi le hace frenar y dar la vuelta, pero conoce bien el clima de Lugo, la opresión de sus días grises y de sus paisajes aplastantes según te adentras en la montaña, que inspiran, por un lado, los pensamientos más lúgubres y por otro, el arrojo de mandarlos al *carallo* y enfrentarse a todo.

«Me comprometí con Cosme a recoger los aparatos de Amalia cuando Tucho los revisara y él estuvo allí ayer, así que debo cumplir mi palabra», piensa. Nada más. Después comerá con Sandra, se consolarán mutuamente

y preguntarán a Xeno qué le pasaba a su amiga, porque algo le tenía que pasar para tomar esa decisión tan drástica de acabar con todo. Sí, Julio se convence de que no hará nada más que eso porque no hay

nada más que hacer.

A sesenta minutos por detrás del abogado, Sandra conduce desde Compostela bajo idéntico diluvio y la misma angustia. También ha pensado en ir antes para hablar con la farmacéutica sobre el ansiolítico (alprazolam, le dijo Julio) con el que se mató Amalia.

«Te vas a meter en problemas», piensa. La periodista es muy consciente de que el editor de *O Pobo* había sido muy generoso con ella al dejarla seguir en el diario después del naufragio de la causa Lego, cuando el periódico se convirtió en el principal apoyo de Amalia contra los corruptos gracias a las piezas informativas de Sandra. Aguantaron las presiones durante dos años, aunque al final *O Pobo* sucumbió a ellas cuando comenzaron los ataques contra la jueza lanzados desde el Consejo General del Poder Judicial, el órgano de gobierno de todos los jueces, nada menos, y que acabaron con su carrera. Sandra tenía tajantemente prohibido volver a mencionar la causa Lego por muchos cabos que quedaran sueltos; prohibido bajo amenaza de despido.

El diario se jugó las subvenciones institucionales y su prestigio, aunque le salvó el apoyo popular traducido en ventas y audiencia *online*.

Pese a los muchos intentos de tumbar al equipo de *O Pobo* en los tribunales

—cada día recibían una demanda de los protagonistas políticos de la corrupción—, la justicia fue dándoles la razón al aludir siempre a la veracidad de las fuentes y los documentos oficiales que las respaldaban.

«En este país, en el que no existen las responsabilidades políticas, tendrían que haber dimitido todos y solo uno lo hizo porque desde Madrid se le obligó, menuda mierda de democracia», piensa Sandra, y golpea el volante espoleada por la frustración de un caso que, por las pruebas contundentes e indecentes que ella publicó, parecía cantado a favor de la instrucción de Amalia, pero que a la única que se había llevado por delante había sido a ella.

8

La lluvia torrencial de Lugo es un *orballo* ligero en Pobra de Navia cuando Julio aparca frente al puesto de la Guardia Civil en la avenida de Os Ancares. Son cerca de las diez de la mañana, por culpa del diluvio ha tardado dos horas desde la capital. Cosme estaría allí desde

las siete de la mañana, así que entra y pregunta a Manolo por él y por Xeno.

—El comandante está en su despacho, ahora mismo hablando por teléfono. En cuanto cuelgue, le aviso de que está usted aquí. Julio, ¿verdad?

El abogado amigo de Amalia que nunca había venido por aquí... ¿Qué pasó? ¿No eran tan amigos?

Julio levanta las cejas, la verborrea e indiscreción de aquel cabo escuchumizado y de nariz prominente le han cogido por sorpresa.

—Nos veíamos en otro sitio, pero no creo que eso importe, agente. Le he preguntado por su compañero, Eugenio, Xeno. He intentado hablar con él por teléfono, pero salta el buzón o no contesta.

Manolo no da muestras de darse por aludido con el tono cortante de Julio y todo apunta a que va a seguir preguntando si no es porque el teléfono de su mesa empieza a sonar.

—Xeno se ha cogido tres días de baja, hoy es el último; no creo que esté en Navia. Tengo que atender el aparato, disculpe, abogado. Guardia Civil de Navia de Suarna, dígame. ¿Diga? ¿Diga...?

Julio aprovecha la llamada para salir de ese tercer grado al que quiere someterlo Manolo y se acerca a la puerta abierta del despacho del comandante, que justo cuelga el teléfono con una fuerza sorprendente.

—Disculpe a Manolo, Julio, le puede su oficio y, de vez en cuando, traspasa la línea roja que lo separa de la imprudencia.

—No se preocupe, comandante, es normal. —Julio juraría que el propio Cosme ha llamado a Manolo para que lo dejara en paz; el golpe al colgar lo delata, debía de ser una táctica habitual—. Quería saber si podría disponer ya del ordenador y del móvil, con el permiso de Tucho. ¿Cómo está?

—Mal, pero resignado. Llegó aquí como si acudiera al final de una etapa que ya conocía, que sabía que llegaría... Lo peor es Estherciña; es lo suficientemente mayor para que le cuenten que su madre ha muerto, pero lo del suicido... En fin, Tucho aún no sabe cómo abordará este punto. Le he dicho lo que nos sugieren a nosotros los psicólogos cuando tratamos con familiares de suicidas: que se asesore profesionalmente antes de trasladárselo a la niña. Estas cosas pueden dejar un trauma muy perjudicial de por vida: los interrogantes, la

culpa, el rechazo a la víctima... De todo, y nada bueno.

—Entiendo... La casa de Amalia aquí estaba alquilada, supongo.

—Sí, precisamente a la vecina que le cuidaba a Rinoceronte cuando no podía llevarlo con ella, la que la encontró muerta. Por eso tenía las llaves.

Allí le he dejado el ordenador y el móvil de Amalia, junto a un montón de papeles que había por todas partes. No se ha tocado nada, así que le ruego que mire lo que quiera, pero que no se lleve nada de momento. Tucho me ha dejado una autorización por escrito para que eche usted un vistazo a lo que quiera, pero el expediente no estará cerrado hasta pasadas unas horas o días —la burocracia, ya sabe— y hay que dejar todo como está.

Cosme abre el primer cajón de su escritorio y coge unas llaves.

—Tome, es la tercera casa frente al puente, la roja.

Julio se cuida mucho de decirle que sabe cuál es la casa porque ha estado observando todo apoyado en el castaño llorón de la orilla del río Navia. Mete las llaves en el bolsillo y se despide de Cosme agradeciendo lo fácil que le ha puesto las cosas y pensando que quizás será la última vez que se vean. Al menos, es lo que pretende.

El camino hasta la casa de Amalia es corto pero resbaladizo, así que Julio pronto se arrepiente de no haberse llevado el coche; solo le faltaba hacerse un esguince, piensa la tercera vez que resbala. Frente a la pequeña vivienda roja, se le encoge el corazón y de nuevo esa angustia provocada por la lluvia y el viento de la montaña le agarra las entrañas hasta la garganta. Llega a pensar en dar la vuelta, salir corriendo y no volver a Navia nunca más, pero le puede el instinto y entra. Vestíbulo y comedor se funden en una misma estancia abarrotada de papeles, sumarios (los de la causa Lego) y periódicos (los ejemplares de *O Pobo* con las noticias

escritas por Sandra en portada). Julio tiene la sensación de estar en el comedor de la casa de Lugo que habitaba Amalia: los mismos muebles sin una mota de polvo, la misma distribución, el mismo desorden calculado, las mismas copas de vino usadas y perfectamente alineadas en la amplia mesa de comedor (la jueza las fregaba todas a la vez cuando no le quedaba ninguna limpia), los mismos libros en los estantes...

El ordenador portátil preside la mesa abarrotada, está cerrado y

apagado. Al lado, el teléfono móvil. Es el mismo que tenía cuando la conoció. Julio sale corriendo de la vivienda y vomita en el camino asfaltado los dos cafés que ha tomado en su casa de Lugo, antes de salir, como todo desayuno, se sienta en el suelo empapado y llora como un niño todo lo que no ha llorado, con la cabeza entre las piernas y echando de menos a Amalia como nunca habría creído que podría hacerlo. Cuando el llanto desesperado va remitiendo en lágrimas silenciosas que le resbalan por la cara sin afeitar, Julio se levanta y vuelve a entrar en la casa, dispuesto a encontrar aquello que ha conducido a su amiga a la muerte, empuñando Amalia la guadaña o manejándola otros. Como en sus mejores tiempos de abogado, Julio se dice en voz alta que nada es descartable.

II

1

—Alcalde, buenos días, ¿qué le parece la noticia que recibimos anoche, la del suicidio de la jueza de Lugo, la del caso Lego?

—¿El suicidio? Discúlpeme. —Roberto, el regidor de Santiago de Compostela, pese a su temple habitual, sorprendido y tembloroso, lee el papel que le acaba de pasar su jefe de prensa—. Es la primera noticia que tengo... Lo lamento muchísimo, era una mujer joven y una profesional competente, mando a su familia y a su gente todo mi apoyo y mis condolencias. Es un final terrible...

El alcalde sale disparado de una comparecencia que debía de ser su bautismo como sucesor de Miguel en la presidencia del Partido Demócrata Cristiano, el PDC, del actual presidente del partido y del Gobierno de España. Tenía previsto anunciar su candidatura para ese simulacro de elecciones primarias que celebra su partido, en las que aspiraba a reemplazar a Miguel, cuyo liderazgo se resentía en un gobierno en minoría, apoyado por socios que no eran más que una escisión del propio PDC, y con unos tribunales que no podían hacer nada para librarlo del goteo de casos de corrupción que salpicaban al partido desde su fundación en la década de 1980. Pero la noticia de la muerte de Amalia lo ha impedido.

Roberto, amigo de Miguel desde que este se fue del Bierzo a Galicia, que para Roberto es casi como decir de Galicia a Galicia, también tiene todo organizado para acceder a la candidatura de su partido a la presidencia del Gobierno. No tiene rival posible; hay un par de candidatos de medio pelo, piensa, una mujer y un hombre quince años más jóvenes y «con ideas nuevas para regenerar la política», dicen.

Roberto sonríe cada vez que escucha la misma frase que usan todos los candidatos a presidir España que en este país han sido: «Para regenerar la política». Se ríe a carcajadas

mientras piensa: «Como si eso fuera suficiente; como si para liderar un partido y un gobierno fuese suficiente con esta memez de buenas intenciones. Estos dos no tienen ni idea de lo que es pilotar un barco como el PDC. ¡El Titanic de los partidos políticos!».

Cuando logra zafarse de los periodistas, que lo persiguen más allá del atril dispuesto para su anuncio anulado, el alcalde baja al garaje y se mete en su coche, donde su chófer Basilio le espera ya para salir a una comida en un reservado, él solo. Necesita hacer varias llamadas tras enterarse de la muerte de la jueza y prefiere alejarse del despacho y comer tranquilamente en O Viveiro. El propio Basilio se ha ocupado de dar aviso al restaurante hace apenas media hora. Su chófer es la persona más fiel con la que cuenta en la actualidad: no pregunta, no habla, obedece y entiende hasta las miradas. Roberto no se fía ni de su mujer, que al fin y al cabo conoce a todo el mundo y puede pecar de imprudencia.

Roberto y Alexandra, Álex, no tienen hijos de mutuo acuerdo. Llevan quince años casados y lo decidieron sobre la marcha: la vida les sonríe demasiado en la política para no dedicarse a ella plenamente. Y más que les va a sonreír a partir de su victoria y su marcha a Madrid, que el alcalde ya da por hecha. Está harto de Compostela, harto de Galicia, que se le queda pequeña. Entiende que aquí está todo bajo control y él ya no pinta nada, pese a ser el líder del PDC gallego, el que lo domina todo, incluida a la que se supone que lo dirige todo, Adela, la presidenta de la Xunta. Nadie mueve un dedo en el gobierno autonómico ni en los ayuntamientos y diputaciones sin pasar antes por el despacho de Roberto, cuyo ascendiente sobre el líder nacional, además, es inmenso. El PDC es una formación política absolutamente jerarquizada, donde hasta los procesos de primarias para elegir a los candidatos o candidatas del partido para los muchos procesos electorales son un paripé de negociaciones e intercambio de intereses partidistas y territoriales donde los afiliados pintan nada y la cúpula de Madrid, todo. «Las primarias las carga el diablo —reflexiona Roberto de camino en el coche—, solo hay que seguir las batallas internas que se traen en el PSD», el Partido Socialdemócrata, su principal rival desde la oposición a todos los niveles. Se hunde en el asiento de piel, el cuerpo bien cuidado en el gimnasio, algo bajo pero resultón, engaña sobre sus recién

cumplidos cincuenta años. Permanece en tensión mientras mira por la

ventana. Los ojos azules, fríos, dejan entrever un leve destello de inquietud, que Basilio capta por el retrovisor en el momento en que Roberto se afloja la corbata de Hermès. Tan impecable como siempre, nota, sin embargo, que suda demasiado; se quita la chaqueta y la arroja a su lado, se sacude el pelo castaño, con tonos rojizos, que empieza a clarear en la coronilla, y lo recoloca antes de llegar a su destino. «Todo está bien, estoy en mi mejor momento».

2

Frente a unas vieiras al horno, bien salpicadas de pan rallado y cebolla, como a él le gustan, y una botella de godello que pretende vaciar entera para pasar el mal trago de la rueda de prensa y la noticia de la muerte de Amalia, Roberto trata de ordenar sus pensamientos antes de llamar a su amigo —y fiel aliado— el jefe superior de la Policía Nacional en Galicia, Eduardo, para ver qué más detalles puede darle sobre este asunto tan penoso que, además, le resulta incomprensible. Sin embargo, las llamadas al móvil de Eduardo han sido desviadas a su secretaria, que traslada al regidor que el jefe de policía está en una reunión y lo llamará en cuanto acabe «si no es urgente». «No, no es urgente, no se preocupe. Que me llame cuando termine, gracias», responde Roberto con su amabilidad habitual.

El alcalde de Santiago y la jueza de Lugo no tuvieron una buena relación; al revés. El regidor cree que Amalia estaba obsesionado con imputarle, sobre todo a él, pero nunca consiguió más que sacarle los colores en la prensa en varias ocasiones por los regalos que Carlos «O Leites», el Leches, le mandaba a su casa. Todo se descubrió por un error estúpido de ese bruto de Carlos, que se equivocó de dirección y le mandó al despacho cinco botellas de Vega Sicilia, a 1500 euros la botella, que quedaron registradas en la sede del ayuntamiento tras pasar por el detector y por seguridad. Nadie le dio importancia hasta que la jueza pidió los registros a la policía judicial y se descubrió el tomate, aunque las botellas ya no

estaban en su despacho, naturalmente. Amalia sospechaba que no era la primera vez que el alcalde compostelano recibía regalos del poderoso empresario lechero —y tenía razón—, pero no pudo encontrar nada más.

Roberto era una pieza de caza mayor para Amalia, uno de los jerarcas de la trama de corrupción gallega con ramificaciones en Madrid, según insistía la jueza, pero no pudo demostrar nada que le aceptase el Tribunal Supremo por más piezas que abriese de la causa Lego y por más sospechas que levantase el comportamiento del alcalde, que se

entrevistaba en garajes o gasolineras con empresarios y políticos de todo pelaje. Roberto estaba, además, aforado ante el Supremo, ya que era también senador en las Cortes por designación autonómica, elegido por el Parlamento de Galicia, y aquello complicaba muchísimo las cosas a la jueza. A veces, el político creía que aquello se les iba de las manos y que iban a caer todos; eran demasiados y el negocio crecía sin freno, pero el sistema policial y judicial funcionaba a la perfección en su tierra, a su imagen y semejanza, bien engrasado por años y años de favores mutuos, y así lo demostró el cierre de la causa con apenas dos procesados. También la prensa estaba «bien engrasada». Salvo *O Pobo*, que les dio duro durante meses —y pagaron por ello—, ningún medio en Galicia entró en la polémica. La prensa de Madrid, sí, pero sin demasiada animosidad. Saben bien dónde tienen los intereses y que Roberto está llamado a ser el próximo presidente del Gobierno de España, y él siempre ha tratado muy bien a la prensa.

El suicido de la jueza, sin embargo, ha provocado en el regidor compostelano una reacción poco común en él ante los medios, como si un espantajo negro sobrevolara su cabeza y no pudiera apartarlo con las manos, el presagio de algo oscuro que se avecina. Que se volviera a hablar de Amalia por pocos días que duraran los ecos de su trágica muerte; que se recordara su trabajo infatigable para pillarlos, las imputaciones de tanta gente, las prostitutas desaparecidas, las «fiestas blancas», como llamaba O

Leites a esas juergas majestuosas que organizaba aquel hombre con la cara picada... «¿Cómo se llamaba? O Sapo, sí señor, el Sapo... No sé cuál es su nombre, en realidad, pero sí que su cara es de las que no se olvidan, repulsiva, con esos dos ojos negros, vacíos y saltones encajados en un rostro cuadrado; qué hombre terrible...», recuerda Roberto. Le espanta O

Sapo, como a todo el mundo, pero reconoce en él la perfección de su carácter sin escrúpulos para el papel que tenía encomendado: «Tener al puterío en orden y la fiesta preparada», piensa Roberto, y sonríe.

3

Sentado en el reservado de O Viveiro, Roberto recuerda cómo ha llegado adonde está. La vida del alcalde de Compostela ha sido un camino de rosas a las que habían amputado las espinas, no tiene ninguna queja. Hijo único, su familia no era rica, ni mucho menos, pero sus padres le habían dado todo lo que había querido. Su madre, Antonia, era la maestra de Lengua y Literatura del colegio de Ames, en la provincia de A Coruña, donde él se crio. Su padre, Roberto como él,

tenía una panadería que surtía a todo el *concello* y más, ya que sus empanadas de berberechos, vieiras o *xoubas* en pan broa habían traspasado fronteras y las pedían por encargo de toda Galicia y alrededores. Roberto padre había llegado a contratar a cinco trabajadores y eso, hace seis décadas, era todo un logro. El hoy alcalde eligió estudiar Empresariales en Santiago de Compostela y hacer un máster en Administración de Empresas en Madrid, donde dos compañeros intentaron meterle el gusanillo de la política, entonces sin éxito. Los acompañaba a los actos y reuniones de la organización juvenil del PDC, pero Roberto se limitaba a observar con mucho interés los diferentes perfiles de aspirantes a alcanzar el poder, una ambición que en la mayoría estaba muy por encima de la de defender los intereses de la gente y del país.

A esas edades todavía quedaba algún idealista, pero poco a poco, según iba pasando el tiempo, se reconvertían: primero el poder, luego el «ya le diremos a la gente qué es lo que quiere y que aún no sabe». Políticos profesionales la mayoría, pero Roberto quería ser mucho más que eso.

Volvió a Galicia, se preparó una oposición al cuerpo superior de funcionarios de la Xunta, para entrar de cabeza en la Administración y, con un buen conocimiento de sus estructuras financieras, se instaló al cabo de dos años en el departamento de Hacienda como director general. El PDC de Galicia ya estaba mimándolo gracias a sus contactos en Madrid, pero Roberto, de momento, solo se dejaba querer, viajaba a la capital de España

con frecuencia, llevaba una vida desahogada con gente de dinero no siempre recomendable, pero no dejaba que los asuntos de ninguno de sus amigos «de dudosa reputación», como le decía su madre, le tocasen, aunque los conocía a la perfección: a ellos, a ellas y sus negocios e implicaciones criminales.

En Galicia, durante las décadas de 1980 y 1990, el tráfico de tabaco y de droga corrompió a una buena parte de las instituciones, particularmente de la política y la empresa. Era casi imposible codearse con las grandes fortunas gallegas de entonces, que no pertenecieran a la aristocracia terrateniente, menos acaudalada que los narcos, sin entrar en contacto con estos. El narco lo contaminaba todo, pero Roberto era escurridizo y consiguió que aquella etapa de su vida pasase prácticamente desapercibida; apenas un par de fotos de juventud con varios traficantes que no llegaron a afectar a su carrera política aunque fueron publicadas en la prensa nacional.

«Si hubiera sido como ahora, en plena era tres o cuatro de la tecnología, de las redes sociales, cuando todo el mundo lleva una cámara, o dos, en la mano... —al alcalde le tiembla el pulso cuando bebe de su copa de vino blanco mientras recuerda—, me habrían machacado».

4

La vibración del teléfono móvil sobre la mesa, al lado de la cesta de pan de Arzúa, sobresalta a Roberto, concentrado como está ahora repasando los doce meses del calvario judicial al que sometió la jueza de Lugo a la política gallega sin que a él le rozase apenas. Es Eduardo, el jefe de policía, que debe de haber salido de la reunión en la que estaba.

—Eduardo, ¿qué tal? ¿Te has enterado?

—Buenos días, alcalde. Para no enterarme. Tengo a mis tropas conmocionadas, pero me dicen desde la dirección general de Madrid que es la Guardia Civil la que está más inquieta... La conocían lo suficiente como para pensar que no da el perfil de una suicida, trabajaron con ella dos años.

—¿Cómo que inquietos? ¿Qué *carallo* estás insinuando, Eduardo?

Maldita sea, ¡que en el puesto de Navia ni siquiera pidieron autopsia! ¡No había nada, nada!...

—Alcalde, tú y yo sabemos que hay mucha gente deseando que a Amalia se la tragara la tierra...

—¡No digas tonterías, Eduardo! Os encanta montaros películas, pero la vida es más sencilla que eso. Conseguimos mandar su causa a la mierda hace un año y, lo que es mejor, a ella la enviamos a la punta más alejada del territorio gallego, la expulsamos de la judicatura. Con un poquito de mejor puntería estaría, incluso, viviendo fuera de Galicia. ¿Qué *fillo de puta* iba a querer matarla ahora, cuando hace un año que todo terminó?

—A ver, jefe, yo no estoy diciendo que nadie la matara; estoy diciendo que en la Guardia Civil están inquietos porque la conocen y les ha dejado mal sabor de boca que nadie viera venir esto. Trabajaron con ella codo con codo, no lo olvide, y no da el perfil de suicida porque...

—¿Que no da el perfil? ¿Otra vez me lo vuelves a decir? ¿Una tipa que tuvo imputada a media Galicia y a la otra media muerta de miedo por

si le caía el sambenito porque un juez o un alcalde los había invitado a una caña o a un pincho de tortilla? ¿Qué me estás diciendo, Eduardo?

Roberto, con dos tercios de la botella de godello en el estómago, empieza a calentarse. Y es consciente, así que cuenta hasta diez con su habitual autocontrol, incluso con alcohol en el cuerpo, y se dirige al jefe superior de policía en un tono apacible.

—Eduardo, vamos a ver, escúchame bien, cabeza fría... Amalia investigó, imputó, relacionó, implicó... *chámalle equis*, a mucha gente en la causa Lego. Piensa, amigo, que toda esa gente tenía familia, hijos, negocios honrados en muchos casos, aspiraciones en otros tantos... Y tú sabes que por mucho que la justicia archive, el señalamiento mediático es el que decide, y la mayoría no han podido rehacer sus vidas, han quedado tocados.

Amalia destrozó la existencia de familias enteras en solo un año de instrucción... ¿Crees que no da el perfil de una suicida? ¿De verdad? Todas esas personas, hombres, mujeres, madres, hijos, familiares, amigos, vecinas... paseándose por su cabeza y recordándole una y otra vez lo que les había hecho sin pruebas ni apoyo judicial. ¿Quién puede vivir así?

—Tienes razón, Roberto, ya sabes que no he querido insinuar en ningún momento que tú o tu gente hayáis tenido algo que ver con este asunto. Solo quería avisarte de que hay personas afectadas, que

probablemente son menos de los que se alegran, pero las hay. Y tú y yo sabemos que, tras los días vividos, las aguas deben bajar por el río siempre sin corrientes subterráneas, más en territorios tan pequeños y complejos como esta Galicia nuestra.

—Tuya, Eduardo, tuya, que yo me voy en nada...

—Cierto. ¿Y por qué no lo has anunciado hoy, como tenías previsto, en la rueda de prensa?

El alcalde de Compostela se queda callado. Eduardo, el policía aparentemente bobo que llegó a jefazo en Galicia, blanco, blando y escurridizo como el tocino de macrogranja, no tiene un pelo de tonto. Por eso lo puso ahí, al mando de la Policía Nacional en Galicia.

—La pregunta sobre el suicido de Amalia me dejó noqueado, Eduardo.

No me parecía el momento alegre que me prometía para anunciar nada, francamente.

—Hiciste muy bien, hay tiempo y es mejor que todo esto pase.

Tenemos los mejores argumentos para la prensa: empatía con ella pese a todo lo que hizo sufrir a tanta gente señalada injustamente, nadie se merece un final así, todo el afecto a su familia, su celo profesional indiscutible es el que le jugó una mala pasada y distorsionó la realidad... En fin, alcalde, ya sabes: el muerto... la muerta, al hoyo... En dos días, todo olvidado y tú, a la Presidencia del Gobierno, que en Madrid están mucho peor que nosotros.

Eduardo se ríe con ese tono asmático, tan característico suyo, y se despide alegando papeleo. «Mira que es mal bicho», piensa mientras apura la última copa de la botella, ya mucho más tranquilo después de hablar con su colega, retorcido pero certero como Lucifer. Son las cinco de la tarde, el alcalde de Santiago abandona el pequeño reservado de O Viveiro convencido de que Amalia se suicidó. «Pobre *moza*, y tenía los cojones bien puestos, no digo que no». Basilio se lo lleva a dar una vuelta hasta A Coruña y vuelta, una horita para que duerma la siesta. La tarde aún será larga y tiene que hablar con O Leites, asegurarse de que nadie ha cometido la pifia de cargarse a Amalia. «Estaría bueno, matar a una jueza», y se duerme.

5

En Cospeito, el pequeño municipio colindante con Lugo, no para de llover.

Lo raro sería que no lo hiciera, pero últimamente el clima se resiente también en Galicia: crecen los incendios más allá del verano y ese es el síntoma de que la lluvia merma y la grandeza del paisaje se encoge. Carlos, conocido como O Leites, mira con preocupación por el ventanal de su despacho, que abarca el núcleo entero de su imperio lácteo, una especie de sala de máquinas gigante desde la que dirige y coordina, con la tecnología más sofisticada, las granjas distribuidas por toda Galicia, Asturias y parte de Cantabria. Unas vacas que no pastan en verde abundante son sinónimo de mala leche y él cuida mejor a sus vacas que a su familia, le va el negocio en ello y es el mejor del mundo... del país, al menos.

Carlos es uno de los empresarios más ricos y poderosos de Galicia y de España en general. Poco conocido fuera de los ámbitos empresariales e institucionales, O Leites comenzó con una pequeña y cuidada granja de vacas, apenas treinta cabezas heredadas de sus padres, en el mismo lugar donde se encuentra su centro de control, ahí, en Cospeito. Ahora tiene un emporio que incluso le permite exportar a Estados Unidos sus

productos de la mejor calidad. Carlos no ha sucumbido al negocio de las macrogranjas: animales hacinados que no ven la luz del sol, comen pienso de soja sin catar la hierba, las hojas... el verde de la tierra húmeda, su entorno natural. Ni hablar, el día que tenga que hacer eso cierra y se retira. Y tentar le habían tentado, porque aparte de granjas, O Leites es uno de los grandes terratenientes gallegos, claro, al disponer de extensas propiedades por las que circula su ganado y a las que los siniestros fondos de inversión les han echado el ojo para instalar sus viveros de cerdos, como si los pobres animales fueran mejillones pegados a las cuerdas de las bateas, sin moverse más que para ir al matadero.

De vez en cuando, el empresario se paseaba por todas sus granjas.

Aparecía con su cuerpo grueso por sorpresa para asegurarse de que sus empleados cuidaban al ganado como a su madre, y al que no lo hacía, lo echaba. Carlos observaba fijamente a esas vacas y a esos terneros de ojos como pantanos y creía que le daban las gracias a su manera, porque, aunque

alguno de estos animales estuviera destinado a carne, bien se encargaba él de hacer los sacrificios en mataderos de su propiedad, con los animales sedados y sin sufrimiento alguno, con veterinarios pendientes de que no hubiera ni un segundo de agonía. O Leites asistía a las matanzas, pero le seguía costando mirar sin dolor al ganado criado en sus propiedades sacrificado para hacer negocio, porque siempre le recordaba ese primer día que, con ocho años, se levantó a escondidas de su padre y su madre y se escabulló por el camino pedregoso hasta la granja familiar para asistir a su primera matanza, la del cerdo Leonardo, un animal inmenso, macizo como una roca y grande como un armario, de color rosa y manchas grises, con pelos duros y largos en las cejas y en el morro. Esos mismos pelos duros que ahora Carlos tenía en la cabeza, muy recortados también en las orejas, la barba oscura asomando por mucho que se afeitase y ocupando más de la mitad de su cara grande y fofa. O Leites había heredado el pelo de Leonardo, pero en negro. Y lo tenían en las manos de oso, los brazos, la espalda, el pecho colgante y la barriga abombada. Ni se le pasó por la cabeza que esa manta de púas pudiera quitarse o que algún hombre pudiera plantearse semejante cosa.

Carlitos había conocido a Leonardo de bebé, le había dado de comer los primeros días leche de vaca con un biberón improvisado: un quinto de Estrella Galicia con una tetina encajada en el cuello de la botella. La madre de Leonardo, la cerda Evarista, había tenido tantos hijos que no daba abasto para amamantarlos. Y cómo tragaba Leonardo; y

Carlitos, qué feliz con el cochinillo rosa, recubierto de una pelusa puntiaguda en la cabeza, agarrado a él como si fuera un bebé humano. Después, Leonardo se quedaba dormido en brazos del niño, babado de leche y gruñendo de satisfacción hasta que le tocaba la nueva toma. Jugaron durante cinco años hasta que el marrano fue tan grande que su madre le prohibió subirse encima, no fuera que el *cocho* aplastara a Carlitos en una mala caída.

Cuando su padre y los ayudantes de su padre inmovilizaron a Leonardo en la nave, bien atado y agarrado por las patas, y lo tumbaron en un banco de madera, bocarriba, gritando como nunca creyó Carlitos que pudiera gritar un ser vivo, al chaval no le dio tiempo a apartar la vista de la escena que le atravesó los ojos: un cuchillo inmenso que brilló arriba y un

chorro de sangre que llegó hasta el techo y salpicó a todos, desde las botas de goma hasta la raíz del pelo. Leonardo quedó tumbado en el banco, con convulsiones primero e inerte después, mientras se desangraba y dos mujeres acercaban los cubos para recoger ese líquido rojo incesante, que no paraba de brotar del cuello de su enorme cerdo.

«Leonardo no sufrió, hijo —le dijo su madre cuando lo encontró paralizado, temblando en un rincón de la granja y pálido como la manteca

—. Es la forma más rápida e indolora de hacer la matanza, cerdo por cerdo, animal por animal, con la precisión exacta que requiere el movimiento del matachín, con el tajo en el cuello para que no sufran». O Leites, no obstante, no quiso saber nunca más de porcino y se dedicó a la leche, dejando que los ternerillos rubios fuesen a granjas suyas muy puntuales, donde crecían, engordaban de forma natural y eran sacrificados como antes, sin que sufrieran. O eso decían, nunca se fio del todo, por eso se paseaba compulsivamente por sus dispersas instalaciones para desgracia de sus trabajadores.

Porque O Leites no tenía con los humanos la misma consideración que con los animales. Así como creía que a estos les debía su negocio, que daban su vida por él y para él, Carlos consideraba que sus empleados le debían todo a él: su trabajo —pagado al mínimo— y su vida, la que pudieran construir, eso le daba igual. Y todo ello se lo había enseñado su padre, que cuando se enteró por la noche del disgusto y el *shock* que su hijo se había llevado por la matanza de Leonardo, entró en la cocina y le dio tal bofetada que lo tiró de la banqueta donde cenaba.

—Pero ¿tú qué te crees que estás comiendo, hijo? ¿Chorizo de acelgas?

—No, padre. De cerdo...

Carlitos se incorporó del suelo con ayuda de su madre, que miraba a su marido con lágrimas en los ojos, implorándole en silencio que lo dejara en paz, que era un niño... Pero bien sabía ella que pinchaba en el hueso que tenía Xurxo por corazón, que ni el tuétano lo rellenaba de tan duro como era. Sabela solo rogaba a Dios que esa bestia con la que compartía cama cada noche la masacrase todos los días a ella antes que tocar a Carlitos, pero

conforme el niño crecía, también le tocaban los empujones y las bofetadas brutales de su padre, que entendía así la educación de su hijo, como la que él mismo había recibido: a golpes.

Cuando Carlos cumplió trece años y ya era un mozo grande y velludo, el primer jueves por la noche tras su aniversario, su padre lo llevó al lugar del que él volvía tan tarde los viernes y los sábados, algo borracho, no mucho: la discoteca. A Xurxo no le gustaba perder el control y que alguien pudiera aprovechar ese momento para subírsele a la chepa. No se fiaba de nadie, así que bebía lo justo para relajarse y pasarlo bien un rato, lo suficiente para levantarse descansado al amanecer y cuidar su granja.

«Vente, chaval, dúchate y ponte la camisa blanca de la misa, que hoy va a ser tu día grande», le dijo. Después de cenar, con la esposa fregando la loza en un silencio más triste del habitual, Xurxo agarró a su hijo por el pescuezo —aunque casi era más grande que él— y se lo llevó en su furgoneta a la discoteca de la Nacional VI. Iba el padre más nervioso que su hijo por la experiencia, el «bautismo» al que él mismo había sido sometido por el abuelo de Carlitos. Este, en cambio, imaginaba que se cogería su primera borrachera junto a su padre y no entendía tanta emoción, porque Estrella Galicia bebía a todas horas y a veces se acostaba algo pedo. Lo entendió todo cuando vio que lo que le esperaba en la barra no era un cubata, sino una mujer rotunda y hermosa como una de sus terneras rubias, una prostituta amoratada bajo el maquillaje que lo desvirgó y le arrancó la poca humanidad que ya le iba quedando. «Esto es un chollo por cuatro perras», pensó antes de correrse dentro de una mujer por primera vez.

6

El teléfono móvil de O Leites suena con insistencia mientras él revisa

el estado de las cuatro vacas lecheras de su establo privado, para consumo propio, dentro de las instalaciones de control de sus granjas. Las mira a los ojos muy cerca, les toca las ubres para descartar bultos, huele el lecho, examina que las patas traseras estén relucientes y que las moscas no incordien a sus animales... Es la única cuadra que hay en el centro

tecnológico de Cospeito, y muchos humanos habrían querido ser tratados la mitad de bien que esas vacas, a las que Carlos considera «más guapas que mi mujer y mucho más útiles, dónde va a parar».

—Dime, Roberto, dime... ¿Qué *carallo* pasa que no paras de llamar, *home*? Tengo cuatro mensajes tuyos, tan urgente no será... ¿O ya no te quieren como delfín de Miguel en el partido? Mira que es *parvo* y señoritingo el Miguel, qué ganas tengo de que agarres el timón y pongas las cosas en su sitio...

—El *parvo* eres tú, Leites, que ahí, encerrado con tus vacas, no te enteras de nada: ¡Que se ha suicidado la jueza de Lugo, se ha suicidado Amalia! Se ha matado ahora, justo ahora que yo iba a anunciar mi candidatura a la presidencia del partido y he tenido que frenar. Me ha llegado la nota de milagro, en plena rueda de prensa. Los medios aún estarán preguntándose para qué los convoqué, hostias...

— ...

—¿Leites? ¡¿Leites, coño, estás ahí?!

—Sí, joder, perdona, no tenía ni idea. *Cago na cona*, ¿y ahora qué?

¿Vamos a tener que revivir todo en los medios, toda la mierda que nos echó encima, Roberto? —O Leites parece a punto de llorar—. Un momento, supongo que no habrá ninguna duda de que ha sido un suicidio. Tú...

—¿Yo qué, yo qué...? Lo mismo me insinuó el animal de Eduardo: que si la Guardia Civil creía que ella no daba el perfil de suicida, que si había demasiada gente que le tenía muchas ganas... Pues te digo lo mismo que al poli, Carlos: ella daba el perfil como la que más. Su conciencia tenía que ser un puto infierno de fantasmas desfilando por su cerebro, un puto infierno de personas convertidas en zombis porque les jodió la vida pero bien jodida. Y nosotros nos salvamos de milagro, no lo olvides. Nos salvamos porque mi equipo y yo hacemos un trabajo de cojones blindando todo, pero a pesar de esto, hay mucho cantamañanas suelto que casi nos lleva a la ruina y a la cárcel. Y la

jueza se coló por esa rendija y casi nos cruje.

—Lista era, *carallo*, muy lista... La mujer más lista que he conocido, teniendo en cuenta que las que conozco solo quieren mi dinero. Y Amalia, no, y mira que intentamos cerrarle la boca y la instrucción con un cheque en

blanco, pero nada, la jodida iba a por nosotros, sobre todo a por ti y tu partido de señoritos. Pero ese suicidio... No es que quiera ser yo como los picoletos esos que ahora se creen del FBI, pero la verdad es que esta jueza era dura y resistente como las piedras del castro de Cervantes, eso no me lo vas a negar, Robertiño...

—Habla con Sapo, a ver.

—¿Con Sapo? Estás de coña, qué va a saber esa alimaña... Cumple órdenes y, si ni tú ni yo le dimos una orden de nada, Sapo quieto en su charca de mierda. ¿Estamos? Empezar a preguntar a los nuestros por el suicido de Amalia es un riesgo estúpido. ¿Quién iba a tener interés en deshacerse de una señora que ya estaba completamente desahuciada? Ni siquiera era jueza ya, no me jodas... Deja las cosas como están, Roberto, y ocúpate de que esto pase pronto, que los repasos de los medios a nuestras hazañas sean lo más cortos posibles. Y a otra cosa.

«Joder, joder, joder...», piensa Carlos tras colgar al alcalde sin despedirse. No puede creer lo de Amalia, justo ahora que Roberto le va a llevar a la cima empresarial con el liderazgo nacional del PDC y —eso prevén— la Presidencia del Gobierno. Lo cierto es que O Sapo le comentó hace un par de meses que la jueza andaba husmeando algunas cosillas que quedaron pendientes de la causa Lego, «nada importante», le dijo sin más.

Se rieron juntos sobre la locura de la mujer, con esa instrucción que la seguía obsesionando pese a que no tenía nada que hacer. Ahora, O Leites está algo inquieto, tiene un mal presentimiento, como cuando enferma alguna de sus vacas y lo intuye... «¿Qué será lo que ha encontrado esta vez la jueza? ¿Por qué lo sabe Sapo? Maldita sea, esta zorra es capaz de haberse matado con tal de meternos en la cárcel».

III

1

El trayecto de Sandra desde Compostela a Navia dura más que el que hace a la misma hora Julio. También llueve y también la angustia de

la montaña lucense le oprime el pecho, ora pidiéndole que dé la vuelta, ora dándole fuerzas. Sandra llora desde hace casi cuarenta horas; si esta tragedia no hubiera dado un vuelco a su vida, mañana comería con Amalia en su pueblo y, seguramente, se quedaría a dormir en su casa, ya que es imposible resistirse a la inteligencia y el sentido del humor de la jueza regados con vino tinto. La intensidad y un cerebro tan privilegiado como el de Amalia convertían cada encuentro con ella en puro agotamiento feliz. Era capaz de divertirse hablando de trabajo, recordando anécdotas, descubriendo cosas que se les habían escapado durante la investigación que las unió, riéndose de sus aventuras, no ya como jueza o periodista, respectivamente, sino ocupándose de todo lo que la Administración de Justicia no les facilitaba, incluida la vigilancia o las infiltraciones.

Sandra se había hecho pasar por prostituta en una ocasión para pedir trabajo en el Princess, el club que regentaba O Sapo en la A6, la antigua Nacional VI, y que Amalia consideraba una de las tapaderas de los implicados en la Lego, un lugar donde, aparte de la trata y explotación de mujeres, se movían otros negocios. «Aquello fue un bofetón en toda mi jeta de periodista», recuerda Sandra, acostumbrada a bucear en registros mercantiles para investigar sociedades pantalla, testaferros y delitos fiscales de cargos públicos.

2

La periodista de *O Pobo* había entrado en el club al final de la tarde de un viernes, cuando suponía que habría más movimiento, y se había dado de bruces con O Sapo, que la miró de arriba abajo como si fuera un saco de mierda, clavándole esos ojos negros de ciénaga repugnante.

—¿Qué quieres? —le escupió mientras la agarraba del brazo.

El aliento le olía a tabaco y a muerte. La periodista se había vestido todo lo provocativa que entendía ella que podía ir, con un vestido negro muy corto y ajustado, sin medias y unos tacones con plataforma para no matarse, ya que acostumbraba a llevar botas. Se había soltado el pelo y pintado los labios de rojo. Ya está, no sabía hacer más. Amalia le había puesto relleno en el sujetador y llevaba una talla bastante desproporcionada a su cuerpo, sobre todo teniendo en cuenta que su culo tendía a escurrirse.

—Hola, buenas tardes. ¿Es usted el dueño de este local? —chapurreó imitando el acento francés, o algo así...

—Sí, ¿qué?

—Me gustaría verlo, por si pudiera quedarme a trabajar aquí, y cuáles son las condiciones. Acabo de llegar a Lugo y no tengo dinero. Si necesitan a alguien para limpiar... o lo que sea...

—Aquí las que limpian follan también, no perdemos el tiempo. Las mujeres podéis hacer varias cosas a la vez, ¿no? —La media sonrisa de O

Sapo fue peor que una descarga eléctrica en el cerebro para Sandra, cuyas ansias de salir corriendo empezaban a agitarle los pies, que levantaba alternativamente...

—¿Qué te pasa? ¿Te meas? A lo mejor puedo ayudarte. —O Sapo se rio y el miedo paralizó a Sandra definitivamente. Él se había dado cuenta.

El proxeneta la metió en el local tirando de ella, nunca le había soltado el brazo desde que lo agarró al verla. Le enseñó la barra, larga y prácticamente vacía a esas horas —«He calculado mal el momento, mierda», pensó Sandra—, las mesas redondas con sillas, la barra de estriptís

—«Supongo que sabrás menearte bien», le dijo el Sapo al señalársela —, el escenario pequeño que la rodeaba... Nada nuevo, no era un local muy grande pero estaba bastante cuidado: la piel que forraba la barra era auténtica y no sintética, y el suelo de madera lucía lustroso, con algunas alfombras de osos, cebras y felinos distribuidas por aquí y por allá, delante

de sofás de dos y tres plazas, también de piel y terciopelo, que se distribuían por zonas menos iluminadas con modernas mesas de cristal delante. En el Princess se cuidaban los detalles y Sandra, incluso en su aturdimiento por el terror que le congelaba los huesos, supo verlo durante el rápido recorrido que le hizo O Sapo.

Cuando el hombre quiso subir por unas escaleras, la periodista sacó fuerzas de lo más hondo de su estómago y le dijo que no necesitaba ver las habitaciones, que le interesaba el local, sobre todo, y que estaba impecable, que era muy bonito. «¿He dicho bonito? Has dicho bonito», pensó mientras se soltaba de la mano de hierro del Sapo y se iba tropezando con las sillas.

—Mañana mismo vendré, a ver si podemos llegar un acuerdo. Tengo un novio que se ocupa de mi trabajo ahora, pero está claro que es mejor esto, si usted me lo permite, claro...

O Sapo iba tras ella sin decir nada, con los ojos pantanosos guiñados con la sospecha que era habitual en él.

—¿Tienes un chulo? Líbrate de él o lo haré yo, vente mañana y empiezas, necesito mujeres francesas aquí. Te trataremos bien, somos una familia —masculló con una sorna cruel.

Cuando Sandra cruzó la puerta de entrada después de darle un móvil falso, O Sapo la cerró de un portazo. Varios ojos de pupilas dilatadas y algún contorno amoratado, con pestañas arrancadas y retinas desprendidas, la observaban desde las habitaciones muy poco iluminadas de rojo, rosa, violeta y arcoíris para camuflar heridas y cardenales.

3

Ha llegado a Navia, son casi las once de la mañana. Antes de visitar la farmacia, Sandra se toma un café en la taberna O Burato, donde había quedado con Amalia al día siguiente, al otro lado del puente. «Su dueña se llama Flor —le había dicho la jueza en la que fue su última conversación telefónica para quedar y por si la periodista llegaba antes que ella— y es amiga. Te tratará bien». A esa hora solo hay dos hombres acodados en la barra frente a sendas tazas vacías; detrás de la loza, no hay nadie.

—Buenos días, ¿está Flor?

— *Na cociña*.

—Gracias, esperaré a que salga en una de estas mesas.

Mientras hojea un ejemplar de su propio periódico, edición de Lugo, una mujer rubia de mediana edad, con unos rizos encrespados que piden a gritos un peine de púas gruesas, se le acerca en silencio.

—¿Qué quieres? Soy Flor.

Sandra la mira sobresaltada por su voz grave. Los ojos oscuros rodeados de venillas rojas, las mejillas irritadas y la nariz hinchada. «Ha estado llorando mucho tiempo, supongo que por lo mismo que yo», piensa.

—Hola, Flor. Soy Sandra, amiga de Amalia.

—¿La periodista?

—La periodista, sí, pero sobre todo su amiga. —Sandra se pregunta por qué *carallo* se está defendiendo de trabajar en lo que trabaja si nadie le ha dicho nada.

—Lo sé, lo sé... Amalia hablaba de ti a menudo, contaba los líos en los que os metisteis juntas. Me dijo que mañana vendríais a comer y te conocería personalmente...

A Flor se le quiebra la voz hasta quedar en un susurro de fumador sin aire. Sus ojos lloran otra vez, pero se los seca rápidamente con el paño de cocina que lleva en la mano, inmaculado y recién planchado. Se nota que lo acaba de coger, por si necesitaba contener sus emociones apretándolo muy fuerte. Sandra le pone la mano en el hombro y la invita a sentarse con una presión suave. Flor es menuda, pero nota mucha fuerza en los brazos, aunque no opone resistencia.

—Espera, traeré café; si has venido desde Santiago, te vendrá bien.

La periodista mueve la cabeza afirmativamente y respira hondo.

—Muy cargado —acierta a decir mientras expira el aliento y el dolor que le quema las entrañas.

El café de pota azucarado con canela que trae Flor sabe a abuela, a *lareira* y a infancia. Las dos mujeres lo toman en silencio, soplando y sorbiendo casi a la vez. Sandra agarra muy fuerte la taza con las dos manos e intenta ver cuánto aguanta sin quemarse. Uno, dos, tres...

—¿A qué has venido, Sandra? A Amalia la van a enterrar en Lugo, junto a sus padres, en el cementerio de San Froilán. Los dos murieron hace tiempo ya, como sabrás. Por suerte para ellos, no asistieron a esta tragedia maldita que ha sido la guerra de su hija por destapar una corrupción en la que esta tierra lleva décadas, si no siglos, envuelta. Una mortaja podrida que no conseguimos sacarnos de encima. Cada vez hay más intereses, más personas enredadas, por necesidad, obligación, falsas lealtades... Qué sé yo.

Tanta gente honrada ha sucumbido, y la bola de mierda crece y crece y nadie la revienta porque cada vez se debe más y se tiene más que ocultar.

¿A qué has venido, di?

—Hace mucho que no veía a Amalia. Es verdad que había quedado con ella para comer mañana aquí, pero en los últimos meses solo hablábamos por teléfono, mensajes, alguna llamada breve... Quería

verte porque ella también me hablaba de ti y de tu taberna, donde comía o le hacías la cena para llevar, donde se tomaba un vino al acabar de trabajar y donde la cuidabas como si fuera tu hermana. La jueza... Sí, hablamos de ella como si fuera la única, era una persona fuerte y decidida, pero agradecía que la quisieran y la protegieran. Lo pasó muy mal con la causa Lego y aprendió a valorar la amistad y el afecto por encima de todas las cosas.

—Pero vosotras os distanciasteis, tú y ella, y ese abogado, ¿cómo se llama?

—Julio...

—Sí, eso. Julio cortó con ella radicalmente cuando cerraron todo y Amalia se vino para aquí, junto a Xeno, el único que se mantuvo a su lado, como siempre.

—Nos distanciamos, Flor, pero yo estaba intentando acercarme de nuevo, nunca dejamos de hablarnos. La causa Lego nos llevó al borde del abismo a todos, vivimos situaciones muy duras y cada uno reaccionamos lo mejor que pudimos o supimos. Xeno fue el primero que puso tierra de por medio, le siguió Amalia, Julio se cerró en banda y se concentró en su despacho y yo, anduve que si sí, que si no... La verdad es que me era muy difícil separarme radicalmente de Amalia, pero al mismo tiempo, oír su voz me provocaba unas sensaciones terribles, pesadillas también... Ella, además,

se negaba a dejar la causa, o lo que quedara de ella. Estaba convencida de que la grieta por la que habíamos entrado era mucho más grande y nos iba a permitir ver y probar todo lo que había, desde el primer cabecilla al último sicario. ¿Y sabes qué? Teníamos una idea muy clara de lo que estaba pasando, pero no podíamos probarlo, todo lo que llevamos a los tribunales, que fue mucho, no era suficiente, nunca era suficiente. Lo intentamos todo, pero ella nos pedía más y más... Y cuando la echaron de la carrera y yo estuve a punto de perder mi trabajo, dije: «Hasta aquí», y le hice prometerme que no hablaríamos más de la Lego ni nada parecido. Creo que perdió las ganas de hablar conmigo y yo con ella, francamente. La causa había sido una correa muy apretada que nos unía, que se desató de repente y nos separó de golpe, nos dimos una hostia inmensa. No teníamos nada en común ya, pero yo la quería mucho y quería mantener el contacto. Lo hice preguntándole sobre asuntos jurídicos de mi trabajo. Creía que era bastante, pero no lo era; no supe ver que estaba mal, que quería matarse. Como si no la conociera de nada.

—No creo que Amalia se matara, Sandra, no lo creo de ninguna manera.

—Flor, a mí también me cuesta asumirlo, pero no hay ni el más mínimo indicio que indique lo contrario: sola, Rinoceronte con la vecina, vino, ansiolíticos, metida en la cama... Violento no es y obligado, no parece.

—Tú piensa lo que quieras, *mociña*, eres muy joven y, pese a todo eso horrible que me dices que has visto, te queda todavía mucho por conocer en la vida, por suerte para ti, aunque si yo pudiera, fíjate lo que te digo, te ahorraría lo malo. Yo ya estoy de vuelta de todo, pero escúchame bien: Amalia no se suicidó. Estuve con ella a la hora de comer, antes de que esa noche se matara, como decís, y era la misma Amalia de siempre. Se tomó su potaje, sus dos copas de mencía, y me pidió que le guardara un poco del guiso de bacalao para la noche, que a Rinoceronte le iba a encantar. Yo la reñía por darle al perro la comida de los humanos y ella me preguntaba si es que prefería tirarla y se reía. Vamos, vamos... Qué suicidio ni qué *carallo*. A Amalia la *suicidaron* y a mí esto no me lo niega ni dios.

Flor se levanta bruscamente para recoger las tazas y el bizcocho de maíz que Sandra no ha tocado y se vuelve a meter en la cocina.

—¡Flor, Flor! ¿Se estaba medicando Amalia para la depresión o algo así?

—¡No digas *caralladas!* —Llega desde la cocina.

Los dos hombres de la barra se han ido y la periodista se ve sola en la pequeña taberna, confundida y nerviosa. Demasiado café, demasiadas emociones. Deja tres euros sobre la mesa y sale a tomar el aire, necesita pensar. Sandra ignora que, en el momento en que sale desconcertada de la taberna de Flor, Julio vuelve a entrar en la vivienda de Amalia, la casa roja en la que la periodista se fija segundos después. Entonces ya tiene la puerta cerrada y al abogado dentro, enfrascado en el contenido del ordenador de Amalia y su juego de pendrives. Faltan dos horas para la comida con Xeno y Sandra sigue sin saber si el guardia civil ha recibido sus mensajes.

4

Xeno fue la primera persona relacionada con la causa Lego a la que conoció Sandra. El guardia civil pertenecía a la unidad orgánica de la policía judicial de Lugo y era uno de los agentes adscritos al juzgado de instrucción de Amalia para investigar el caso. La periodista se hizo

con su teléfono a través de otro agente que trabajaba en vigilancia aduanera y que había compartido otro caso con él. Cuando empezaron a detener a gente acusada de corrupción para llevarla a declarar ante la jueza, Sandra escribió un wasap a Xeno y se presentó, diciéndole si podían tomar un café para aclarar algunas «dudas técnicas y, bueno, lo que creas que puedes decirme». Xeno no contestó al mensaje, pero cuarenta y ocho horas después la llamó al móvil desde un fijo y quedaron un sábado por la mañana en Melide, un municipio de A Coruña entre Lugo y Santiago de Compostela.

—¿El sábado en Melide?

—Sí, el sábado en Melide, no me gusta que me vean con periodistas, aunque no vayan a rascar nada. Mis películas las dirijo yo, no el personal de Lugo, que anda muy ocioso inventando novelas que protagonizan otros.

—De acuerdo, Eugenio...

—Xeno, por favor.

—Xeno. Sábado a mediodía en la cafetería de la entrada a Melide, la que tiene las flores delante y el toldo granate-casi-negro de *merda*,

¿correcto?

—Sí, señora. No tiene pérdida; invita usted.

—Claro, gra...

Se lo iba a agradecer pero el agente ya había colgado. Por el ruido de fondo, parecía que Xeno la llamaba desde un bar. No entendía tantas precauciones, aunque podía tener razón con lo de las películas que nos inventamos unos de otros con cuatro mimbres. En realidad, el trabajo de Sandra era precisamente desmontar esas películas y montar la historia real, la información, la noticia, aunque bien sabía ella que, muchas veces, era el rumor, «la novela», la leyenda, lo que perduraba en el tiempo y no la veracidad plasmada en la prensa. Cada uno creía lo que más le convenía, daba igual que le pusieses los hechos delante de las narices; con no verlos, informarse e irse a fuentes falsas o manipuladas para construirse un relato a medida, ya bastaba. Y eso estaba carcomiendo su oficio por todas partes.

La periodista apartó la nostalgia de su vocación primeriza y se preparó para leerse toda la información acumulada, que había buscado y guardado previamente, sobre las detenciones y los detenidos. Las

acusaciones eran muy graves: blanqueo de capitales, evasión de impuestos, corrupción política y fiscal, proxenetismo... La noche iba a ser larga, aunque antes de empezar con las notas, tenía que mandar una pieza a Lugo sobre las detenciones. «Hay dos agentes de la Guardia Civil, un policía local y otros dos nacionales detenidos, funcionarios del ayuntamiento... Esto pinta feo», se dijo Sandra y apuntó sus nombres para, antes de nada, preguntarle a Xeno.

5

En Melide lucía un raro sol de invierno cuando la periodista de *O Pobo* salió de su coche. Pero no calentaba, hacía frío, así que Sandra ajustó bien la bufanda extragrande alrededor del cuello mientras caminaba un trecho cortísimo de acera y entraba «en la cafetería de la entrada a Melide, la que tiene las flores delante y el toldo granate-casi-negro de *merda*». Es verdad

que no tenía pérdida, como también era cierto que el toldo no era «casi negro», sino negro completamente por efecto de la suciedad acumulada. Y

por las marcas, Sandra dedujo que nunca lo recogían, debía de ser el toldo más resistente del mundo, además de poco útil, teniendo en cuenta que el clima en Galicia no era de mucho sol y sí de grandes heladas y lluvias.

Cuando entró en la cafetería no reconoció al guardia civil; no es que creyera que iba a llevar uniforme, ni mucho menos, pero su experiencia con las fuerzas y cuerpos de seguridad la había dotado ya de una intuición primaria para detectarlos bastante rápido. No obstante, era sábado, la hora del aperitivo empezaba a animarse y, aunque ese sol poco habitual empujaba a salir a la terraza, la gente se iba acodando en la barra larga y resbaladiza del local para tomar unas cervezas bien regadas de pinchos y tapas de la casa.

Una de las cosas de las que estaba más orgullosa Sandra era de la cantidad de comida que te sirven en Galicia con cada bebida; y no cualquier comida, no: primero, la bandeja con los pinchos de tortilla, queso, empanada, jamón... y después la tapa cocinada de oreja, callos, champiñones, pulpo... Con tres cañas, te ibas comida. En Santiago, las tapas empezaban a escasear por culpa de los universitarios, que con ellas no gastaban en comida o cena y a los bares no les salía a cuenta, y en A Coruña había sitios donde las cobraban. Ella había pagado por los tequeños, es verdad, y muy a gusto. Le volvía loca ese cilindro de queso fundido envuelto en masa blanda, caliente, que había llegado

desde Los Teques, cerca de Caracas, hasta al bar Las Viñas a través de su dueño en 1986. Y se había quedado en la ciudad, con mucho éxito, tanto que ya era un producto con su propio bar y todo: El Tequeño.

Xeno entró apresurado en el bar del toldo ennegrecido, como si le persiguiera alguien. No era un guardia civil al uso, tenía un punto macarra, pero Sandra supo por su mirada que iba estudiando al personal que le rodeaba, así que no lo dudó y se plantó frente a la figura delgada, con pantalones vaqueros y un chaquetón verde, con la mano extendida.

—Hola, Xeno.

—¿Cómo sabes que soy Xeno?

—Acabas de confirmármelo.

El agente sonrió y pareció que se había encendido una luz en su cara.

El gesto serio, casi enojado, del guardia civil que atravesó la puerta se había transformado en un rostro amable y risueño, plagado de arrugas y extroversión. Hasta parecía más alto desde su cordialidad, aunque no pasaba del metro setenta. Se sentaron al fondo y pidieron dos cafés y dos vasos de agua, les pusieron dos trozos de bizcocho de maíz con la consumición. Los dos se los comió Xeno.

—¿Estás a dieta?

—¿Por qué creéis los hombres que todas las mujeres estamos a dieta?

¿Quién te ha dicho a ti que yo me veo mal?

— *Carallo*, *perdoa*, que eres de las feministas esas. Me parece muy bien, además, y discúlpame. Nada me gusta más que una mujer y un hombre que se quieren a sí mismos, así *non hai que andar templando gaitas*. Pues si no te apetece el bizcocho por lo que sea, ya me lo como yo, y perdona, de verdad, que soy muy bruto, a mí me educaron en el machismo ese y me cuesta sacármelo de encima.

Algo le decía a Sandra que Xeno se estaba haciendo el ignorante delante de ella por algo, pero apartó ese pensamiento fugaz de su cabeza y sacó su libreta de notas y su tableta. Al grano, tampoco había mucho tiempo antes de comer y esa tarde a primera hora debía ponerse a escribir ya sobre el asunto para la edición digital nocturna del periódico.

—¿Conoces a tus compañeros detenidos y al policía local?

—A uno de ellos, trabajé con él en mi destino anterior.

—¿Y cuál era, si puede saberse?

—El puesto de Baralla, en Lugo, soy de la zona. Era un chaval normal, más joven que yo, de la zona también, creo que de Pedrafita do Cebreiro, un poco más lejos, donde el puerto de montaña de la autopista a Madrid. No lo conocí mucho porque me fui a la policía judicial de Lugo en cuanto pude.

—Entiendo, ¿y qué crees que puede llevar a un guardia civil a jugarse el tipo y su prestigio?

—Hemos investigado bastante, no te puedo contar mucho, pero de momento *están a caer* los peones del tablero. Un guardia civil que hace la vista gorda a cambio de dinero o especie, un funcionario que cambia un papelito para que el pedido entre sin más... Aquí hablamos de algo gordo y

la jueza que lleva el caso lo sabe, pero las mordidas son muy difíciles de probar y nos faltan testigos. La gente en Lugo está amuermada, untada o acojonada, y esto va para largo, pero también te digo una cosa, que has de hablar con tu editor si quieres meterte en esto: hay peces gordos en el asunto, de lo contrario, no se explicaría la dimensión del caso. Por cierto, esto te gustará: le llamamos Lego, como las construcciones de fichas, porque son muchas piezas pequeñas que hacen una máquina muy grande.

Puedes lanzarlo, si quieres, cítame como «fuentes de la investigación», sin más.

—¿De qué tipo de trama hablamos concretamente? ¿Prostitución, trata, droga, blanqueo...?

—De todo un poco y con colaboración y corrupción institucional al más alto nivel, lo que te digo. Por eso es importante que hables con el editor. Nosotros necesitamos al periódico, es muy difícil que un medio grande se moje. Pero *O Pobo* lo es bastante, es el octavo periódico autonómico impreso en tirada de España; veremos qué dicen tus jefes.

Cuéntaselo y me dices; de momento, empieza con lo de la trama Lego, los autos de detención de Amalia y verás cómo se pone nerviosa mucha gente.

El guardia civil miró a un lado y a otro, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su abrigo y salió a fumar. Sandra seguía tomando notas y pensando en lo que había leído y en lo que le había dicho Xeno. Necesitaba una mayor concreción sobre los peces gordos de los que hablaba para contárselo al editor, porque ella sabía que, dependiendo de si eran unos u otros, podrían o no tirar adelante con las publicaciones. ¿Eran empresarios, políticos, jueces, diputados o senadores? El agente entró de repente en el bar, hablando por teléfono, cogió su abrigo y se fue. «Te llamo», le dijo a Sandra articulando con los labios. «¡Mierda!», farfulló ella. Todo apuntaba a que los fines de semana de la policía judicial, como los de la prensa, eran muy relativos cuando se abría una causa importante.

La periodista no podía ni quería esperar, así que llamó desde el bar de Melide a su superior directo, el jefe de nacional, y le contó lo que tenía.

Como era sábado, estaba con los niños y la mujer en un centro comercial, así que el sonido era infame. «¡Te pongo un mail ahora mismo!

Respóndeme cuanto antes, que tengo que escribir esta tarde», le dijo y le

escribió ese email resumiéndole lo mejor posible lo que tenía, lo que le había dicho Xeno y lo que ella creía: habían dado con una buena fuente y la causa prometía; solo las cuestiones empresariales o políticas podían influir en la publicación, y no estaría nada bien que otro medio se llevase el gato al agua. «Mucho menos —pensó Sandra, aunque no lo escribió— que, con el tiempo, nuestros lectores se enteren de que tuvimos el tema y declinamos publicarlo». En vez de esto, le advirtió: «Es un asunto de interés nacional que desvela un medio autonómico, nos interesa mucho a efectos de prestigio y, por supuesto, de audiencia». Y dio a enviar, guardó la tableta en su mochila, pagó los cafés y, antes de salir del bar del toldo sucio, no se resistió a mandar un mensaje a Xeno, un sms tradicional, quizá para él más seguro: «¿Por qué yo?». Él contestó por el mismo medio: «Porque te conozco y no nos fallarás».

6

«Xeno me conocía, claro que sí. No daba puntada sin hilo: había seguido mi trabajo y parecía que era él quien me buscaba a mí», piensa Sandra aún sentada en el escalón de piedra, a la entrada de O Burato. Se ha tranquilizado un poco después de la angustia que le

entró al decirle Flor con tanta rotundidad que Amalia no se había suicidado. Era imposible, ella lo sabe, que había cubierto su etapa en la sección de sucesos del periódico, cuando existía, y le espantó la cantidad de suicidios que había en Galicia.

Es verdad que las noticias al respecto que ella cubrió eran más violentas, con personas que se arrojaban por la ventana o —sobre todo ellos— que se descerrajaban un tiro en la boca. Era terrible, y aunque la soledad era una marca común habitual en el perfil de los suicidas, había auténticas sorpresas. Puede que el caso de Amalia fuera una de ellas.

Durante la instrucción del caso Lego, de hecho, se había suicidado uno de los fiscales de la fiscalía provincial de Lugo. Era vasco, acababa de cambiar de destino y estaba en el equipo de Juan Antonio, el fiscal jefe de la provincia, jubilado hacía un año, justo cuando echaron a Amalia de la carrera. «Fue un caso bien raro», recuerda Sandra. Unai estaba casado, sin hijos, joven... Rosa, su mujer, gallega, que ya trabajaba en un instituto en A

Coruña como jefa de estudios antes de casarse, lo encontró en la bañera con las venas cortadas cuando regresó a casa por la noche. Sandra había hablado con ella y le había sorprendido su resignación. «Este caso, el de la Lego, le tenía desbordado; no dormía, no comía, había vuelto a fumar...», le había dicho. En la sala de cafés del periódico, la mujer del fiscal muerto le había contado cómo Unai llegó a Lugo desde Vitoria muy ilusionado, porque así iban a estar más cerca; decidieron residir allí porque ella tenía unos horarios fijos y, al fin y al cabo, era una hora nada más de camino; dos, sumando la vuelta: Rosa había vivido en el centro de Madrid, con un trabajo en Getafe, y el camino Lugo-A Coruña-Lugo le parecía un chollo. «Ya sé que está mal decirlo, pero mi marido cayó en una depresión terrible con este caso... y tampoco sé exactamente por qué, no contaba nada. Ahora estará en paz, no reconozco al hombre que se ha ido. Cuando llegó a Lugo, la instrucción de la jueza estaba empezada, llevaba un año, y tuvo que empollarse todo lo que había dejado su antecesor, que se largó en cuanto pudo a una provincia fuera de Galicia. Le desbordó... Lo mató». Rosa lloraba recordando a la persona que dormía a su lado, consumida por la ansiedad y las pesadillas, y que no tenía nada que ver con Unai.

«El del fiscal de Lugo sí que fue un suicidio de libro, una depresión galopante», piensa Sandra ante O Burato, aunque reconoce en la impotencia que desprendía el relato de Rosa, la suya propia cuando, en sus muchas noches de guardia con Amalia delante del Princess para

hacer fotos a quienes entraban, veía las palizas que daba O Sapo a aquellas chicas en la parte de atrás del local cuando se les ocurría salir a la noche congelada, quién sabe si para escapar o porque iban muy colocadas, o para que una hipotermia las durmiese para siempre a los cinco grados bajo cero de la montaña lucense. O Sapo no preguntaba, las golpeaba dos veces, las levantaba, las obligaba a esnifar cocaína para recomponerse y adentro de nuevo previo examen. Los golpes con el trapo lleno de arena le funcionaban muy bien, ni una marca.

Dentro del club seguía la fiesta, pero Sandra temblaba y se tenía que ir después de ver lo que hacían con esas chicas. Una noche quiso ir a ayudar a una de ellas, un pellejito en los huesos con una peluca roja. «La va a

matar», pensó y se levantó, pero Amalia la sentó de nuevo agarrándola fuerte del abrigo. «Tienes que aguantar. Si te ve y levantamos la liebre, se acaba la causa y no podremos salvar a nadie. Aguanta, Sandra, aguanta...».

La periodista se levanta del escalón de O Burato llorando por los recuerdos y decide apartarlos de su cabeza inmediatamente. Se encamina a la farmacia del pueblo, a cinco minutos de la taberna de Flor por la avenida principal. Vuelve a llover abondo.

7

Los símbolos celtas de metal colgados sobre el marco de la puerta tintinean al abrir Sandra la puerta de la farmacia. Se seca bien los pies en un felpudo inmenso, hecho sin duda para comercios de municipios lluviosos, y entra en un local grande, con buena calefacción, pero bastante oscuro. La piedra gruesa del edificio no ayuda y tampoco se molestaron en construir muchas ventanas. Hay dos señoras en el mostrador que se vuelven con curiosidad y la miran divertidas: está chorreando y no lleva paraguas. Ella sonríe con cara de circunstancias y pregunta si está la dueña de la botica.

—Soy Estela, sí, enseguida te atiendo.

—No tengo prisa —contesta Sandra, aunque solo le queda una hora para ir al restaurante donde ha quedado con Julio y Xeno, y hay una tiradita hasta llegar allá arriba.

Las señoras tardan un cuarto de hora en irse, entre preguntas y relatos íntimos a la farmacéutica, tiempo en el que Sandra ya ha memorizado todas las cremas y productos milagrosos para estar jodidamente bien por fuera y por dentro. Lo de las cremas lo acepta, le encanta probar

productos, pero solo los de las farmacias, que suelen ser, además, más económicos e igual de efectivos.

—¿En qué puedo ayudarte...?

—Sandra, me llamo Sandra. —La periodista da la mano a Estela, que se la estrecha con fuerza—. Soy... Era amiga de Amalia.

— *Miña nai*, qué palo, qué palo... Aún no puedo creerlo, *filla*, es terrible. Una mujer tan activa, alegre...

—Sí, pero tenía ansiolíticos: se tomó una caja entera de alprazolam de un gramo, con botella y media de vino. Se le paró el corazón, claro, y...

Sandra se da cuenta de que está gritando, actuando como si Estela fuera en parte responsable de la muerte de Amalia por venderle los ansiolíticos.

—Disculpe...

—Tutéame, Sandra, sé quién eres y sé que Amalia te quería mucho. Yo no le vendí nada, apenas el ibuprofeno de siempre para su dolor de cabeza mañanero; el vino es lo que tiene, y la edad. La jueza rondaba los cincuenta y parecía creer que las resacas son iguales a esa edad que con veinte años, siempre lo decía. Es verdad que ella no era de este mundo: un ibuprofeno de 400, ni siquiera de 600, un café, y ya estaba como una quinceañera. Como una moto. Bebía poco, pero todos los días sus dos vinitos antes de retirarse a casa caían. Y allí alguno más. Pero nunca, nunca jamás la vi borracha y mucho menos deprimida o triste. Enfadada como mucho. Le recetaron tramadol en una ocasión porque se cayó de la cama y se fastidió un codo, llevó el brazo en cabestrillo un par de meses. Creo que tenía alguna pesadilla, lo contaba ella sin darle importancia, decía que como para no tenerlas...

—Como para no tenerlas, sí... —Ahora, Sandra habla bajito, en murmullos. Le duele la cabeza, quiere dormir y despertarse muchas horas después, que todo sea una pesadilla de esas de Amalia.

—¿Estás bien, *moza?*

—Sí, Estela, gracias, algo cansada, es muy duro todo esto. Una última pregunta: ¿Venden alprazolam sin receta en algún sitio?

—Quita, quita... Te cae un puro que no te recuperas: ahora casi nada

se vende sin receta, pero hay un mercado negro potente fuera de las farmacias, en las calles y en internet: antes se traficaba con hachís, marihuana, cocaína, heroína, éxtasis, pastillas... Ahora han incluido las benzodiazepinas. Si quieres saber más, investiga ese tema, es muy preocupante y afecta a mucha gente, cada vez más. No somos como Estados Unidos con los opioides, pero podemos llegar a serlo.

—¿Crees que Amalia se suicidó, Estela?

—No puedo contestarte a eso. Como profesional de este sector ligado a la medicina, puedo asegurar que la mente humana es de una complejidad brutal y desconocida. Amalia tenía una inteligencia y una vitalidad fuera de este mundo, todo lo contrario a una persona deprimida. Pero pasó por un gran trauma y no sabemos qué efecto tuvo realmente en ella, nunca se puso en tratamiento, lo hablamos alguna vez que venía a quejarse de sus jaquecas pero nada, decía que era el vino. En todo caso, no sufrió. Su muerte fue de las más dulces, no hay dolor, y si quería morir, probablemente, sí sintió mucho alivio mientras permaneció consciente.

Sandra sale de la farmacia con el deseo firme de que Amalia se haya suicidado así, plácidamente y sin dolor, sintiendo que había intentado hacer más bien del que cualquiera habría hecho y solo por ayudar, aunque se equivocara alguna vez. O muchas, qué más da. La periodista ya está llorando otra vez.

—Qué mierda, no me creo nada. Pero ¡¿por qué, por qué...?! —grita mientras se golpea la frente.

IV

1

—¡¡Xeno!! Maldito picoleto del demonio, ¿dónde *carallo* te habías metido?

—Xuliño...

El abogado y el guardia civil se abrazan, lloran, ríen, se dan palmadas en la espalda, puñetazos en el hombro... Hasta que la emoción del reencuentro pierde intensidad y se quedan mirándose unos segundos, ojerosos, mal afeitados, demacrados... Conscientes de que, en cuanto llegue Sandra, allí va a faltar el hormigón armado que los unía a todos y cuya ausencia es aplastante. Amalia sobrevuela el comedor vacío de Caserío Meiroi, atraviesa sus enormes cristaleras con vistas al valle y a la imponente montaña de Mosteiro, en Os Ancares, en la frontera con

Asturias. Los dos hombres miran hacia el exterior, ya en silencio. La emoción de ambos se corta con un cuchillo.

Las vacas de la granja propia del restaurante, los perros, las gallinas y los gatos distraen a los niños alrededor del edificio de piedra mientras los padres se toman una cerveza fuera. En ese momento, entra Jose, el dueño.

—¡Xeno! Qué alegría, llevo tres días sin verte —dice con sorna mientras abraza al agente. Luego se pone serio, como si recordara de golpe

—. Siento muchísimo lo de Amalia, amigo, aún no puedo creerlo. La vamos a echar de menos. Hoy invita la casa en su honor, así que pedid sin mesura, que aquí estoy yo para que paséis un buen rato dentro de lo posible.

—Gracias, Jose. ¿Y Angelita?

—Ahí anda, buscando un vino en la bodega; se empeña en traer cosas nuevas que no sabe cómo catalogar y luego no las encuentra. Pero al grano,

¿qué os pongo de beber? ¿Una cervecita para empezar?

—¡Venga! —Xeno se gira hacia su amigo—. Mira, Jose, este es Julio, otro amigo de Amalia.

El letrado se da la vuelta y mira a Jose sonriendo. Se dan la mano mientras el hostelero lo escudriña.

—¿Abogado?

Julio estalla en carcajadas y da un puñetazo a Xeno en el hombro.

—Se lo has dicho, cabrón.

Nada, el guardia civil hace el gesto de no tener ni idea y le cuenta que Jose huele a los abogados a kilómetros. Su restaurante, que llegó a ser hospedaje también en la torre aledaña al comedor y la cocina, se incendió completamente hace un par de años y no estaba asegurado. Jose y Angelita lo perdieron todo, y los tres abogados que contrataron, uno tras otro, para intentar rascar alguna ayuda pública por la antigüedad de la propiedad, solo les sacaron los cuartos y no consiguieron ni un céntimo para la reconstrucción.

—Salimos gracias a la solidaridad vecinal, todo el *concello* de Navia y aún más allá se volcó y, de momento, hemos podido reabrir el restaurante y reorganizar las cuadras para mantener a los bichos —cuenta Jose orgulloso

—. Porque eres amigo de Xeno, que si no... Estoy por poner un cartel a la entrada del Caserío que diga «Absténganse abogados, no hay menú para ellos».

Los tres se ríen mientras Julio se encoje de hombros.

—También hacemos cosas buenas —dice en voz baja.

En ese momento, entra Sandra por la puerta. Desaliñado el pelo por el chaparrón, ojerosa y flaca. Todavía llega sorbiendo los mocos.

—Sandriña, *carallo*...

La periodista se derrumba en los brazos fibrosos de Xeno, del amigo infatigable, y Julio los abraza a ambos. Lloran en silencio mientras Jose se retira discretamente a por las tres cervezas. Las lágrimas de los dos hombres remiten antes que las de Sandra, que no puede parar, y solloza y grita y agita todo el cuerpo, inconsolable. Julio la sienta en una silla de la mesa que les han dispuesto y le da un vaso de agua.

—En nada te traen una *cerveciña* fresca y coges tono, pero llora lo que haga falta. Ya estamos aquí.

Poco a poco, Sandra se va sosegando, mira a sus amigos y sonríe.

—Lo siento, erais los únicos con los que no había llorado aún.

—Y para eso estamos, ¿no, Julio? Venga, a la mesa, que Jose ya trae las birras y la carta. ¡¡Joooseee!!

— *Xa vou, oh*... ¿Qué gritos son esos?, ¡que la cocina está aquí al lado!

Jose llega con las cervezas y una libreta pequeña.

—Hoy la carne está bárbara.

Los tres amigos piden lentejas, el solomillo a la piedra, salvo Sandra que comerá bacalao a la brasa, y unas patatas asadas con pimiento verde para compartir. Todo, claro, junto a un mencía para brindar por Amalia.

La última vez que se reunieron los tres con Amalia fue en el verano de hace poco más de un año cuando las cosas empezaban a torcerse ya sin remedio: el Tribunal Supremo rechazó la imputación de los aforados de la causa Lego —diputados, senadores, entre ellos el alcalde de Santiago, y un ministro del PDC que sigue en el cargo—. Solo se imputó al líder de PSD

en Galicia, también senador; el Tribunal Superior de Justicia de la comunidad tampoco se dio por enterado de los cargos públicos autonómicos a los que Amalia pedía investigar y a la juez le faltaban manos, cabeza y hasta pies en su juzgado para cerrar la instrucción de una causa de tanta envergadura, al tener que interrogar a decenas de funcionarios lucenses sobre todo, pero también de otras provincias y municipios. Sus peticiones de más personal y más medios caían en saco roto; la policía judicial estaba desbordada, los agentes al borde del colapso y Hacienda tampoco colaboraba lo suficiente.

Se encontraron los cuatro en As Fontes, como siempre, pero se sentaron en la terraza. Era el mes de julio en Lugo y, aunque el calor todavía subía de las piedras de la calle, empezaban a bajar las temperaturas, que, en todo caso, eran muy agradables. Amalia estaba enfadada y agobiada.

—No nos llegan las horas del día aunque utilicemos las veinticuatro para trabajar. Tengo a la gente del equipo asfixiada y desmotivada porque todo son trabas. El Consejo no responde.

La jueza había elevado una queja al gobierno de los jueces; era una súplica, en realidad, para denunciar las trabas y la falta de herramientas en su juzgado sin que la Audiencia Provincial de Lugo hiciera absolutamente nada, solo entorpecerlo todo al tratar de dispersar las piezas de la causa por el máximo número de juzgados posible para que perdieran fuerza, como si no tuvieran una cúpula y un *modus operandi* común.

—Esa es la clave, pero no puedo interrogar a los que seguro que son los cabecillas. Tenemos conversaciones, pruebas, encuentros grabados, imágenes... Nada. ¿Será verdad que hay una mano negra ahí arriba que está boicoteando nuestro trabajo? Siempre me he resistido a las teorías de la conspiración, en este asunto hay gente de todo pelaje político, pero ya no sé qué pensar...

—Yo te avisé desde el principio, Amalia —constató Julio después de dar un sorbo al tercio de cerveza helado—. Esta causa apunta a gente con mucho poder y ascendencia sobre cantidad de representantes

públicos, con capacidad para bloquearlo todo. En todo caso, lo del Consejo General del Poder Judicial sí me sorprende más; si no podemos contar con el órgano que vela por la independencia de la justicia, estamos apañados.

—Me ha ocurrido algo muy inquietante que no os había comentado, pero he investigado un poco y me tiene preocupada, la verdad. Tiene que ver con esto. Es difícil que algo me sorprenda, con todo lo que hemos pasado, pero daría la razón a eso que decimos de que esta demora, este bloqueo, no es casualidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sandra, que volvía del cuarto de baño.

Se había tirado en el coche hora y media de viaje a Lugo desde Compostela para ver a sus colegas con el aire acondicionado del coche estropeado y necesitaba refrescarse un poco.

—Sabéis que Manuel, el presidente del PSD en Galicia, está imputado.

Es una de las piezas más gordas y, pese a las pataletas que monta en los medios, hay indicios más que razonables para procesarlo...

–A ese lo vimos entrar en el polígono de Cospeito a las cuatro de la tarde en una de las fiestas blancas de O Leites, lo recuerdo bien — apuntó Xeno entre una bocanada de humo que lanzó mientras hablaba y que hizo toser a todos.

—Ten cuidado, Xeno, *carallo*, ese tabaco que fumas huele a huevos podridos.

—Ay, Xuliño, *maricallas*, bien poco aguantas, el señorito es de cigarrito fino de liar. Pero seguro que a los porros de Marta no les hacías ascos.

—Calla, cabronazo, que por ahí no vas bien...

—¡Callaos los dos! Continúa, Amalia, ¿qué ha pasado con Manuel?

—Con Manuel, de momento, nada. O nada directamente, aparte del traje que me está haciendo su partido, porque claro, como aquí y en Madrid, está igual, se protegen unos a otros y nadie pide la dimisión. Es su abogado el preocupante.

—¿Perolo, el guaperas que toca la guitarra y que se deja caer por Lugo de vez en cuando para lucir palmito?

—Sí, Perolo, hijo de Pedro, presidente de la Sala Segunda del Supremo.

—No jodas... —Julio se irguió de golpe.

—Sí. El niño, que tiene cuarenta tacos como mínimo, ha montado un despacho con un socio; ya tiene sede en Portugal y todo, y le va de maravilla. Lo cierto es que es un tipo inteligente, nada mediocre, se nota que ha mamado la cultura judicial en casa.

—Su padre es un fenómeno, sobre todo para sí mismo, pero es verdad que es bueno, muy bueno. El tío tuvo sus coqueteos con la política, parecía que iba a acabar en brazos del PSD de ministro de Justicia en el anterior Gobierno, pero al final fue listo y se dedicó a medrar por la trasera con ayuda de los socialdemócratas, sin hacer ascos al PDC. Estoy segura de que será el presidente del Consejo y, por tanto, del Supremo, con unos u otros.

Y su hijo, encantado, claro, ¡menuda agenda a su disposición! —dijo Sandra y luego silbó.

—Pues Perolo me escribió un correo electrónico para que nos viéramos —continuó Amalia— porque creía que las pruebas que yo tenía contra su cliente podían estar falsificadas. Solo fue una disculpa para contactar conmigo, nunca hablamos de eso. Yo me quedé de piedra, pero le contesté al email, aunque es obvio que trataba de sacarme información, lo cual ya me pareció muy cuestionable. No nos vimos, eso no. He de decir

que estas cosas pasan constantemente, los abogados hacen lo que sea para que su defensa gane y no están sometidos a los regímenes de conducta que tenemos los jueces. Su comportamiento depende, digamos, del límite donde coloquen su ética profesional. Este chico es ambicioso y embaucador, controla el lenguaje y las herramientas legales, como digo, así que me generó curiosidad.

3

Perolo, que detesta su diminutivo pero que así le ha quedado por tener un padre conocido y poderoso obligado a distinguirse de él, no había querido opositar por más que Pedro intentara que su hijo fuera juez como él y su padre, el abuelo de Pedrito, juez durante el franquismo. Cabeza tenía, pero también muchas ganas de vivir sin presiones ni encierros, aprovechando, además, la posición económica desahogada de su padre y su madre —ahora están separados— y su estatus de hijo único. Estudió Derecho en la facultad de Santiago de Compostela, la

más dura del país, porque le volvía loco el sitio y su ambiente, mezcla de pueblo grande, con sus vecinos de siempre, de ciudad universitaria, solo comparable a Salamanca, y de ciudad institucional y cultural como capital de Galicia. Entre semana había una Compostela y los fines de semana, otra. Desde que llegó de Madrid, no obstante, Perolo se había esforzado en sacar los cinco años de carrera de entonces uno por uno, limpios. A base de quedarse los fines de semana en el cómodo apartamento de la Praza de Galicia que le alquilaron sus padres al principio de la Rúa do Hórreo, donde estaba la sede parlamentaria autonómica del mismo nombre, fue conociendo a lo más granado de la sociedad compostelana e identificando a empresarios, políticos, jueces...

que, pese a no vivir en la capital gallega toda la semana, se dejaban caer, día sí, día no, por los restaurantes y marisquerías de la Rúa do Franco, que era donde se cerraban los negocios importantes y los pactos clientelistas entre la elite gallega.

Perolo tenía don de gentes y, sobre todo, manejaba mucho más dinero que la media de estudiantes, así que se movía por sitios inaccesibles para la mayoría de sus compañeros, aunque tampoco descartara una buena juerga

con ellos entre semana. Su buena memoria y su inteligencia le permitieron compaginar los estudios con una vida social intensa y hacer contactos de toda categoría que le proporcionarían mucha más intensidad en el futuro.

Fue en Santiago, de hecho, donde conoció a Roberto, el joven opositor a técnico de Hacienda de la Xunta de Galicia que tonteaba con el PDC sin acabar de afiliarse, pero que siempre estaba en todos los saraos donde hubiera un cargo poderoso de este partido. Perolo, y el que sería el alcalde más poderoso de Galicia, y quizá de España —desde luego, el más votado

—, se conocieron en un acto que organizó un empresario de Lugo, ganadero de la industria láctea que tenía un auténtico emporio, a quien el padre del abogado en ciernes, y ya presidente entonces de la Audiencia Provincial de Madrid, había presentado a su hijo en una comida en Madrid. Pedro y Carlos O Leites se conocían de Galicia —«Fíjate qué casualidad, o no, hijo», le dijo Pedro a Perolo— porque el primero era de Pontevedra y, aunque había estudiado en Madrid, «en Galicia somos cuatro familias y nos conocemos todos».

Las familias de Pedro y O Leites distaban mucho en la escala social

dibujada por las relaciones posfranquistas en Galicia, pero el dinero y los lucrativos negocios de toda catadura logran siempre unir a la gente en los mismos círculos —«Los funcionarios no os hacéis ricos, Pedro; el mundo de los negocios es otra cosa», le decía O Leites al juez—, y aunque es verdad que los empresarios adinerados no lograban nunca el pleno respeto de los generalmente clasistas burgueses y aristócratas —«Se le nota el pelo de la dehesa», le decía el juez a su hijo sobre O Leites—, siempre había

«puntos en común», llamémosles comisiones, subvenciones o autorizaciones administrativas, para establecer relaciones de interés y más sólidas que una amistad sincera sometida constantemente a los vaivenes personales de la vida y a las contradicciones humanas.

Fue años después de la etapa universitaria, cuando el abogado andaba de compras y sonó su teléfono. Era el alcalde de Santiago quien lo llamaba, su bufete trabaja para él. La causa Lego se había complicado un poco antes de morir definitivamente.

—Perolo, chaval, ¿cómo andas?

—Pues me pillas saliendo de El Corte Inglés de comprarme calzoncillos, no te digo más, Roberto. Es lo único que no dejo que me compre mi mujer, que siempre le tientan ideas demasiado coloristas.

—¡Ja, ja, ja! Pero ¿esta mujer aún no sabe que se ha casado con un hijo de la elegancia clásica?

—Será que empiezo a aburrirle, alcalde.

—No me jodas, *home*, que lleváis dos años casados. A ver qué hago yo con los más de trece con Álex...

—No creas, cuando metes hijos por la puerta, y yo tengo dos bebés en casa, el amor salta por la ventana.

—Por la puerta dice el capullo, ¡ja, ja, ja!

—¿Me has llamado para hablar de mis calzoncillos, de mi mujer y de la tuya?

—Te llamo porque la jueza de Lugo ya está tocando los cojones y ha imputado a Manuel, el del PSD.

—Joder, ¿Manuel no es senador? Está aforado, ¿lo ha permitido el Supremo, estás de coña?

—No estoy de coña, amigo, por eso te llamo. Lo de Manuel es de aurora boreal, ya sabes que nunca tuvo muchas luces el chaval; como presidente de la Diputación de Lugo fue un desastre y nos metió en varios líos de los que solo se sabe una milésima parte, gracias a Dios. Lo cierto es que el Supremo no ha tenido más remedio que dar luz verde a la imputación a la vista de las pruebas que aportó el informe de vigilancia aduanera.

—O sea, que ya es oficial, que han elevado el suplicatorio a Cortes y ya tenemos a Manuel investigado.

—Eso es, y tienes que entrar tú directamente, como puedes imaginar.

—Hablaré con mi padre...

—No, eso ya lo he hecho yo, y ahí poco se puede hacer ahora, me ha dicho Pedro, pero me ha orientado bien: quiero que seas el abogado de Manuel y contactes con la jueza, quizá podamos hacer algo para que no lo procesen y tampoco vaya a juicio. Ya es hora de poner las cartas sobre la mesa y zanjar todo esto. No me fío nada de Manuel, es capaz de cantar la Traviata por salir del paso.

—No digas eso, Roberto, no quiero ni pensarlo. ¿Qué puedo hacer?

—Contacta con ella, mándale un email profesional, vete cogiendo confianza, tú sabes cómo... Necesitamos que levantes su curiosidad, que ella crea que puede sacarte algo de información y entonces le explicas con la mejor de las intenciones, *¿escoitaches?* , con-la-mejor-de-las-intenciones, lo que pasa cuando tocas los cojones al poder judicial y al Supremo con causas deslavazadas, ya sabes. Yo me encargo de Juan Antonio, el presidente de la Audiencia Provincial de Lugo, para que la siga asfixiando sin medios ni personal ni nada, y a ver si puede hacer algo más. Ese borracho solo está pendiente de que le untemos bien la jubilación y matarse con el *oruxo*, qué tío, y mira que ya mató a su mujer de pena... Pero hazlo ya, ya, ya... Te doy una semana para convencerla.

—Tranquilo, no es mi papel habitual, pero lo haré. Voy a llamar a Manuel y me marcho a Lugo hoy mismo.

—Gracias, chaval. Te compensaremos. Y disfruta de tus calzoncillos nuevos.

4

Cuando Jose llega al comedor del Caserío Meiroi con las lentejas en

una pota que humea de forma salvaje tapándole la cara, Sandra, Xeno y Julio ya están más relajados y ríen con las anécdotas del guardia civil y los vapores etílicos de las cervezas y el mencía.

—Si fuiste a ver a Cosme, seguro que conociste a mi compañero Manolo.

—Y tanto... Me hizo un tercer grado según entré por la puerta. Debe de seros muy útil en las investigaciones... En mi pueblo, a los que son como él les llamamos cotillas, pero oye, a lo mejor necesitáis esos perfiles en los cuarteles.

— *Cala, cala*... Nos mete en unos líos del *carallo* el Manolito de los cojones. No es mal tipo, ¿eh? Tampoco mal agente, lleva la vocación en la sangre, que su padre fue un buen guardia civil. Eran otros tiempos, es verdad, pero no vamos a entrar ahí, no ahora, que siempre acabamos mal. El chaval se mete en las casas hasta la despensa sin pedir permiso, es de los de

«derecho de pernada domiciliaria». Y eso lo tuvo que aprender del padre, que antes iban así por la vida y todo se les dejaba. El otro día robaron a Estela, la dueña de la farmacia...

—La he conocido esta mañana, luego os cuento —interrumpe Sandra.

—Buena chica Esteliña. Pues fuimos Manolo y yo cuando la farmacéutica llamó al cuartel. Le faltaban unas cremas caras, nada más, pero bueno, unas buenas perras sí se habían llevado y ella estaba convencida de que fueron unas turistas que pasaron por allí a comprar paracetamol. Luego las cazamos en el bar con las cremas, ciegas como topitos del ribeiro que habían tomado a litros. Como si fuera cerveza, *non digo máis*. Lo sospechábamos, la gente del pueblo no se roba entre ella; en realidad, pueden darte una paliza por unas lindes, pero de frente, siempre de frente —Xeno señala el camino—. Pues cuando llegamos a la botica Manolo y yo, había dos señoras probando potingues de maquillaje, que si lápices, que si barras de labios... esas cosas. Pues el amigo se fue para ellas directito a preguntarles si iban a comprar algo o aprovechaban las muestras expuestas para maquillarse allí mismo. Pensé que a Estela le daba algo. Las dos paisanas son buenas clientas de la farmacia, vienen desde Becerreá a menudo a comprarle a Estela, que tiene bastante variedad y estudia de todo...

—A mí me dio una buena lección sobre las estadísticas del consumo y del tráfico de benzodiacepinas y opioides. Hasta Estados Unidos llegamos.

—¿Le preguntaste por el suicidio de Amalia?

—No exactamente: le pregunté si nuestra amiga estaba en tratamiento por ansiedad y consumía habitualmente alprazolam, eso es lo que se tomó con el vino, y me dijo que nada de nada, y que esos medicamentos no se venden oficialmente sin receta ni con el papa mediante. Amalia consumía ibuprofeno... y tramadol, sí, me dijo, en una ocasión nada más. El tramadol es un opioide, tuvo que tomarlo por prescripción para una lesión de codo cuando se cayó de la cama y...

—¿Perdón? —Julio revienta su silencio a carcajadas—. Disculpadme.

Esta mañana he pasado por casa de la jueza, quería revisar sus cosas, con el permiso de Tucho naturalmente, que vino ayer para recoger lo poco que le interesaba, cosas de Esther, sobre todo... Me lo contó Cosme, tu

comandante, Xeno. Lo cierto es que bajé andando a la casa roja desde vuestro puesto y casi me parto la crisma por esas cuestas mojadas. Y

nuestra Amalia, a lo máximo que llega en un puto año es a joderse un codo al caerse de la cama... ¡Ja, ja, ja, ja...!

—Bueno, Xuliño, ella no llevaba tacones como tú...

El abogado vuelve a dar un puñetazo a su amigo en el hombro, se levanta y se coloca de espaldas a ellos mirando por el gran ventanal que da a la montaña cubierta de niebla. Se hace el silencio unos segundos que parecen días.

—Me parece imposible que se haya matado, no sé si cambió mucho en este año, Xeno...

—No cambió nada. Era el mismo culo de mal asiento de siempre, yo tampoco lo entiendo. A mí me pilló en Noia la noticia. Cosme me dejó una casa que tiene allí, donde nació y que era de sus padres, para descansar tres días mirando la playa. Solo mirándola, que hacía un frío *do demo* para pasear y para todo. Cuando me llamó el comandante, no quería volver. Me entró el miedo, os lo juro, un miedo infernal como el que pasamos por culpa de esas bestias de la Lego, O Sapo y toda esa gentuza. Llegué anoche muerto de pena, ya lo había bebido, fumado y llorado todo en las horas que pasaron desde que encontraron a Amalia muerta, así que me dediqué a dar paseos por el pueblo, mirando la casa roja con todo apagado... Se me congelaron los huevos, chavales, fue algo sobrenatural: la vi a ella reflejada en la

ventana, con la cabeza del can al lado, mirándome los dos, y me puse a correr hasta casa como si no hubiera un mañana. No se me va la imagen aquella, y os juro *pola miña nai* que no había bebido más que agua, por arriba y por abajo, porque ayer no paró de llover...

—Bueno, Xeno, es lógico que estemos conmocionados, y tú más, que has estado con ella todo este año, pero por eso queríamos verte Julio y yo, para que nos des alguna pista de qué coño le pasaba por la cabeza a Amalia, en qué diablos estaba metida esta vez o si era más de lo mismo, y mira que me cuesta hablar del tema.

—Ella seguía obsesionada con la causa, eso es así, pero formaba parte de su vida repasar las cosas una y otra vez, de atrás adelante. Gastadas estaban ya las hojas, porque sabéis que Amalia tenía que tenerlo todo en

papel, subrayarlo y manosearlo mucho hasta cuartearse las manos. Luego se echaba las cremas esas de Estela para que no se le despellejaran los dedos, cogía los papeles otra vez y, claro, acababan hechos una piltrafa, ilegibles y grasientos. Pero esa era su vida y no interfería en su trabajo, ayudaba a Cosme, a gente del *concello* y hasta de la provincia. Aquí no hay tontos, no... Sabían que Amalia era un fenómeno de la naturaleza y conocía las leyes como la palma de su mano, así que le sobraba el trabajo. Tú lo sabes, Sandriña, me dijo que alguna mano te echó para los temas del periódico.

Vivía bien y podía haber vivido mejor. Pero ella siempre tenía su tiempito de noche, con su mencía y su Rinoceronte al lado para repasar el caso.

Dormía poco y a veces se reía contándome que O Sapo y O Leites se le aparecían en sueños; luego se ponía muy seria al mencionar a las chicas desaparecidas, que también estaban en sus pesadillas. Yo ya no daba importancia a esa obsesión que, por otro lado, me parece lógica. A ella le jodieron la vida para siempre, pero Amalia tampoco quiso avanzar y cerrar capítulo. A veces decía que encontraba cosas en esos papeles *merdentos*, pero no había nada nuevo, nada, al menos, que yo viera. También os digo que yo no podía leer bien esa basura de documentación y le decía que lo dejase ya y escribiese un libro con su experiencia, con nuestra experiencia, para que la gente supiese lo que la justicia se ha negado a juzgar y condenar. Nada, pinchaba en el hueso duro de su cabeza.

—Yo creo que sí había algo. Y era importante.

Julio se da la vuelta y rompe su silencio. Se rinde: es hora de contar a sus amigos lo que ha encontrado revisando la casa roja de Amalia. Llueve a cántaros de nuevo sobre el Caserío Meiroi y sobre el ánimo de Julio.

5

Perolo llegó a Lugo y fue al hotel de siempre para darse una ducha lo primero. Era la una de la tarde, había hablado con Roberto a las diez y ya estaba en la ciudad amurallada. «No se puede ser más competente», se dijo, encantado de sí mismo. Se dio una ducha rápida, se miró en el espejo, asintió con satisfacción, se guiñó un ojo y no se hizo una paja porque no tenía tiempo. Con la toalla todavía atada a la cintura y desnudo de cintura

para arriba, sacó el ordenador de la maleta rígida que llevaba y lo abrió sobre el escritorio del hotel. Buscó en su móvil la dirección de correo electrónico que le habían dado y empezó a escribir.

«Estimada Amalia...».

Con calculada precisión, Perolo fue entrando en el texto del email, manipulándolo con exquisita corrección al principio, mientras le iba explicando a la jueza de Lugo quién era, su papel de abogado «un poco perdido» del líder de la oposición parlamentaria gallega, «generalmente yo llevo temas financieros». Se explayó, sobre todo, en su vocación de letrado de la defensa en una sociedad donde «el juicio mediático y social —y no negará que a mi cliente se le está haciendo — prevalece en tiempo y forma, o los engulle, más bien». Más adelante, como si se tratara de una conversación discreta a dos, el abogado le fue contando a la jueza cómo la causa había llegado a sus oídos, «ya en Madrid». La felicitó, creía que estaba haciendo un gran trabajo, por eso había aceptado un caso tan controvertido. «Acépteme esta consideración, aun sabiendo cuál va a ser mi papel a partir de ahora: defender a mi cliente de las acusaciones que usted le está imputando, muy graves, sin duda, pero creo —el Derecho en el que los dos creemos dirá— que son producto de la confusión entre delitos penales y responsabilidades políticas, por graves que sean».

Perolo se puso a disposición de Amalia, le dejó el número de su teléfono móvil en el correo y se despidió atento y afectuoso, recordándole la consideración que tenía por su trabajo, del que «me constan las enormes dificultades por las que estará pasando, tanto usted como su familia, su hija y su marido. ¡Hasta su perro, qué injusticia!». Se despidió y se masturbó inmediatamente con grandes

resultados en muy poco tiempo. Le encantaba su trabajo.

6

—¡Me cago en la hostia, Amalia! Es muy grave eso que cuentas del tal Perolo. Yo pensaba que era un meapilas, uno de los abogados más de O

Leites, que se lo había traído de Madrid para el tema de las exportaciones

esas *jurmet* que hace de sus leches y sus *caralladas*. ¿Por qué no nos lo dijiste antes? —exclamó Xeno, entre enfadado y preocupado.

—Porque yo no sabía quién era hasta que me lo dijo él. Lleva el apellido de su madre, un apellido corriente, aunque ella también es jurista, fiscal, pero está separada del padre desde hace bastantes años. Solo lleva la inicial del padre, como si su nombre fuera compuesto, ¿cómo iba yo a saber...?

La jueza se derrumbó sobre la silla metálica de la terraza de As Fontes.

Sabía por la sorpresa e indignación de sus amigos que acababa de obtener una casi certeza: la estaban boicoteando desde Madrid y habían llegado al chantaje.

—Calma, calma todo el mundo. —Xeno se puso en pie, bebió un largo sorbo del tercio y remató su cerveza ya tibia—. Primero, hay que hacer saber esto, por ejemplo, a través de los medios. *O Pobo* no, Sandra. Esta vez, no. Es el hijo de un juez del Supremo, el presidente de la Sala Segunda, es un asunto de interés nacional, na-cio-nal. ¿Se me entiende bien? Julio, vas a llamar a esa exnovia tuya periodista que se contonea por las teles con su melena bonita y le vas a mandar los correos de Perolo a aquí, la amiga ilustrísima jueza de Lugo...

—Un momento, Xeno, un momento... ¿Qué relación estableciste tú con ese abogado, Amalia? ¿Le contestaste a los emails?

—Sí, joder, a varios... —La jueza los miró preocupada.

Amalia había recibido el primer email de Perolo con extrañeza y mucha curiosidad. Para empezar, le había escrito a su cuenta personal, la de Gmail, no a la oficial del juzgado, y eso no estaba bien, pero la pericia del abogado le llevaba a hacerlo como si Amalia, en realidad, solo tuviera esa cuenta. La jueza leyó el correo varias veces. ¿Qué quería decirle ese abogado? Se estaba presentando, ¿para qué? La

verdad es que Perolo demostraba bastante astucia al trasladarle el asunto del que tanto la había avisado, por ejemplo, Juan Antonio, el presidente de la Audiencia Provincial de Lugo, y hasta el pobre del fiscal que se suicidó: ojo con confundir las responsabilidades políticas con los presuntos delitos. «Tus estándares éticos están muy por encima de la media, Amalia, no puedes imputar crímenes solo con encuentros en una gasolinera, sin más pruebas y

por más que las dos personas que se reúnan sean un ministro y el dueño de un puticlub: estás haciendo juicios de intenciones y no hay material para ir más allá», le había dicho el presidente de la Audiencia.

Juan Antonio, el juez más veterano de Galicia, que aguardaba a su jubilación para retirarse a un casoplón que se había comprado en la playa de A Lanzada, «a una fábrica de café con oruxo, más bien», pensaba Amalia, la avisaba constantemente de este punto cuando se encontraban en la cafetería Rosalía de Castro, al lado del parque lucense del mismo nombre.

Con ese agobiante paternalismo de los hombres mayores de sesenta, el magistrado la cogía del brazo y le pedía que tuviera cuidado, que no se puede imputar a gente así como quien pone una multa de tráfico, que eso tiene consecuencias y acumula cadáveres en los armarios «poco recomendables». Amalia lo escuchaba con paciencia, o hacía que lo escuchaba, mientras tomaba su café cargado sin azúcar y repasaba los asuntos que tenía pendientes antes de poder entrar de lleno en la causa Lego, que es a lo que aspiraba dedicar todo su tiempo. Después, le replicaba: «Mire, señoría, mi problema es que no tengo medios ni gente con la que abarcar tantas cosas, y parece mentira que, teniendo constancia de una causa tan grave como esta, con indicios y pruebas más que contundentes, usted no me facilite más herramientas en lugar de retirarme las pocas que tengo constantemente: hay dos plazas sin cubrir en el juzgado de instrucción número uno desde que yo he llegado. Por favor, resuélvame ese asunto y confíe en mí; la gente honrada necesita respuestas, paga sus impuestos para que se las demos, o lo intentemos, y creo que estamos ante algo grande, algo estructural en Galicia, que viene de años...». Amalia ocultaba a duras penas la emoción que le producía este asunto, su trabajo, el riesgo... Luego cogía su bolso, le daba dos besos a Juan Antonio, que apestaba a *oruxo* a las diez de la mañana, y se iba a su despacho.

El presidente de la Audiencia apreciaba a Amalia a su manera paternalista y quería alejarla de todo aquello. Más allá de que también

se apreciaba a sí mismo, sabía que la jueza era más dura de mollera que las piedras de la muralla y eso la iba a perjudicar. ¿En qué momento Roberto y O Leites dejaron de controlar el negociado que se traían desde hace años y Amalia se había colado por una rendija? Lo desconocía pero le cabreaba,

rumiaba mientras saboreaba su tercer café celta del día. Él era un

«asalariado» más, no sabía qué hacían en toda la amplitud de su negocio el alcalde y el empresario, pero sí que tenía que ser un buen chanchullo, de hace muchos años, como decía Amalia, bien ensamblado a base de otros

«asalariados» como él dispersos por toda Galicia y que eran de todo pelaje.

Al magistrado le habían hablado de contactos con el poder judicial madrileño, pero él se había cuidado bien de no saber nada y de hacer su trabajo: frenar recursos mientras estuviera al frente de la Audiencia de Lugo; otros lo harían en otras instancias si era insuficiente. Le pagaban bien, en dinero y en especie. Él ya era mayorcito a sus sesenta, viudo reciente —casi mejor— y necesitaba desahogarse con «mujeres de pago»

siempre disponibles. A su mujer, más joven que él, daba pena verla cuando aún vivía, toda de negro desde que se le había muerto la madre hacía diez años. «Nunca tuvo mucha gracia Mariana, pero al menos, en vida de su madre, se dejaba querer y follar, con esas tetas enormes que tanto me gustaban y que cuando murió daba grima verlas, dos pellejos de tanto como adelgazó desde que enfermó y murió Josefa, mucho más salerosa que ella, dónde va a parar. Yo también sentí la marcha de Josefa, al menos alguien se tomaba los cafés celtas conmigo, aunque ella solo el *oruxiño*, qué bandida...», le contaba a sus compañeros de la Audiencia.

Juan Antonio nunca pensaba en los cuernos que le puso a su mujer a la vista de todos, en las prostitutas a las que pagaba (o no) en los burdeles de Lugo que solía frecuentar, casi todos, algo de lo que hablaba la provincia entera, ya que el juez había ejercido siempre en el ámbito lucense, salvo cuatro años en O Barco de Valdeorras, en la provincia de Ourense. Allí por donde pasaba había mujeres explotadas que lo reconocían, mujeres prostituidas que se movían en los mismos círculos, más decadentes conforme cumplían años o sus adicciones para sobrevivir al terror las iban estropeando. El juez no entendía la amargura de Mariana y mucho menos la depresión profunda que

arrastraba desde años atrás, durante casi toda su vida, sin saberlo, producto de las humillaciones públicas de su marido alcohólico y putero y de la presión de su madre que, al maltratarla llamándola inútil y mala mujer por no saber «atar a su hombre a su cama», la tenía completamente abducida de culpa y pena.

Mariana había pensado en suicidarse muchas veces, pero no se lo planteó en serio hasta que su madre se murió; tampoco podía dejarla sola.

Jamás pensó que la soledad, en realidad, era la suya. Juan Antonio y Mariana no habían tenido hijos. Ella estaba en perfectas condiciones para ser madre, le había dicho el ginecólogo la única que vez que fue por orden de su marido, «así que el problema lo tiene él». Nunca le comentó nada,

¿para qué? Él no preguntaba y su madre ya la había sentenciado: «Estéril y frígida». Juan Antonio admiraba a Josefa en silencio. Lástima unos años menos, pensaba, una mujer que debió de ser de armas tomar, que se reía con sus historias sobre borracheras de compañeros, que entendía la infidelidad masculina —«Son hombres», decía Josefa a menudo— pero despotricaba de cualquier comportamiento similar en mujeres, «en putingas», las llamaba. Una machista indeseable, en realidad, que hacía la vida imposible a Mariana en pleno siglo XXI, incitando a su yerno a salir por ahí —«Ya sabes, Juaniño»— si su mujer, su propia hija, no le daba lo que merecía y debía.

Así que un día, cuando Juan Antonio salió por la puerta hacia su despacho de la Audiencia, Mariana tomó la decisión de tirarse por el balcón de su casa de la avenida de Ramón Ferreiro. No es que lo pretendiera, pero iba a engrosar la tasa de suicidios en Galicia, la segunda más alta de España después de la vecina Asturias, el doble de la media nacional. Ahí es nada, pensó; lo había leído en *O Pobo*. Era un cuarto piso, así que no podía salir mal, pero antes cogió una de las botellas de *oruxo* del marido y se la tomó entera, a ver qué tal: vomitó los dos primeros tragos, nunca había probado semejante cosa, pero luego siguió bebiendo, a sorbitos, hasta rematarla. Y

cuando despertó se encontró rodeada de vómitos, sola y con la casa sin hacer. Su marido era un tacaño y no quería contratar a nadie que la ayudase:

«¿Ayudarte a qué? ¿Qué tienes que hacer en todo el día si no es la casa?».

Nada, absolutamente nada; con nadie. Salió a la terraza bamboleándose y se tiró al vacío. Le dolía tanto la cabeza del aguardiente que no sintió nada más.

V

1

El cementerio de San Froilán recibe el ataúd de Amalia con el silencio habitual, solo roto por los técnicos que arreglan desperfectos y limpian las zonas comunes. La misa ha sido muy breve, no ha habido velatorio previo.

Tucho habló con su amigo, el párroco de la iglesia que daba nombre al cementerio, para que aceptase un funeral rápido con el ataúd presente y cerrado. «Por la niña», le rogó.

La idea del suicidio no agradaba nada al viejo don Miguel, que llevaba a rajatabla lo de que «solo el Señor es dueño de nuestra vida y Él decide cuándo venimos y cuándo nos vamos». Conocía bien a la jueza de Lugo y admiraba su capacidad de trabajo y de lucha, pero siempre le reprendía su falta de fe en el dios de los católicos. Amalia era generosa con las obras de caridad de la parroquia de San Froilán para los marginados de Lugo, pero no quería saber nada de misas ni sacramentos: «Nada, padre, usted me llama si necesita dinero, comida, ropa, asesoramiento legal... lo que sea para su causa cristiana, pero no me venga con el rezo, que aquí su dios parece haberse olvidado un poco de nosotros, y no digamos sus *jefes* de Roma».

Don Miguel estaba convencido de que la jueza era comunista, buena persona pero comunista, y rezaba por su alma enferma. El suicidio había acabado de convencerle de que Amalia no era libre por culpa de esa ideología maldita, que no se había suicidado siendo dueña de su voluntad, que estaba en *mans do demo* cuando decidió matarse, así que el cura, que también era una buena persona pese a su deformación vocacional, acabó aceptando la petición de Tucho y ofició una breve liturgia, de apenas media hora.

Transcurrida la misa, cuyos asistentes no llegan a ocupar la mitad de los bancos de la pequeña capilla inferior, un cortejo más pequeño aún sale detrás del coche de la funeraria hacia el imponente camposanto de Lugo, conocido por formar parte de la Asociación de Cementerios Singulares de Europa. En torno a la tumba donde se depositarán los restos de la jueza, junto a los de su padre y su madre, van formándose varias filas que portan flores de todos los colores. A Amalia no le

gustaban las flores cortadas, así que sus vecinas de Navia y sus amigos llevan macetas pequeñitas para dejar sobre la tumba. En primer lugar, se colocan Tucho y Esther. La niña mira al vacío, incapaz de llorar ni emitir sonido alguno mientras sostiene con una mano la de su padre y agarra una rosa blanca con la otra.

El exmarido de Amalia llora sin disimular su dolor y, seguramente, su culpa, en particular por no haber podido evitar a su única hija este momento. El hecho de que la pobre *chavaliña* desconociera lo del suicidio lo rompía por dentro, pero Tucho necesitaba más serenidad para decírselo, no sabía cómo, ya lo abordaría pasados unos días. Desconoce que, en realidad, no hace falta: Esther ha visto la prensa asturiana en casa de su abuela, la madre de Tucho, que también se ha ido a vivir a Llanes para ayudar a su hijo. La niña vio el periódico sobre la mesa del comedor al día siguiente de que encontraran a la jueza muerta en su casa. La página que estaba abierta mostraba justo una foto de Amalia, sonriente como siempre, saliendo del juzgado a toda prisa. Un titular le dio la información que su padre le ocultaba: su madre, su amiga del alma, se había matado, y fue entonces cuando, de pronto, un resorte en el cerebro de la chiquilla le negó el habla a su boca y le hizo entrar en una especie de *shock* de rabia. Sin pronunciar palabra, Esther obedecía las indicaciones de su padre, a quien no preguntó acerca de nada de lo que había leído en la prensa, y no derramó una lágrima desde entonces.

Detrás de Tucho y Esther, se colocan Sandra, Julio y Xeno, completamente desolados pero sin hacer aspavientos: no quieren perturbar el dolor inconsolable del que es su amigo también, el marido de la jueza.

Detrás de los tres compañeros de fatigas, va llegando gente de Navia: Flor, de O Burato; Mercedes, la dueña de la casa roja; Estela, de la farmacia; el

comandante Cosme, Manolo el indiscreto y otros vecinos y vecinas del *concello* adoptivo de Amalia, de Becerreá, de As Nogáis, de Pedrafita do Cebreiro y de Lugo capital, los que menos.

Cuando el encargado empieza a echar la tierra sobre el féretro de Amalia, después de que Esther lanzara la rosa blanca al foso, un coche grande y blindado, un Audi A8, se para en el camino y de él sale el alcalde de Santiago de Compostela con una pulcra cara de consternación. Se detiene antes de llegar al grupo, esperando a que terminen la sepultura de la jueza y de poner la lápida, para dar el pésame a Tucho y a la niña.

—Será cabronazo, ¿qué hace este mierda aquí? —A Julio le sale bilis por los ojos.

—Tranquilo, Xuliño, no le des esa satisfacción a esa piraña, que es lo que busca para salir en las noticias... —Xeno agarra al abogado por el brazo, a punto de estallar de la tensión contenida.

Roberto los mira a los tres como si no los viera, se acerca a Tucho, se presenta y le da una mano firme mientras le pone la otra en el hombro.

—Una mujer valiente y comprometida, lo lamento profundamente, Antonio.

Tucho no reconoce al enemigo de su mujer tras las lágrimas, piensa que es alguna autoridad de Lugo —no había ningún representante público en realidad— y le devuelve el apretón de manos con una dolorosa sonrisa.

El alcalde acaricia la cara de Esther, da unos pasos hasta Cosme, que tiene que cuadrarse, y le pide un aparte.

—Comandante, ¿se acerca un momento a mi coche, por favor?

—Sí, señor alcalde —dice Cosme, mirando de reojo a Xeno y consciente de la hostia con la que su subordinado y amigo habría tumbado al regidor y su desfachatez criminal.

—¿Cómo es posible? —le pregunta Roberto al guardia civil ya dentro del vehículo.

Cosme le dice lo que a Julio: un suicidio de libro, ni siquiera le hicieron autopsia, el juez no la pidió, no había indicio alguno de violencia; al revés, todo destilaba una fría paz en la posición de Amalia bajo las sábanas, como si durmiera.

—Se había puesto el pijama y todo, con su copa y sus botellas de vino en la mesilla, que *non rematou*. Había tres blísteres de alprazolam, debió de tomarse unos treinta gramos después de beberse el vino y se durmió *coma un paxariño»*.

Cosme lee del tirón las notas que lleva en su cuaderno diminuto. El alcalde piensa que le va a reventar la cabeza de preguntas mientras escuchaba al comandante, no entiende nada, aunque trata de tranquilizarse al escuchar la confirmación del suicidio. Cosme sigue hablando, dando rodeos sobre lo mismo para cansar al alcalde,

mientras una sorda inquietud da vueltas por el cerebro retorcido de Roberto, aunque descarta hacer más preguntas para evitar la suspicacia del guardia civil. Tampoco parece que haya nada más.

—¿Qué han hecho con sus cosas?

—Tucho, el marido, se llevó las cosas personales. —Cosme evita decirle a Roberto que Julio ha ido a la casa roja a revisar el ordenador y el móvil de Amalia. No era vinculante.

—Está bien, muchas gracias, comandante. Siento mucho esta pérdida.

Solo quería dar el pésame a Antonio.

— *Fillo de Satanás* —farfulla Cosme cuando cierra la puerta trasera del Audi—. Amalia tiene que estar revolviéndose en su tumba, aún reciente.

Al momento se da cuenta de que Basilio le observa desde el asiento del piloto con la sonrisa torcida. El guardia civil le sostiene la mirada hasta que el coche desaparece de su vista llevándose al alcalde de Santiago.

2

La comida de los tres amigos en el Caserío Meiroi de Navia, el día anterior al entierro de Amalia, los dejó completamente desconcertados. Sandra y Xeno habían escuchado atentamente las explicaciones de Julio sobre lo que había encontrado en la casa roja.

El abogado contó a sus amigos que estuvo revisando por encima el ordenador de Amalia durante dos horas. Todo era lo mismo de siempre salvo una cosa. Entre los recortes de *O Pobo*, entre los miles de páginas de

la instrucción, la jueza había incluido una carpeta aparte sobre la figura del abogado de Manuel, el ya exlíder del PSD en Galicia, el hijo del presidente de la Sala Segunda de lo Penal del Tribunal Supremo.

—¿De Perolo? Pero si ese era un mierda sin dos dedos de frente, no sabría hacer la *o* con un canuto. Con sus trajecitos apretados, sus corbatas chillonas y su gomina reluciente en los rizos morenazos, ¿quién iba a tomar en serio a ese sujeto?

—Te equivocas, Xeno, Amalia ya nos advirtió sobre este abogado y sus intenciones, ¿te acuerdas? Intentó chantajearla, le pidió que parase de

investigar. Tengo aquí su email más directo, el que filtramos a Madrid.

Mira. Ella lo tenía en la carpeta nueva que abrió y fue llenando desde que llegó a Navia.

Estimada juez, querida Amalia:

¿Recuerdas lo que te comenté en mi anterior correo sobre la otra causa nacional que pesa sobre el PDC y que tiene a su líder y presidente del Gobierno, al que conozco bien de por estas tierras de mi padre, al borde de una moción de censura si no apura su sucesión frente al partido? Tuve ocasión de coincidir en unos cursos con el juez que instruye este caso de presunta corrupción institucional y me confesó que, si no llega a ser porque este asunto ha tapado el tuyo, al menos por un tiempo, ya te habrían expedientado, incluso expulsado de la carrera judicial por todas las demoras e imputaciones de meses y meses sin resolver que llevas a cuestas.

Tómalo como un consejo de jurista, admirada Amalia, y esto queda entre tú y yo, pero empieza a sonar un runrún en el Tribunal Supremo de que hay juezas en Lugo que interfieren demasiado en la vida política. Me da miedo lo que pueda pasarte y quiero de verdad que me permitas hacer algo. Habéis sufrido amenazas, tú y tu familia; pintadas intimidatorias en el portal de tu casa, sustos a la niña en el colegio de «hombres feos» que le mandan «saludos para mamá»... Esto no puede acabar bien. Acepta por favor mi consejo y, a su vez, si necesitas apoyo en el poder judicial para optar a otra plaza mejor y más segura, con más medios, házmelo saber, Amalia, y haré todo lo que esté en mi mano. Como te he dicho en varias ocasiones, la información es poder y por ello no me será difícil conseguirlo.

Te saluda afectuosamente, tu amigo.

Sandra revisó el texto del email una y otra vez: no podía creerlo. ¿Es posible que ese abogado fuera algo más que el niño de papá pijo y bocazas que creyeron que se estaba cubriendo de gloria delante de Amalia? Lo cierto es que Perolo, más allá de la defensa frustrada de Manuel, del PSD

gallego, había desaparecido pronto del paisaje de la causa. Como pidió Xeno cuando se enteraron del intercambio de correos entre la jueza y él,

Julio filtró a la periodista madrileña el mismo correo que ahora releían en el Caserío Meiroi. Enseguida salió publicado en la prensa nacional, ocupó las portadas de varios periódicos, radios y

televisiones, quienes subrayaban que ese abogado que trataba de «chantajear» a una jueza de Lugo que investigaba una causa de macrocorrupción era, ni más ni menos, que el hijo de un magistrado del Supremo temido y alabado a partes iguales, según por dónde soplara el viento de su trabajo, ora contra el PDC, ora contra el PSD.

El tema fue un escándalo, pero de pocos días. Amalia lo puso en manos del gobierno de los jueces, el Consejo General del Poder Judicial, aunque más allá de conseguir que el PSD apartara a Manuel de su escaño del Senado y de su liderazgo en Galicia, dejándolo en la irrelevancia, y que Perolo se recogiese en Madrid, la jueza solo consiguió un reproche público por parte del Consejo por haber intercambiado emails con un abogado de la defensa de uno de los imputados por el Supremo. Para el poder judicial, que debía ampararla, Amalia era tan responsable como Perolo de que este intentara chantajearla: no hicieron nada.

El que fuera líder autonómico del PSD era el único personaje relevante del que el Supremo había aceptado la imputación pese a la larga lista de políticos, empresarios y funcionarios para los que la jueza de Lugo la había solicitado. Lo consiguió tras admitir Manuel en una grabación recogida por la policía judicial en el aparcamiento de la Diputación de Lugo, junto a uno de los peones de O Leites, que había aceptado mordidas en efectivo y pedía *máis*. El banco de Manuel certificó más tarde ingresos regulares en efectivo en una de sus cuentas, que él achacó a intercambios con su mujer. Ella tenía dos pisos en alquiler, aunque declarados a Hacienda religiosamente, por lo que aquello no cuadraba de ninguna manera, y se aceptó la imputación del senador aforado por parte del alto tribunal, aunque no llegaron a llevarlo a juicio. Pedro, el magistrado, pensó que podía cantar demasiado si veía la cárcel tan cerca.

El hombre de O Leites que aparecía en la grabación junto al exlíder de los socialdemócratas declaró que no sabía de qué le estaba hablando Manuel, pero que parecía muy nervioso por alguna deuda familiar o así. No le pudieron mover de ahí y llegaron a la conclusión de que Carlos había mandado a un mandado ignorante para sacarse de encima la petición de más

dinero que hacía el senador por sus gestiones, particularmente las de captar funcionarios con competencias en extranjería o comercio exterior como

«asalariados» de la trama para falsificar documentos o hacer la vista gorda ante sus crímenes.

3

Sandra, Xeno y Julio se reúnen tras el entierro de Amalia en la «calle de los vinos» de Lugo con Cosme, Tucho y Esther. La niña, inquietantemente parecida a su madre, sigue en silencio, ni llora ni habla, y la periodista intenta interactuar con ella cuando Esther la coge de la mano para que la acompañe al baño. Cuando se está lavando las manos después de hacer pis, se queda mirando a Sandra con los ojos de una mujer adulta y le reprocha que ella también supiera que su madre se había matado y no le dijera nada.

—Pensaba que desde que íbamos todos a As Fontes, éramos también amigas, como mamá y yo, aunque ella ya no lo es.

Sandra se agacha para situar su mirada a la altura de la de Esther, le pregunta quién le ha dicho que su madre se había quitado la vida y la niña le dice que lo ha leído en un periódico de la abuela. La periodista coge aire, por un momento piensa egoístamente que por qué tiene ella que cargar con el marrón de tener que explicar a Esther el suicidio de su madre. «Porque te ha tocado», se contesta rápidamente.

—Esther, nunca sabemos por qué la gente que se mata lo hace, pero te aseguro que si tu madre decidió que era lo mejor en ese momento, lo era.

No tiene nada que ver contigo ni con tu padre...

—¡Ha dejado solo a Rinoceronte! —La niña ha estallado en lágrimas y puñetazos contra las piernas de Sandra, que la abraza enseguida y no puede evitar llorar con ella, en silencio.

—Rinoceronte se irá con vosotros, ahora está con Mercedes, que es la dueña de la casa en la que vivía tu madre y una señora muy buena. Estaba en el cementerio con una flor muy grande en una maceta, ¿te acuerdas? Y tú

tienes que hablar con tu padre, Esther, él mejor que nadie conocía a tu madre y te contará cosas de ella que seguro que no sabes: que ayudaba a mucha gente. Tanta, tanta gente, que siempre estaba preocupada.

—¿Por eso se mató, porque siempre estaba preocupada por la gente?

—No lo sabemos, Esther, pero si lo hizo, es porque algo le daba vueltas en la cabeza, como una pesadilla de noche pero a todas horas, sin dejarla en paz.

—¿Cómo un monstruo en el cerebro?

—Como un monstruo horrible en el cerebro, exactamente.

—¿Y le hacía daño?

—Mucho daño, sí.

—¿Por qué no se lo dijo a papá, o a Xeno, que tiene pistola, para que matara al monstruo ese que hacía daño a mamá?

—Esos son monstruos que no se mueren nunca y van saltando de cabeza en cabeza...

Tucho pasa por delante del baño de mujeres para ir al de hombres y ve a Sandra agachada, hablando con su hija, que llora desconsoladamente y habla sin parar entre hipos. Entonces se da cuenta de que ha estado tan enfangado en su propio dolor que no se ha ocupado lo suficiente de la niña.

Y se da cuenta de que Esther ya sabe y que ahora le toca quererla mucho y tratar de arrancarle cualquier atisbo de odio hacia Amalia o hacia sí misma si la culpa empieza a merodearle el corazón aún inmaduro. Sandra lo ve, le sonríe y le informa:

—Esther me ha contado que vio en el periódico de la abuela que Amalia se había matado y le he contado lo del monstruo ese invisible que invade las cabezas y que no se puede sacar, pero que hace mucho daño...

Tucho ocupa el lugar de la periodista y abraza a su hija llorando mientras Sandra se retira hundida en la miseria más absoluta.

4

Perolo da vueltas en su cama del ático de lujo que ocupa con su mujer y sus dos hijos mellizos de dos años en la zona de Arturo Soria de Madrid. Ha llegado muy tarde, ha estado de copas con los directivos de una empresa,

clientes de su despacho de abogados, y no puede dormir. Se levanta y se sirve una copa, otra más, pero esta vez ha rebajado el whisky con agua. La noche ha sido larga: empezaron con cerveza a las siete de la tarde y son casi las siete de la mañana; la luz fría del otoño madrileño empieza a colarse por las persianas automáticas con las que su mujer sella las ventanas por las noches a cal y canto para que los niños no se

despierten: han sido dos bebés de muy mal dormir el primer año y Perolo aún recuerda cómo se inventaba viajes al despacho de Portugal para meterse en un hotel madrileño exclusivamente a dormir del tirón, sin alcohol ni sexo. Solo dormir, porque aquello de las noches en vela, con los bebés llorando cada dos horas, era una auténtica pesadilla.

Al abogado no le desvela lo que ha ocurrido en la noche de copas, ni mucho menos. Incluso ha tenido tiempo de meterse unas rayas con la segunda directiva de la empresa invitada, que le ha pasado la droga y se la ha chupado, y muy bien, en el baño del penúltimo sitio que visitaron mientras él manoseaba sin entusiasmo unas tetas mal operadas. Cuando volvió a casa, tuvo que follarse a su mujer para rematar la faena con la ejecutiva, que lo dejó en brasas. Su esposa, hermosa y fría como un pez congelado —con él, nada más, no con su entrenador personal—, siempre se hace la dormida, pero para el caso, sirve: por detrás, aquí te pillo, aquí te mato.

Perolo quiere pensar que el estado de alerta es efecto de la cocaína, aunque solo fueran un par de rayas hace ya horas, y no el suicidio de la jueza de Lugo, a la que han enterrado esa misma tarde. Roberto lo llamó a la hora de comer y le contó cómo se había acercado al cementerio de San Froilán a dar el pésame al exmarido y a la hija de Amalia y, sobre todo, a hablar con el comandante del cuartel de Navia de Suarna, que le ha confirmado un «suicidio de libro». Hacía muchos meses que no hablaban.

La gran promesa del Partido Demócrata Cristiano, ante el desgaste de su líder nacional, y el abogado hijo de un magistrado del Supremo, presidente de sala y quién sabe qué más en el futuro, se habían distanciado después de la filtración del correo electrónico con el intento de chantaje de Perolo a la jueza de la causa Lego. La sangre no llegó al río porque tanto el padre del abogado como Roberto intercedieron ante el poder judicial para

señalar la responsabilidad de la jueza al haber intercambiado correos con un abogado de la defensa de un imputado del Supremo a petición suya. A partir de entonces, y humillado por un error fruto de su soberbia, Perolo se dedicó exclusivamente a sus estrictas funciones legales dentro de la trama Lego y al trabajo «impecable» que lleva su bufete.

Encima, en este año largo en que el letrado desapareció de la faz pública y de las comidillas sociales, su nombre y el de su bufete en Portugal se habían visto envueltos en un turbio asunto de sociedades *offshore* y cuentas en paraísos fiscales relacionado con un empresario

japonés que resultó dedicarse no solo a la venta de automóviles y barcos de lujo, como dijo en el despacho cuando contrató sus servicios para gestionar su patrimonio, sino al tráfico de drogas entre Asia y Europa. El nombre de Perolo, ya fichado por la prensa debido a su episodio con la jueza de Lugo, fue inmediatamente recordado por la opinión pública y relacionado con el narcotráfico y el blanqueo de capitales. Efectivamente, aunque nunca llegó a ser imputado, su nombre y el del despacho aparecían continuamente en el sumario de la investigación —«relacionado», dice la prensa—, por lo que una vez más tuvieron que intervenir su padre y el líder nacional del PDC, presidente del Gobierno y acosado él mismo por la corrupción, por medio de Roberto, su delfín, para silenciar a los medios mediante jugosos contratos de publicidad institucional y algunas filtraciones menores de cuestiones internas del partido a cambio de dejar a Perolo en paz.

El abogado estaba en horas bajas desde el escándalo de los emails con la jueza y la causa del japonés narcotraficante. Mantenía el trabajo encomendado por Roberto y O Leites, que le proporcionaba una base de ingresos más que considerable, pero su despacho había perdido muchos contratos muy jugosos. Su alto nivel de vida, que Perolo se empeñaba en mantener a toda costa, además, obligado por su mujer, que no trabajaba ni pretendía hacerlo, y tener que mantener una plantilla sobredimensionada en el bufete para no incurrir en más errores le habían obligado a contraer ya bastantes deudas. No muchas, y seguro que reembolsables con el tiempo, pero las suficientes para que ahondaran en la oscuridad que le había provocado ahora la muerte de Amalia.

«Roberto, necesito sabe que todo está bien por vuestra parte; que el negocio y sus relaciones con mi despacho siguen controladas como siempre, y que la muerte de la jueza de Lugo no ha sido más que eso, una jugarreta del destino para que todos volvamos a salir en los papeles un tiempo, pero sin nada nuevo, por puro sensacionalismo». Perolo le ha dejado a Roberto este mensaje en el contestador porque no le devolvía las llamadas. El alcalde lo llama entonces tras el entierro de Amalia y le explica lo que la Guardia Civil le ha dicho:

—Ni autopsia le hicieron, Perolo, el juez no lo consideró conveniente y el exmarido no se opuso, así que la enterraron enseguida, a menos de setenta y dos horas de su muerte. No sé qué *carallo* le pasó por la cabeza a esa mujer, pero creo de verdad que podemos estar tranquilos. Nosotros, a lo nuestro; dejemos que pasen estas semanas de morbo mediático y anunciaré mi candidatura a suceder a Miguel al frente del PDC, luego ya hablaremos sobre nuestro contrato. Todo irá bien sin

ella, seguro que incluso mejor.

5

Tucho y Esther se vuelven a Asturias. Enterrada Amalia, dice su exmarido, ya no tienen nada que hacer en Lugo. El viaje es largo y cuanto antes empiecen a normalizar la vida de la niña, mejor.

—Hay mucho que hablar y sanar en esta cabeciña —dice Tucho acariciando a su hija, que, aunque sigue seria y llorosa, ya ha abandonado la crispación y la ofuscación que le hicieron no abrir la boca durante cuarenta y ocho horas.

Los cinco —Cosme ya se ha ido hace rato a visitar a unos compañeros en la ciudad amurallada— se abrazan muy fuerte, conscientes de que será muy difícil que todos ellos vuelvan a coincidir en algún momento de sus vidas, pese a la irreductibilidad del lazo que los une para siempre.

Mientras Tucho y la niña se pierden por la calle de los vinos, abrazados bajo el paraguas diminuto de Mafalda, los tres amigos los observan en silencio sin mirarlos realmente, pensando cada uno en los suyo y todos en lo mismo.

—¿Y ahora qué, Xuliño?

—No sé, Xeno, no sé... Necesito que miremos bien todo lo que dejó Amalia en la carpeta del ordenador relacionada con el hijo del magistrado.

Lo que os conté, la actividad de su despacho aquí en España y en Portugal...

¿Sabíais que estaba en Madeira?

—Joder, esto cada vez pinta peor. —Sandra da un largo silbido mientras le asoma en la frente la vena hinchada del estrés vocacional —.

Madeira es región autónoma y se la considera un paraíso fiscal de facto, aunque no está oficializado como tal, no sale en la lista de paraísos de la Unión Europea. Pero Funchal, la capital, está llena de despachos expertos en gestión de patrimonio, como el de Perolo. Lo normal es que estos bufetes se dediquen a la creación de empresas pantalla para evadir impuestos, por ejemplo, de los derechos de imagen que cobran algunos futbolistas en España. No es ilegal si

avisas a Hacienda de su existencia y, además, Madeira no es reacia a colaborar con las instituciones de otros países, eso sí, mediante justificación previa para acceder a los expedientes fiscales. O sea, fácil no es investigar, ponen muchas trabas. El problema es que mucho de ese dinero depositado en empresas hechas a medida en Madeira no se declara en los países de sus dueños, que suelen, además, colocar a testaferros, crear otras sociedades por debajo de la sociedad matriz para evitar impuestos, evadirlos, blanquear dinero... Es muy jugoso para los traficantes de todo tipo. ¿Has encontrado algo en este sentido?

Sandra ya está buscando con su tableta noticias sobre operaciones contra el blanqueo de capitales ejecutadas desde Madeira. No encuentra mucho, pero Xeno empieza a negar con la cabeza...

—A ver, a ver... Muchachos, no os desparraméis. ¿Dónde está esa documentación, Xulio? ¿La sacaste del ordenador de Amalia ya o tenemos que volver a por ella?

—Está allí, la volqué en un pendrive que dejé guardado en la alacena por si finalmente Tucho decidía llevarse el ordenador. No quería sacar nada de la casa antes por si acaso, y menos aún sin que lo vierais todo vosotros, y ayer estaba hecho más mierda que hoy. Tengo la cabeza completamente embotada y necesito descansar si realmente vamos a ponernos con esto, porque ya os digo que, salvo todos los detalles sobre el trabajo del despacho de Perolo, un proceso que tuvo pendiente por el procesamiento criminal de

un empresario japonés, aunque al abogado ni lo imputaron, no encontré nada. Sería bueno, no obstante, que lo vierais: me costó mucho aprobar derecho financiero y tributario en la universidad.

Los tres ríen aliviados. La tensión ha acabado por hoy y, en su fuero interno, Sandra, Julio y Xeno ruegan que hayan acabado para siempre con ese caso. Pero como son leales a su amiga hasta el final, después de él, el guardia civil se ofrece a ir el lunes con ellos, a ver qué es lo que encontró el abogado en el ordenador de Amalia y a hacer más copias para que cada uno tenga la suya.

—Seis ojos ven más que dos, aunque Julio se ponga gafas porque va perdiendo juventud.

Vuelven las risas, los puñetazos entre los dos hombres y más cervezas.

—Además —apunta Sandra—, Mercedes querrá vaciar la casa para alquilarla, aunque entiendo que los tiempos van más lentos en Navia.

¿Tienes tú las llaves, Julio?

—Sí, me las dio Cosme, pero se las tengo que devolver.

—Hablaremos con Mercedes, la casa se puede ir enseñando a los interesados mientras trabajamos allí si realmente encontramos algo... *Que eu, Xuliño, teño moitas dúbidas*... Si tuviese alguna cosa, Amalia me lo habría dicho —dice Xeno.

—¿Y si no le dio tiempo? ¿Y si la mataron antes? —Sandra salta de su taburete de madera.

—Joder, joder, joder... ya se nos están yendo las cabezotas otra vez. A ver, chicos, quiero volver a dormir por las noches, así que vamos a pensar con tanta racionalidad como frío polar. ¿Estamos? Es imposible, teniendo en cuenta el escenario de la muerte, que a Amalia la mataran. Nadie vio nada, nadie escuchó nada... Navia no es Times Square, pero por eso precisamente cualquier ruido, fuera de coche, de pisadas o de tacatá, habría levantado sospechas y a todas las vecinas de a metro cuadrado. *Carallo*, no se les escapa una, os lo digo yo, que para una señora de León que he conseguido tener en casa unos *meseciños*, al día siguiente de la primera noche de amor, ya lo sabían hasta las vacas que pastan en San Cosme de Oselle.

Es imposible tener una conversación seria con Xeno, concluyen Julio y Sandra a carcajadas. Pero el guardia civil tiene razón, hoy no es el día para hacer suposiciones que, sin la documentación delante, no los van a llevar a ningún sitio bueno, solo a especular sobre escenarios que rocen incluso lo paranoico. Deciden seguir bebiendo hasta que el cuerpo aguante, dormirán los tres en casa de Julio para que Sandra y Xeno no tengan que coger el coche de vuelta a Santiago y a Navia respectivamente. Una llamada a uno de los móviles interrumpe la conversación. «Número oculto». Xeno observa el teléfono, mira con cara de interrogación a sus amigos y guarda el aparato.

Hoy no están para nadie y, además, es lo que Amalia habría querido. Piden la última cerveza y se encaminan a ver a Paco, el de As Fontes, a que los invite a tortilla y empanada con una botella de mencía del bueno. Ríen y lloran cuando Julio cae espatarrado sobre las piedras húmedas de la Praza do Campo.

—¡¿Lo veis?! ¡¿Lo veis?! Siempre por los suelos, y Amalia solo se caía de la cama.

PARTE II

DESENTERRAR A LA JUEZA

VI

1

La Ucraniana sube corriendo las escaleras que van de la barra del Princess al piso superior donde están las habitaciones para recibir a los clientes. La chica, de veinte años, es moldava en realidad, del país más pobre de Europa, pero a O Sapo le trae sin cuidado cuál es exactamente el país de donde la sacaron con quince años, engañada, muerta de hambre y de sueños por cumplir. La llaman la Ucraniana porque a la bestia le sale «de los cojones y punto», por más que ella se acuerde de su ciudad, Chisináu, la capital moldava, e intente hablar de ella a los clientes, que la mandan callar o simplemente la ignoran mientras cogen lo suyo. La muchacha lo hacía sobre todo al principio, contaba cosas de su país y su familia, de sus dos gatos, Crimen y Castigo — le encanta leer—, y lo hacía por intentar poner un poco de humanidad a una actividad que la mata por dentro y por fuera, pero no había forma: los hombres buscan lo que buscan y su objetivo no es una mujer, un ser humano de Ucrania, Moldavia o del mismo Lugo.

Quieren un trozo de carne al que rellenar cada agujero.

—¡Chicas, chicas! He oído que esta tarde hay una fiesta blanca, lo ha dicho Basilio, el conductor del coche grande, que vino a hablar con el Sapo a primera hora.

—Y tú, ¿qué hacías por ahí fuera a primera hora, *merdeira?* —La Ecuatoriana lleva tantos años en el puticlub que hace tiempo que utiliza el gallego de vez en cuando. A sus treinta y ocho años «que parecen más de cincuenta» es la veterana del Princess y sueña con que la jubilen pronto para poder volver a su país, de donde nunca debió salir: vino a Galicia a limpiar casas y el dueño de una de ellas le ofreció los papeles a cambio de trabajar «de camarera» en una discoteca. Era mentira, la metieron en el Princess a ser prostituida, también por el dueño de la casa donde limpiaba y

a las órdenes de O Sapo, que se quedó los papeles, que le había conseguido gratis, junto con su cuerpo hasta que la Ecuatoriana pagara todo. Pero nunca es suficiente. Es la «esclavitud de la deuda», oyó un día en la televisión que llamaban a ese infierno, lo que la convenció de que, aunque ahí fuera sabían que existía, nadie haría nada por pararla.

—Estaba desayunando en la parte de atrás, Ecuatoriana, joder, como siempre, con el café y el cigarro, y he oído a esos dos hablando.

Dijeron

«fiesta blanca» y «esta tarde», seguro, además de otras palabras que no entendí.

—Joder, *moza*... Da gracias a que no te vieron espiando.

—No, no... Me quedé ahí hasta estar segura de que se fueron los dos.

Primero se fue Basilio en su coche gigante y luego el Sapo, un poco después. Pero a mí me pareció mucho tiempo, aunque nos dejen estar en el patio de atrás por la mañana... Creo que al Sapo no le iba a gustar verme mientras hablaban.

—Ten por seguro que no; no vuelvas a hacerlo o acabaremos barriendo tus dientes y despegando tu cerebro del suelo.

—¡Coño, Ecuatoriana! ¿Puedes no decir esas cosas?

—Nada que *non sexa a realidade*, Chinita, nada. Bien lo sé yo.

Chinita tiene veinticinco años, pero si no te acercas mucho y te desvías de su piel ajada, con varios surcos, cuperosis por el consumo de alcohol anestesiante y una cicatriz en la ceja regalo de un cliente borracho al que no se le levantaba, aparenta dieciocho. Ayudaba a sus padres en una tienda de Lavapiés, en Madrid, uno de los antiguos Todo a Cien (pesetas) que acabaron llamándose «chinos» y vendiendo de todo a precios muy bajos, y casi el día completo, por incombustibles ciudadanos del país asiático. Fue Basilio quien la vio a sus quince años cuando entró a comprar agua en unos de estos bazares mientras daba vueltas con el coche buscando un aparcamiento libre. Roberto se estaba dando un masaje en el Hammam Al Ándalus, uno de esos baños árabes, que dejaba al alcalde convertido en un muestrario de perfumes raros que a Basilio le horrorizaban y le apestaban el coche, pero que a su jefe le encantaban y le relajaban, decía. Siempre que iban a Madrid a algún tema del partido o a verse con Miguel en la Moncloa, había que buscar una hora para ir a los masajes árabes.

El conductor se desquiciaba porque en la zona de Lavapiés es imposible aparcar fuera de un aparcamiento cubierto y, en este caso, el móvil se queda sin cobertura, una opción que ni se planteaba, al igual que bajarse del coche, y Basilio daba vueltas, y venga vueltas, parando en entradas de garajes y otros lugares prohibidos hasta que lo echaban y buscaba otro, y así la hora y pico del masaje.

Roberto no quería otro conductor que Basilio, con el que llevaba casi

toda su vida política, así que este se hacía el camino Santiago-Madrid-Santiago por carretera mientras su jefe iba rápidamente en avión desde Compostela. A Basilio, cuya estatura y fuerza descomunal también habían sumado puntos para estar con el alcalde, no le importaba nada, le encantaba conducir y ser la persona de confianza del que iba a convertirse en el siguiente presidente del Gobierno. Lo que no tenía nada claro el chófer era lo de irse a vivir a la capital, a ese caos imposible de soportar. Roberto ya se lo había sugerido, pero Basilio trataba de convencerlo de que él estaba mejor en Galicia, controlando todo por allí, a Sapo, a Leites, a los

«asalariados»... «Ya sabe que yo soy sus ojos, jefe». Y eso era cierto, así que el destino de Basilio cuando Roberto diera el salto a la política nacional estaba sin decidir todavía.

La Chinita, que lo fue desde el momento en que ese imponente hombre con barba recortada y vestido de traje negro le puso la mirada encima, era, cuando dio con ella, una muñeca de porcelana, delgada, pálida, con los ojos y el pelo negro y unos labios rojos que se mordía continuamente. «El sueño asiático», pensó Basilio, que ya no pudo sacársela de la cabeza. Se lo comentó a Roberto: «Hay una chiquita en un bazar chino, jefe, que tenemos que llevarnos para Lugo. *Bocatto di cardinale*, nunca he visto una perfección semejante. Ni en las películas, créame. Tiene pinta de ser muy joven, pero maquillada nos da los dieciocho en un año, y mientras tanto, para cositas puntuales puede servir». El alcalde asintió con la cabeza mientras miraba las llamadas perdidas y los mensajes de su móvil.

Estaba acostumbrado a los caprichos de Basilio, que se obsesionaba con mujeres que veía por Madrid —todas extranjeras o de origen extranjero

— y, si podía, las metía de cabeza en el Princess . O al principio, y si eran menores, en un piso, usadas solo para satisfacer su concupiscencia de

salvaje durante unos meses —un año le duró alguna—, y después, cuando solo eran una sombra de las mujeres o las niñas que se creyeron las promesas de Basilio y se fueron con él, entregarlas a O Sapo, completamente rotas, para que las moldeara a su antojo y las incluyera en el negocio de la carne. Pese a estar acostumbrado, al alcalde le seguía impresionando la cantidad de mujeres ingenuas que había por el mundo, dispuestas a dejarse engañar por su conductor e ir a dar con sus huesos en un burdel de carretera junto a un ser como O Sapo, que no dudaba en sacarles la pistola o un cuchillo si no hacían

lo que él quería. Roberto confundía la ingenuidad con la desesperación, claro que la tragedia de esas mujeres en ningún momento pasaba por su insensible cerebro de hiena.

«¿Había vida después del Princess?», se preguntó alguna vez Roberto, que no tenía ni idea de qué había sido de las chicas que se habían ido del club o a las que largaban porque ya estaban amortizadas. Nunca lo preguntó, aunque imaginaba que volvían a sus países y rehacían sus vidas con el dinero que habían ganado, o se quedaban por España... En todo caso, le importaba un nabo. Su obligación era la de resolver la vida de la gente que le interesaba o que, por lo menos, le votaba, y así seguir expandiendo el negocio.

2

Xeno, Julio, Sandra y Amalia se escondieron desde la seis de la tarde entre los árboles y la maleza que hay frente al Princess. El guardia civil se había enterado, a través de un chivatazo anónimo que llega de dentro y que Amalia supuso de la Ecuatoriana, de que va a haber una fiesta blanca y presumieron que se celebraría en el puticlub que regenta O Sapo, así que decidieron desplegar el operativo antes de tiempo para poder ver quiénes entraban y sacar unas fotos. Sandra llevó una buena cámara nueva con visión nocturna y teleobjetivo y estaba deseando darle un uso a su altura.

Amalia no quiso avisar a nadie de forma oficial porque solo tienen el chivatazo de Xeno y prefirió tantear el terreno primero; hacía tiempo que sabían lo de las fiestas blancas, pero eran muy esporádicas y hasta ese día no habían conseguido saber cuándo se celebraba alguna.

El guardia civil había invertido mucho tiempo y facturas de supermercado —único sitio al que la Ecuatoriana iba sola, eso sí, con el tiempo contado y un taxi esperando fuera— en convencerla de que lo avisara a él o a algún compañero de los que «se pasan por el burdel» —no entró en más detalles— de cuándo se celebraba alguna de esas fiestas blancas a las que seguro que iban hombres importantes. Xeno le garantizó protección a la prostituta si conseguían imputar a O Sapo y compañía, y ella, muerta de miedo, pero mucho más curtida que las demás en la supervivencia gracias a dos décadas de abusos en casas y tugurios de mala muerte, accedió. Eso sí, le advirtió de que nunca le contaría quiénes de sus compañeros iban al Princess si no hacían nada malo; nada malo más allá de ser todo lo bestia que un hombre puede ser para someter a una mujer desde una posición de fuerza, a veces, incluso, vistiendo el uniforme.

—Entonces ¿cómo me voy a enterar de las fiestas, Ecuatorianiña?

—Te enterarás si yo me entero antes.

A la Ecuatoriana ya no la llevaban a esas fiestas, a las que solo accedían las más jóvenes y guapas, carne fresca, generalmente, que traían los socios de O Sapo desde las fronteras con Rusia o con África, en Andalucía, Ceuta y Melilla; lugares de nadie, o sea, de seres humanos a los que todos repudian, que huyen de las guerras de Oriente Medio o de la hambruna africana y llegan sin papeles y con muchas niñas y niños de fácil captación por parte de las mafias, ya sea para la explotación sexual y laboral o el tráfico de órganos. A las latinoamericanas las encontraban en Galicia limpiando casas por horas en situación irregular, avisados por sus propios empleadores a cambio de un puñado de euros, o las iban a buscar a sus países de origen cuando arreglaban asuntos de drogas, muy presentes en el Princess y el resto de puticlubs de carretera que completaban el negocio en Galicia, sobre todo en la provincia de Lugo. Los «asalariados», funcionarios de Extranjería bien untados con las mordidas de O Leites, se encargaban de los papeles y los pasaportes de las pobres mujeres, falsificando el año de nacimiento de muchas niñas.

Estas menores, con sus pasaportes adulterados en poder de O Sapo hasta que pagaran la deuda eterna de su esclavitud, eran llevadas a pisos donde convivían de docena en docena con otras niñas y algunos niños, y

estaban vigiladas generalmente por mujeres prostituidas que ya tenían poco o nulo interés para los puteros por su edad, su alcoholismo y por enfermedades crónicas u otras producidas por el elevado consumo de cocaína o los abortos forzosos a los que las habían sometido. Estas mujeres no tenían más que perder que ese trabajo de vigilantes, por lo que lo cumplían con un rigor que incluía el ensañamiento con las niñas, a las que veían como sus yoes adolescentes con una frustración salvaje, carente de empatía alguna: las chiquillas aún tenían la juventud; ellas, ni eso.

Los pisos de menores, distribuidos por toda Galicia, eran propiedad de O Leites, y tenía muchos de ellos a nombre de una sociedad encabezada por su mujer, que, junto a otras muchas empresas, dependía de una compañía matriz. En La Muralla S. L. el empresario lácteo depositaba buena parte de su inmenso patrimonio, que nunca nadie había cuestionado por «el mimo que pone en sus granjas y en lograr sus productos de altísima calidad, que exporta fuera de España con mucho éxito», según afirmaba la prensa en Galicia, con mucha

admiración y mucha pasta mediante. La Muralla y su maraña de sociedades eran gestionadas por la filial portuguesa del despacho de Perolo, ubicada en Funchal, en Madeira.

Aurora vivía ajena a los crímenes de su marido. Tampoco quería saber de dónde salía tanto dinero en efectivo, lo importante era que fluyera.

Estaba encantada de ser una señora respetada y «de alta sociedad» por fin, después de aguantar los porrazos y desprecios de O Leites durante sus treinta años de matrimonio. Y no solo: Aurora había tenido que comerse desde los dieciocho el desprecio de las mujeres que visitaban su local de Lugo para comprar los productos más caros, y que la miraban sin verla al pasar por caja.

La esposa de O Leites, a la que llaman «A Leiteira» sin que ella lo sepa porque se moriría de pena, era la dueña de una droguería-perfumería que heredó de sus padres. Conoció a Carlitos enseñándole perfumes para su madre cuando aún era un muchacho grande y tímido, aunque ya había pasado por los catres de varias prostitutas en la discoteca lucense de la Nacional VI a la que fue a desvirgarse con su padre y que, años después, sería el germen de su negocio ilegal: pasó de llamarse Afrodita a Princess.

«Mucho más elegante en inglés», decía O Leites ante las carcajadas de O

Sapo, que no sabía lo que suponía ese concepto, pero sí entendía lo suficiente para darse cuenta de que su jefe *non tiña puta idea do que falaba*.

Pese a su altísimo tren de vida, que la convirtió en una mujer insaciable con el gasto, a Aurora le dio pena vender la perfumería y la reconvirtió en un local de dorados, brillos y espejos que recuerda —con bastante imaginación, aunque ella no lo vea así— los comercios de lujo de Moscú. Allí precisamente se venden los productos que ella cree comprar en la capital rusa o en otras ciudades igualmente ostentosas en la riqueza y en la pobreza, como las capitales árabes o asiáticas.

A Leiteira busca ansiosamente en internet lugares donde se venden presuntas sedas bordadas de colores chillones, con mucho oro y piedras preciosas o similares; perfumes estrafalarios, licores rejuvenecedores o vigorizantes y elixires de masaje imposibles, y manda a las dos encargadas de su local —exprostitutas del Princess que le proporcionó Carlos y cuyo origen Aurora desconoce— a

comprarlas a esos países de lenguas desconocidas para ellas. Las chicas lo hacen, más les vale, pero vía web y asesoradas por dos jóvenes dueños de un *gaming lounge* de Lugo, a quienes, al principio, pidieron ayuda para organizar el viaje, pero el asunto evolucionó y el grupo acabó pergeñando su pequeña estafa: cogen el dinero de la señora para la compra y el viaje, desaparecen un par de días —no les da más tiempo— y en una semana, como mucho, llega «el mejor producto que haya podido ver, doña Aurora», le dicen las muchachas con gran entusiasmo. Ganan todos y A Leiteira vende lo mismo que si hubiesen ido a la India a comprar la decoración del Taj Mahal. El chillón establecimiento, situado entre murallas, resulta, por tanto, tan indescriptible como su dueña, una mezcla andante y oronda de olores, colores y texturas densas, brillantes y anacaradas, imposibles de no identificar a trescientos metros de distancia en un día nublado.

3

—¡Hey, chavales! Que ya viene un taxi. —Xeno sacó sus pequeños prismáticos para ver las caras de los viajeros desde los matorrales frente al club de alterne, pero los volvió a bajar extrañado—. Ese taxista viene solo...

—Joder, ¿qué dices? Y llegan cinco coches más, ¿qué *carallo* es esto?

—Amalia le arrancó las lentes al guardia civil.

Eran las siete de la tarde de la primera de las dos primaveras por las que pasará la causa Lego de la jueza de Lugo antes de que llegue el desastre. Los ánimos del equipo de confianza de Amalia estaban altos, apenas llevaban seis meses de trabajo y todo iba sobre ruedas: las investigaciones seguían su curso, eran de mucha enjundia y la jueza estaba convencida de que el Princess era el punto nuclear que podía llevarlos hasta los responsables más altos de la trama. Muchos pinchazos telefónicos de los analizados hasta entonces tenían al Princess como lugar común de encuentro o a su dueño como referencia a la que dirigirse o desde quien partían las indicaciones.

Pero los dueños son, según el registro, O Sapo y un socio desconocido para todos. Ambos disponen de una sociedad para gestionar el puticlub y otras actividades de intermediación en gestión inmobiliaria que no se detallan, aunque no figura tampoco que dispongan de más propiedades que el local del Princess, comprado en 1985 cuando se llamaba Afrodita y que pasó a O Sapo y su socio, un tal Jesús, de manos de un indiano que se implicó en negocios de drogas como mero distribuidor y acabó en la cárcel.

Lo vendió barato para pagar la primera fianza, ya entonces millonaria en pesetas.

El Sapo y el socio invisible viven en Lugo y en Santiago, respectivamente, y en el puticlub —«local de ocio nocturno»— todo está en orden también: impuestos pagados, mujeres adultas con papeles que trabajan voluntariamente en el Princess, a la vez que se les alquilan habitaciones para vivir en un edifico aledaño si les es más cómodo, alcohol regulado y nada más. Las numerosas inspecciones hechas a este lugar, ya antes de 1985, siempre han estado en regla: ni trata ni drogas.

Cuando, en la transcripción que hizo la policía judicial de una de las grabaciones de los pinchazos telefónicos, la jueza leyó por primera vez la expresión «fiestas blancas» asociada a nombres muy conocidos en Galicia

y, de nuevo, «al jefe del Princess», supuso que tenían que celebrarse en el club de alterne y ella debía comprobar en persona quiénes iban. Pidió a Xeno que pusiese sus contactos a funcionar y consiguiese algo. Pasaron tres meses hasta que llegó la primavera y, con ella, la convocatoria de una de esas fiestas. «Vamos allá», pensó Amalia. Y allá estaban, con el cielo encapotado y media docena de taxis vacíos de pasajeros delante del edificio granate, coronado con letras de neón azul y la silueta de una chica metida en una copa de champán.

—¡Salen, salen, atentos!

En cada vehículo, el Sapo fue metiendo a empujones a cuatro chicas vestidas con lo mínimo, subidas a tacones altísimos y con pelucas de llamativos colores que disimulan el frío, el miedo y las pupilas dilatadas. En total, partieron veinticuatro mujeres hacia un destino desconocido que Sandra, al observar los movimientos en la puerta del burdel con el teleobjetivo de la cámara, no estaba dispuesta a quedarse sin conocer. Salió corriendo del seto en sentido contrario al del Princess y dio un rodeo para que no la viera nadie meterse en su coche, escondido unos metros más allá entre los árboles. De nada sirvieron los gritos ahogados de Xeno y Julio para que no se moviera de su sitio y sacara fotos. Fotos ¿de qué? ¿De un grupo de prostitutas dirigiéndose a satisfacer a uno o varios clientes, con los papeles en regla y por voluntad propia? No había ley que regulase ni castigase, ni lo contrario, así que pinchaban en hueso.

El coche de la periodista, un Rover pequeño heredado de su madre de color azul marino, se portó tan bien como siempre y en pocos

minutos, tenía localizada a la flota de taxis dirigiéndose por la A6 hacia Outeiro de Rei, Rábade y girando luego por la carretera autonómica LU-111, la que lleva a Cospeito. Ya era noche cerrada cuando los taxis pararon en la puerta principal de las macroinstalaciones de la compañía lechera de Carlos O

Leites.

—Mierda, mierda, mierda...

Sandra no podía seguir, pero tampoco debía parar tras los taxis, así que pasó de largo, temblando por si levantaba sospechas en una calzada por donde a esas horas y con la fábrica cerrada, ya no quedaban ni las farolas colindantes encendidas. Nadie se fijó en ella y decidió meterse por un

camino de pastos unos metros más allá, a ver si lograba esconder el coche.

Lo hizo a medias, metiéndolo en una zanja al lado de unos *toxos* inmensos, con sus flores amarillas reventando en la oscuridad. Ya vería después cómo sacaba el vehículo. Se acercó con sigilo a la puerta principal de las instalaciones y vio una garita con dos vigilantes que miraban unos listados proporcionados por los propios taxistas mientras las últimas chicas pasaban ante ellos. Cada uno de los seis transportistas recibió de los guardianes un sobre con el pago por la recogida y el desplazamiento de las chicas. Ellas se perdieron por un camino cuidadosamente empedrado en el interior del emplazamiento. Sandra creyó ver la sombra negra de un traje oscuro de talla XXL dirigiendo a la comitiva de mujeres antes de que se cerrara el portalón de entrada a los edificios. Nadie había pronunciado una palabra en el proceso de llegada y entrada de las prostitutas. Ni los vigilantes ni las chicas ni la sombra negra del gigante trajeado.

4

—¡Qué coñazo de teléfono, hostias, acabo de salir del despacho y son las once de la noche! Y a vueltas con los putos números desconocidos... ¿Diga?

¿Diga?

—Buenas noches, ¿Perolo?

—Soy yo, sí, pero ya he salido del despacho. Si es algo de trabajo tendrá que esperar a mañana... o al lunes, mejor, que hoy es viernes.

—¡Perolo, *carallo!* ¿Ya no me conoces? ¡Soy Roberto, tu amigo de juventud en Santiago...!

—¡Coño! Y hoy alcalde del ídem, ¿cómo está su excelentísima autoridad compostelana?

—Estoy en Madrid, mamón. ¿Tomamos una copa o tienes obligaciones familiares?

—Tengo a mi novia esperando en casa desde las nueve para hablar de la ceremonia, que nos casamos en seis meses, pero supongo que hora más, hora menos... ¿Por dónde te va bien?

Perolo se moría por recordar viejos tiempos con Roberto y que le contase del poder político. Babeaba, además, imaginando cómo preguntar a su amigo de juergas si era cierto eso de que es el delfín del presidente del Gobierno, dos legislaturas y quemándose ya al principio de la segunda como una tea por culpa de la corrupción.

—Quedemos ahora en el Gayarre, en Castellana.

—¡Coño, Roberto! No me vengas con historias, joder, pero ¿a qué sitios vas tú?

—No, no... No te confundas, hostia. Necesito un sitio discreto, no quiero encontrarme con nadie del partido y tengo que hablar contigo.

—De acuerdo, estoy cerca de Arturo Soria, cojo un taxi y voy. Allí nos vemos en diez minutos.

La última vez que Perolo había visto a su colega alcaldable —entonces ya andaba enrolado en el PDC e intrigando en Madrid para liderar *de facto* el partido en Galicia— fue en la capital de España hacía, por lo menos, cinco años. Habían empezado comiendo en la última planta de la Taberna Los Gallos, en el callejón de Jorge Juan, y terminaron en Velázquez en la mítica discoteca Gabana a las cuatro de la mañana, en una de las mesas que Perolo pidió que le reservaran, con tres pibones que se les unieron allí mismo.

—¡Oye, tío, yo he hecho tríos alguna vez, pero lo de las orgías y con tanto alcohol en el cuerpo, me da yuyu!

—No me jodas, chaval, pues quédate con una que yo me llevo a las otras dos, pero después de la penúltima. Voy a pedir, vente conmigo y rematamos la conversación, que estas no se van de la mesa. Les traemos otra botella de cava y que le vayan metiendo mano, pie y lo

que mejor les parezca.

—Así me gusta, Perolo, ¡un tipo con recursos! Y, oye, no quiero ser cenizo, pero ¿y tu novia?

—No te preocupes, la llamé antes de cenar y le he contado que estaba contigo, le parece muy bien. Digamos que tenemos las mismas inquietudes.

Se ha ido a su casa a dormir, ya la veré mañana.

—Tú sí que sabes...

Ahora, en el Gayarre, años después, estaban los dos solos, dos señores con traje y responsabilidades importantes, en una mesa discreta del fondo del local, sin mujeres y sin ninguna distracción, apenas un gin-tonic corto de ginebra. Allí, Roberto le explicó a Perolo lo que esperaba de él y de su despacho. Con el lío de la política, Roberto ya no podía hacerse cargo de la parte del negocio que tenía con Carlos.

—¿O Leites, te acuerdas?

—Coño, cómo no. Ese tío ha montado un emporio lácteo que es la envidia de toda Galicia... Qué digo, de España entera. Lo conocí en Santiago, como a ti, es amigo de mi padre, aunque más joven que él y mayor que nosotros, ¿no? La verdad es que es de esos tipos atemporales, muy bruto, creo recordar...

—Mucho, mucho... pero listo como un águila. Y leal, chaval, que es lo que yo necesito en este mundo de trepas mediocres. Me sobran los dedos de una mano para contar las personas en las que realmente confío y quiero que tú estés entre ellas. No es que hasta ahora no me haya fiado de ti, para nada.

Pero lo que voy a proponerte es la muestra total de mi lealtad hacia ti y quiero que sea mutua, ¿estamos? De mi empresa y la de Carlos depende mucha, mucha gente a la que hacemos feliz con trabajo, dinero y dignidad y necesito una entrega absoluta.

—Estamos, ¿qué necesitas?

El alcalde sabía que Perolo era su hombre: muchas leyes, pocos escrúpulos, ambición desmesurada, un despacho de lujo y un padre camino de presidir la Sala de lo Penal en el Tribunal Supremo, si Miguel, su mentor y líder del PDC, le ha informado bien. Mientras saboreaban la copa, Roberto le fue contando cómo O Leites y él

habían montado un negocio muy lucrativo en Galicia —«Inmobiliaria, ocio nocturno... esas cosas»—, pero tenía que hacerlo desaparecer de su vida rápidamente y Álex, la mujer de Roberto, que también estaba implicada con el partido, no quería saber nada de abandonar el PDC para que Roberto le traspase su patrimonio y sus actividades empresariales.

—Carlos me ha pedido que hable contigo, como le ha sugerido tu padre, para que tu despacho se encargue de nuestra sociedad de gestión de bienes y las operaciones correspondientes: primero, para que mi nombre

desaparezca del mapa y segundo, para que todo esté impecable a ojos de Hacienda, sea lo que sea que pudiera pasar por allí, no sé si me explico.

—Perfectamente, amigo. Ese es mi trabajo, que mis clientes no tengan problema fiscal alguno y estén lo más cómodos posible mientras su fortuna engorda de la mejor forma, ninguna visible. Has venido al lugar perfecto.

Los dos hombres brindaron en la oscuridad del Gayarre «por una larga y fructífera colaboración».

—Oye, Roberto, antes de pedir otra copa para cerrar el trato. ¿Vas a ser el sucesor de Miguel a nivel nacional o qué?

—Nunca se sabe, Perolo, pero tú y yo somos de los imprescindibles y podemos hacer mucho por la gente, ¿no crees? Ya lo hago en el Ayuntamiento, con el PDC en Galicia... ¿Por qué no conseguir más?

Perolo asintió. Roberto sería el próximo líder del PDC y candidato a la Presidencia del Gobierno, no le cabía ninguna duda. Podía decir todas las mamonadas que quisiera sobre el bien de la gente y tal, pero lo que tenía claro el abogado era que el alcalde era el mejor gestor de sí mismo que había conocido en su concurrida vida, y la gente lo votaba en masa.

«Menudo cabronazo», pensó antes de pedir otros dos gin-tonics, más cargados esta vez.

5

El móvil de Sandra, oculta en unos matorrales frente a las instalaciones de O Leites en Cospeito, vibró en su pantalón justo cuando se cerraron las puertas inmensas del polígono de Cospeito,

pero ella siguió inmóvil, aunque se tratara solo de un mensaje. Cuando comprobó, minutos después que se le hicieron horas, que nadie salía, que no se oía ni se veía apenas nada y que tampoco entendía dónde *carallo* se había metido todo el mundo, incluidos los dos vigilantes de la garita de entrada, y los clientes que se supone iban a disfrutar de su alquiler de carne humana, sacó el teléfono del bolsillo y vio un mensaje de Julio. «Sandra, dónde estás, no nos atrevemos a llamarte, dinos algo, por favor, que Xeno está a punto de avisar a las Fuerzas Armadas». «Estoy en Cospeito, frente a las instalaciones de la fábrica de O Leites. Las chicas han entrado aquí. Voy para Lugo y os

cuento, nos vemos en As Fontes en una hora». La periodista guardó el móvil y volvió al coche casi de puntillas, aunque allí no había un alma. Los gruesos muros que rodean el negocio tampoco dejaban ver nada, así que se dio por vencida y se dispuso a luchar con los *toxos* y la zanja para sacar el pequeño Rover de allí. Era peor de lo que esperaba: ella sola en medio de la nada, con las ruedas de atrás patinando en el barro del agujero, no había manera. Salió del vehículo y pensó en caminar hasta la aldea, pero había un buen trecho y no quería poner el foco sobre su situación. No le quedaba más remedio que avisar a Julio para que fueran a buscarla, aunque si lo hacía, asumía demasiado riesgo. El abogado es muy conocido en Lugo. Ella no, pero Amalia, Julio y Xeno sí.

Les mandó un mensaje y les contó lo que pasaba: tiene el coche empantanado y no puede volver sin ayuda. Entonces Xeno, con recursos hasta en los calcetines, pidió ayuda a uno de sus compañeros uniformados, que estaba de guardia en el cuartel y le dijo si podía acercarse al punto que él le enviaría en un mensaje a recoger a una amiga de Cospeito que se había quedado atrapada en una zanja con el coche cuando salía para verse con él en As Fontes. Dicho y hecho, el solidario guardia civil fue a ayudar a Sandra a sacar el coche o, si no, a llevársela a Lugo y pedir una grúa para el día siguiente. «Mira, *non*, lo de la grúa ya lo hago yo, no te preocupes más.

Tráela, con coche o sin él, y listo. Hoy por mí y mañana por ti, Sebas, chavalote, no me líes la noche...», le dijo Xeno, que explicó orgulloso a Amalia y a Julio cómo habían resuelto el tema.

Al abogado le sorprendió tanta solidaridad entre guardias civiles, pero su amigo le contó que era lo normal: un servicio tan mal pagado y con tantas responsabilidades exigía una colaboración estrecha y, salvo cuatro

«pintamonas con ínfulas —dijo Xeno poniendo cara de chupar limones —, aquí los compañeros sabemos a lo que estamos». Amalia y Julio se rieron mientras se relajaban al saber que Sandra ya estaba bien acompañada «de un agente de la autoridad», subrayó Xeno, y que habían salido más o menos airosos de su primera expedición al Princess.

Repasando la jornada, ya muy serios y tensos, los tres concluyeron que ahí pasa algo muy raro: lo de los pinchazos telefónicos con las menciones al puticlub como referencia de algo, el jefe anónimo del burdel que no podía

ser O Sapo, el misterioso socio de este; la excursión de dos docenas de prostitutas a las instalaciones de uno de los empresarios gallegos más importantes, y más ricos... Todo apesta más allá del asunto del proxenetismo, que a Amalia la sacaba de quicio porque la había llevado a asistir a dramas en los que la realidad superaba con creces la ficción; en los que la crueldad humana se revelaba en unas dimensiones insoportables. Si hubiera estado en su mano, habría acabado con la prostitución de un plumazo, pero ella solo podía tratar de hacer justicia —muy difícil sin leyes específicas— por esas pobres niñas y mujeres torturadas cuya vida es de imposible reparación tras haber pasado por las manos, las bocas y las pollas de tantos hombres, por mucho que ella lograse condenar a los culpables.

Penas, en todo caso, que siempre quedaban en muy poco comparadas con el sufrimiento provocado.

La periodista en peligro, Sandra, llegó a As Fontes sin el coche: una de las ruedas había pinchado y Sebas recomendó a la muchacha dejarlo allí. Él la llevó hasta el bar para que se reuniera con sus amigos, mientras por el camino le mostraba su sorpresa por cómo *carallo* había conseguido meter el coche en la zanja de esa forma sin partirse la crisma. La verdad es que la periodista ni lo había pensado, tanta prisa tenía por salir del coche y comprobar por qué las prostitutas habían ido al lugar de O Leites «a trabajar» —un decir—, así que, pasados los nervios, y ya cómodamente sentada en el coche del guardia civil, la muchacha empezó a reír y reír, llorando lagrimones como puños y contagiando sus carcajadas a Sebas, que estaba encantado con su noche de guardia al lado de una chica tan simpática. «Este cabronazo de Xeno conoce siempre a la gente más divertida —pensaba Sebas ya de vuelta al cuartel—; es un misterio lo de esa chica y su coche, ahí, tan cerca de lo de O Leites, aunque supongo que no habrá ningún problema».

Sebas había sido un chico estupendo, de familia trabajadora y al que nunca había faltado nada para ser feliz. Había ingresado en la Guardia Civil por mandato paterno y tradición familiar lejana, pero había empezado a odiar al Cuerpo y su disciplina militar desde que empezó a formarse. Era un cabo normal y corriente y eso le carcomía por dentro. Una institución tan jerarquizada y masculinizada, aunque ya había cada vez más mujeres, hacía

notar las escalas con situaciones insoportables para él, que no entendía los abusos de algunos superiores por el mero hecho de serlo. Sebas no tenía vocación de guardia civil, aunque admiraba mucho a Xeno, por ejemplo, que la tenía y, además, con el tiempo y mucho trabajo, había conseguido ser una referencia e ir un poco (bastante) por libre. Y eso era lo que él quería: ser libre. Libre y rico, porque asociaba una cosa a la otra y en el cuartel iba de culo con ambas cosas.

Y así lo iba contando y llorando Sebas a sus amigos de Lugo y al par de novias que tuvo desde que empezó su trabajo de uniformado. Hasta que un día le llegó una petición extraña por parte de un compañero: que fuera al Princess a ver si podía arreglar un asunto que ya le contaría el dueño, al que llamaban O Sapo, y que le pagarían muy bien. «Es gente muy importante, no la cagues. Si quieres prosperar, este es tu momento, ya verás».

«Prosperar» es exactamente la palabra que necesitaba oír, así que se fue al puticlub y resolvió el asunto de ese sujeto siniestro que dirigía al puterío, como llamaba su sargento a las chicas. Solo vio a una, en realidad, y estaba sangrando tirada en el suelo, con la falda por el ombligo y desnuda, sin bragas ni nada. Sebas se santiguó en un acto reflejo, pero enseguida se arrepintió por la mirada negra que le lanzó O Sapo.

—Ha sido un accidente —relató este con una voz gutural—, se cayó por las escaleras que suben a las habitaciones y pudo llegar hasta aquí antes de desplomarse. Necesito que hagas el parte de accidente antes de llamar al juez, yo me iré y estará contigo una de las cocineras, Tristana; es de confianza. También acompañará a la señorita. A mí no me has visto.

—Pero está viva... —dijo Sebas señalando a la chica, que gemía muy bajito. «Y con las bragas a un metro del cuerpo por una presunta caída por las escaleras», pensó

—Ya lo sé. Que se la lleven, la curen y la devuelvan. Ella sabe lo que

tiene que decir y hacer, sus papeles los tengo yo, no te preocupes. Está todo en regla.

La sonrisa de O Sapo detuvo en seco las demás preguntas que Sebas tenía en la punta de la lengua. Mientras el dueño del Princess se retiraba de la escena, el joven cabo se quedó mirando el manantial de sangre roja que brotaba sin tregua de la vagina de la joven. Ya se acostumbraría.

VII

1

El cielo está despejado en Navia, pero a esas horas tan tempranas hace un frío que corta las manos e impide mover los labios. Sandra y Julio esperan a Xeno en la puerta de la casa roja. Ya es lunes, pero los amigos aún se están recuperando de la resaca del sábado, en que cerraron todos los locales de Lugo a golpe de cerveza y whisky, nacional para el guardia civil. El entierro de la jueza en el cementerio de San Froilán; la aparición de Roberto, el alcalde de Santiago, para dar el pésame a Tucho y, según contó Cosme después, «para indagar si estaba todo en orden, si Amalia se había suicidado realmente»; la confesión de Esther a Sandra al decirle que sabía que su madre se había matado; las lágrimas inconsolables de Tucho por su mujer y su hija...

El viernes del entierro de Amalia desbordó la racionalidad de sus tres amigos y los trasladó a una oleada ciclotímica de risas y llanto de madrugada, de bar en pub, de pub en bar, dando tumbos por las calles que rodean la catedral de Lugo, subiendo luego a la muralla, sentándose después en la Praza de Santa María. Julio, Xeno y Sandra no aceptaban a nadie en su grupo esa noche. Esa noche, no. Se comportaban como tres borrachos ora llorones, ora gritones, ora silenciosos... y vuelta a empezar.

Cuando ya no se tenían en pie, sentados en un banco de la Praza do Campo Castelo bajo las farolas que no tardarían en apagarse para dar la bienvenida a otro día, al guardia civil le entró la llorera del beodo afligido y empezó a gritar cagándose en todo, moqueando, tartamudeando y empujando un columpio hasta que le dio la vuelta. Julio se acordó del día que lo fue a buscar a As Fontes después de tres días de borrachera, cuando

la causa Lego fue archivada prácticamente en su totalidad, e intentó convencer a Sandra, que dormitaba ya en el banco de madera, de que

había que llevárselo de allí inmediatamente.

—Vámonos a mi casa, va a amanecer y la gente sale a pasear a los perros por aquí. No nos interesa nada que nos reconozcan.

La periodista se espabiló con bastante esfuerzo, se levantó agarrándose al brazo de metal del banco, se acercó a Xeno trastabillando, y cogiéndole por el brazo, le dijo:

—Vamos a casa, amigo, ya hemos llorado mucho por hoy.

Xeno la abrazó como un niño y se dejó llevar.

El pequeño piso de Julio, de dos habitaciones, salón, dos baños y cocina, amaneció a la una de la tarde del sábado oliendo todo él a alcohol rancio y a tabaco, tal era la carga tóxica de los tres durmientes. La primera en despertar fue Sandra, sola, en la habitación del abogado, que durmió con Xeno en la otra habitación de dos camas. Todavía se oían sus ronquidos cuando fue a la cocina a beber agua para no disecarse. Vestida con la ropa del día y la noche anteriores y, sobre todo, cubierta por la tristeza pegajosa del bajón de la juerga y de la pérdida de su amiga, pensó que nunca reviviría y que, si lo hacía, desde luego, no volvería a beber *nunca máis*.

¿Cuántas veces había dicho eso después de una juerga, con final feliz o no?

Cuando estaba bebiendo vasos de agua, en plural, mientras el líquido le salía por las comisuras de la boca y le caía en la camiseta, entró Julio en la cocina.

—¿Cómo está Xeno? Perdóname, porque ayer caí redonda en la cama y no escuché nada.

—No te preocupes. —Julio bebía de una botella de agua con idéntica ansiedad—. Llegamos, salió al balcón a fumar un cigarro ya calmado y ahí se quedó. No sé cuándo se metió en la cama, porque yo hice como tú, apenas pude quitarme los zapatos. Ha ido al baño cuando yo me levantaba, solo ha dicho que le explotaba el cerebro.

Se quedaron callados y quietos, los dos con las mismas náuseas por haber bebido el agua tan rápido. Sandra se sentó en una silla y apoyó los codos en las rodillas, con la cabeza sujeta entre las manos.

—¿Y ahora qué? —murmuró con un hilo de voz.

Julio no dijo nada porque los dos conocían la respuesta y ambos evitaban pronunciarse sobre ella.

Xeno entró en ese momento, duchado, peinado y fresco como el alba.

Hasta su ropa, también la misma del día anterior, parecía recién lavada y planchada.

—¡¿Qué está pasando aquí, chavales?!

—Qué *carallo*... —El susto provocó un pinchazo en la maltratada cabeza de Julio.

—Ni *carallo* ni *caralla*... Venga, espabilad, que el tito Xeno os invita a tomar el aperitivo en As Fontes. No hay como una cerveza para quitar la re...

—Eso es mentira y, como buen guardia civil, lo sabes de sobra.

—¡Silencio! Es sábado y libro, así que poneos en marcha, porque no tengo toda la mañana.

Sandra cogió una camiseta limpia de Julio y ambos se sucedieron en la ducha como autómatas. Sintiéndose mejor, aunque no del todo, al salir del baño se tomaron de un trago el café negro tizón que los esperaba en la cocina y se fueron a As Fontes. Esta vez, la juerga se alargó solo hasta las ocho de la tarde, cuando Xeno desapareció en una de sus famosas despedidas a la francesa, seguramente porque había ligado o porque quería estar solo, y Sandra volvió a casa de Julio a dormir para no coger el coche.

La periodista recordó entonces la única noche en que salieron de copas juntos, Julio y ella, y él le preguntó si le apetecía acostarse con él al final de la noche y casi al principio de conocerse. Sandra le contó que era lesbiana y, aunque se había acostado con algunos hombres, prefería no perturbar la relación laboral que tenían. «Joder, qué suerte tengo. Un cañón como tú trabajando conmigo y eres una lesbiana respetuosa», había dicho Julio y ambos se rieron y nunca más se volvió a tocar el tema.

2

—¡Xeno, joder! ¿Se puede saber dónde andabas? Hace un frío de cojones y los dos aquí plantados esperándote. Ya han pasado tres señoras mirándonos como si Sandra y yo fuéramos dos ladrones de casas de muertos...

—Ay, Xuliño, mira que eres *maricallas*... He tenido que pasar por el cuartel a avisar a Cosme de que íbamos a entrar en la casa roja, como os dije que haría...

—Dijiste que lo llamarías ayer.

—Pues se me olvidó, perdone el señorito. —El guardia civil se inclinó haciendo una reverencia a Julio—. De todas formas, Cosme me ha dicho que tenemos que hablar con Mercedes y pedirle permiso. Le he dicho que las cosas de Amalia siguen ahí dentro, que tú no quisiste llevarte nada sin que lo viéramos antes y que, *de facto*, podemos decir que sigue siendo el escenario de un crimen. Le da igual. Cosme tiene la cabeza de titanio y como pille una perra... Que hay que ver a Mercedes e informarla, y ver cómo está Rinoceronte, de paso, que Tucho no vendrá a por el perro hasta el fin de semana.

—Me parece bien, ¿vamos los tres o vas tú? Porque Julio tiene unas llaves que le dejó Cosme, pero no podemos entrar sin ver a Mercedes.

–Vamos todos.

Las luces de la cocina de Mercedes, situada en la planta de abajo, ya están encendidas, de lo que deducen que la mujer ya se ha levantado.

Mercedes enviudó hace unos años y vive sola, sus hijos trabajan en Lugo y van a menudo a verla, aunque ella aún es joven y se maneja muy bien en el pueblo y yendo de un lugar a otro con el coche. Vive del dinero de un local alquilado en Pedrafita y de la casa roja que le dejó para alquilar Eulogio, su marido, junto a unos ahorros más que generosos y su pensión. Xeno aprieta el timbre y Mercedes abre enseguida, con el abrigo puesto y el perro preparado para salir.

—Vaya, Xeno, qué sorpresa. Y vienes con gente, a estas horas, ¿pasa algo?

—No, no... tranquiliña, Mercedes. Estos son Julio y Sandra, amigos de Amalia. Vienen a ayudarme a ver las cosas que dejó la jueza y queríamos pedirte permiso para entrar en la casa roja.

—Ay... —Mercedes saca un pañuelito bordado del bolsillo del grueso abrigo y se suena ruidosamente—. Aún no puedo creer lo de Amalia, una mujer tan fuerte, tan alegre, tan generosa... Y este pobre can, que no levanta cabeza sin su dueña.

—Rinoceronte, amiguiño, ven aquí... ¿Qué pasa contigo? —El perro, que arrastra las patas traseras como si le costase moverse, se acerca a

la mano que le tiende Xeno y la huele, pero nada más; se aparta inmediatamente y vuelve a tumbarse en el suelo con la cabeza entre las pezuñas, con un amago de gruñido—. Pero bueno, chavalote, quién te ha visto, siempre dando saltos, y quién te ve...

—Yo ya no sé qué hacer...

—¿Quieres que me lo lleve yo a casa, Mercedes? Hasta que venga Tucho a buscarlo.

—No sé, me da tanta lástima el pobriño... ¿Quieres ir con Xeno? —

Mercedes le pasa la correa al guardia civil, que tira de él, pero el perro no se mueve del sitio y aúlla bajito—. Nada, nada, te quedas conmigo, no pasa nada.

—Está traumatizado, animalito, se me parte el alma. —Sandra acaricia la cabeza suave del animal, que llega a mover un poco la cola.

—Vosotros id a la casa roja cuanto queráis, no os preocupéis por nada.

Yo no tengo prisa en alquilarla hasta Navidades, que voy a aprovechar para darle una mano de pintura... Amalia no me dejó, decía que estaba preciosa así, con sus manchas de humedad y todo. —Mercedes vuelve a sacar el pañuelito y se enjuga dos lagrimones—. Hala, id, que yo voy a tranquilizar un poco al peludiño y lo llevo a dar una vuelta enseguida. Perdonad, que no os he ofrecido ni un café...

—Ni te preocupes, Mercediñas, que llevamos prisa y no queremos molestarte más. Muchas gracias por todo. Si necesitas algo, aunque sea ir a bailar, ya sabes por dónde ando.

Xeno consigue arrancar una sonrisa coqueta a la mujer, que cierra la puerta despacito tratando de apartar al perro, que continúa tumbado. Los tres amigos caminan hacia la casa roja con la angustia empapando el silencio y la tristeza más pegajosa que nunca con la forma de los ojos grises de un perro.

3

O Leites apura su copa de whisky con hielo después de comer. Ha preferido hacerlo solo y ver después al hombre que más inquietud le genera en el mundo y, al mismo tiempo, que más asuntos delicados le ha resuelto desde que lo contrató siendo un adolescente: O Sapo. Hijo de una prostituta del Afrodita, le debía a Carlos la vida desde que este evitara que un tipo con una polla de doce centímetros le destrozara el

culo cuando tenía diez años y su madre lo llevaba al club. Ella se pasó con la coca y con un cliente insatisfecho y desapareció sin que nadie la echara de menos. El chaval se había quedado con él, vigilando el local y le era fiel como un perrito desde entonces. La verdad es que O Leites no creyó que un niño criado en esas condiciones, en un puticlub de carretera, saliera tan inteligente.

Carlos come en el centro de Lugo, cerca de plaza mayor, en el restaurante Campos, y con tiempo suficiente para tratar de ordenar la cabeza, porque la muerte de Amalia, es un hecho, los tiene a todos tocados.

Carlos no acaba de creerse que la jueza se suicidara, pero sabe que Roberto no ha ordenado su asesinato: a ambos los perjudica demasiado. Sin embargo, y porque su hoja de servicios criminales le avala una cierta intuición, no se cree que la jueza acabara con su vida así por las buenas, sin venir a cuento y cuando había rehecho su vida en Navia como abogada y con una importante cartera de clientes.

—Hola, jefe.

—Buenas, ¿tomas algo?

—Lo mismo, gracias. —O Leites se dirige al camarero, que vigila una sala casi vacía, y le hace la señal de dos con el dedo.

—A ver, *fillo*, ya estás al tanto de lo de Amalia, la jueza que casi nos lleva a la cárcel a todos...

—A Tiño lo va a llevar, mi socio sí que se libró...

—Tiño no era nada más que tu correveidile. Sabe que nos ocuparemos de su familia y que en nada estará fuera y bien colocado. Lo importante, y supongo que se lo has dejado claro, es que no cante ni una nana al dormirse.

—Eso está bajo control, jefe. Pero no me habrá llamado por Tiño...

—No, te he llamado porque desde que la jueza de los cojones se suicidó tengo la mosca detrás de la oreja; ya me conoces, me gusta adelantarme a los acontecimientos. La última vez que nos vimos, hace

meses ya, me dijiste que Amalia andaba intentando enredar otra vez con una chorrada, pero que no había conseguido nada.

—Nada, jefe, nada. Y lo mantengo, ya sabe que yo no le molesto con

tonterías, se lo dije porque me preguntó y nunca le oculto nada, pero aquello se quedó en la obsesión de la zorra esa por cazarnos. Seguro que se mató porque asumió de una vez que nunca lo conseguiría. —O Sapo bebe un buen trago del vaso y ríe solo con la boca, manteniendo el despiadado negro de sus ojos intacto y logrando incluso incomodar a Carlos.

—Es posible, pero quiero saber qué era lo que creía que había encontrado contra nosotros...

—Una información periodística, nada más. Los famosos «papeles del Atlántico», ¿recuerda? Los publicaron *España al día* y otros periódicos internacionales; eran miles de documentos sacados de despachos de abogados de Estados Unidos, Panamá, Portugal, creo que de Reino Unido también... Algún cabronazo vengativo los envió a los medios. No recuerdo bien porque son bastantes, pero usted se acordará: ahí salieron ministros de aquí, alcaldes, algunos presidentes latinoamericanos, gobernadores *yankees*, jefazos con puestos mundiales, europeos, futbolistas, cantantes, actores...

—Calla, calla... ¿Cómo no me voy a acordar? El susto que *levei*.

Porque también entraron en los sistemas del despacho de Perolo en Funchal, creo que había algún juez de la Audiencia Nacional... Amigos de su padre. Pero de lo nuestro, nada de nada, lo recuerdo bien.

—Nada, porque los grandes empresarios no interesan: todos tienen sus marañas empresariales legalizadas. Y usted siempre ha sido un tío transparente, que avisa a la Hacienda española y declara lo que hay que declarar. Una gran jugada; además, Madeira es paraíso fiscal de aquella manera, jefe...

—¡ *Vaia*, *oh*! Veo que el Perolo de los cojones te ha dado una buena lección de finanzas. Ese pijo que mea colonia resultó no ser tan tonto como parece con su lametón de vaca en la cabeza y sus trajes hechos a medida. —

Los dos hombres ríen a carcajadas, animados por el whisky, que va por su tercera ronda—. Pero tú ¿por qué supiste en qué andaba Amalia?

—La prensa, jefe, la prensa, siempre a la caza... Hay que tenerla contenta también y son unos muertos de hambre: cobran cuatro euros y se tiran los días enteros trabajando, hasta los fines de semana. En el club los tratamos bien y alguno anda de asalariado nuestro. Es el pringado que cobra por piezas para el diario que publicó la noticia de

los papeles; vino al Princess y me contó que la jueza había llamado a un compañero de Madrid, el que se está mirando la documentación de los despachos con la prensa de fuera de España, para ver si tú andabas por ahí.

—¿En serio? Me cago en sus putos muertos, esa mujer es, era, puro veneno...

—Nada, jefe, que no le dieron nada, que me lo dijo el periodista. Fue el que me contó que ellos iban detrás de los políticos, jueces, funcionarios, etcétera. Hasta detrás del rey, jefe, ya no se cortan un pelo...

—Pues ese debe de tener abondo, que lo conozco bien. —O Leites sonríe, termina su whisky y despacha a O Sapo diciéndole que tiene otra reunión aunque es mentira. No soporta más la mirada batracia del proxeneta ni con cuatro copazos.

O Sapo sale a la calle mojada y se sube la cazadora negra de aviador hasta la nariz. Hasta para él hace un frío de pelotas. Ya es de noche, claro, y su rostro no refleja la tranquilidad con la que le habló a O Leites sobre los papeles del Atlántico y Amalia. No ha vuelto a saber nada de ese tema desde que el pintamonas ese del periodista le juró y le perjuró que nada había salido sobre su jefe de las filtraciones de los despachos, aunque él le había encargado mantener vigilada a la jueza a su mejor hombre en la zona.

No tenía noticias, como cuando las cosas están bien. Y desde luego, muerta está perfectamente, le da igual cómo: que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda. O Sapo trabaja con objetivos y sin límites morales.

4

Julio abre la puerta de la casa roja con las llaves que le dio Cosme en el cuartel hace solo cinco días. Parece que son años los que llevan con la losa del suicidio de Amalia a cuestas y no ha pasado ni una semana. El abogado

duda de querer saber la verdad sobre las razones que llevaron a su amiga a quitarse la vida, pero ahora que los tres han acordado seguir adelante, no puede echarse atrás.

Xeno y Sandra pasan delante mientras Julio sostiene la puerta, él ya ha estado allí y necesita coger aire: sigue oliendo a Amalia, a sus papeles, a su vino, a su vitalidad, a madera húmeda, a libros, a perro...

Parece que ella vaya a salir del cuarto del fondo del salón, donde la encontró Mercedes, con una botella y cuatro copas, como en Lugo, para trabajar todos juntos en el caso Lego.

—A ver, chavales, vamos a hacer esto rapidito, que no sé vosotros, pero yo tengo el corazón con la piel de gallina. Esta mujer tiene todo igual que en su casa de Lugo, es como entrar en el mismo sitio.

—Eso mismo pensé yo el otro día...

—Vamos al grano, chicos —dice Sandra—. Me pongo yo con el ordenador, si os parece, y Julio que me vaya dirigiendo, a ver qué viste el jueves sobre Perolo. Era una carpeta específica, ¿no?

—Sí, eso, llena de recortes de periódico sobre todo.

—Vamos allá.

Mientras Sandra pone en marcha el ordenador, Julio y Xeno dan vueltas por la casa, nerviosos y deseando ver algo que se haya escapado a los ojos del sabueso Cosme y del indiscreto Manolo. Desisten: de la habitación principal, donde dormía Amalia, se han llevado el vino y los blísteres de alprazolam por lo que la cama deshecha invita a pensar que la persona que dormía allí se acaba de levantar y se está duchando o desayunando en la cocina. El armario continúa medio abierto, como si acabara de coger unas zapatillas de la parte de abajo, y la ropa de Amalia —

vaqueros, jerséis, camisetas y cuatro trajes— aguarda colgada a que alguien se la ponga. Un albornoz azul celeste, doblado, descansa sobre un silloncito frente a la cama. Todo es tan natural que sobrecoge.

Julio dirige la mirada al espejo exterior de la puerta del armario que permanece cerrada y ve el reflejo de Xeno parado bajo el marco de la puerta del dormitorio; no sabe si es dolor o terror lo que hay en su mirada, pero un sentimiento de lástima profunda le invade entero y le lleva a abrazar al guardia civil y a sacarlo de allí, cerrando la puerta.

—Vamos a hacer café para todos, *compañeiro*.

Sandra avisa a Julio para que se acerque a la mesa. Ya ha abierto el ordenador e introducido la clave, Esther&Rinoceronte, que la jueza les dio a los tres, solo seis meses después de conocerse, por si le pasaba algo. Habían empezado las pintadas en la puerta de su casa de Lugo y las visitas a su hija con mensajes para la jueza. Amalia tuvo que llevar escolta —de la que se escapaba a menudo— durante unos meses.

Desde entonces, dos años y medio, la contraseña sigue siendo la misma. «Es obvio que Amalia no se sentía amenazada, o la habría cambiado —piensa Sandra—. Salvo que quisiera que nosotros encontráramos algo...». Un escalofrío le recorre la espina dorsal. «La muerte pelona» llamaba su abuela a esa sensación.

La carpeta llamada «Perolo» está en el escritorio, extraída del resto de documentación sobre la causa Lego, guardada en una carpeta del mismo nombre. La periodista va directa al archivo sobre el hijo del magistrado del Supremo y, efectivamente, encuentra decenas de documentos escaneados de páginas de periódicos, nacionales e internacionales, así como un documento de Word con links a páginas web, la mayoría de diarios nacionales. Tanto las reproducciones de periódicos impresos como los enlaces a webs son información sobre los papeles del Atlántico, la exclusiva del consorcio de prensa internacional al que pertenece *España al día* sobre una filtración de varios despachos conectados entre sí para constituir sociedades en paraísos fiscales a ambos lados del océano, esto es, Portugal, Islas Vírgenes Británicas, Bahamas y países centroamericanos. Los tres amigos se reparten la información, la imprimen y tardan tres horas en leerla detenidamente, cada uno lo suyo.

El despacho de Perolo tiene una de sus dos sedes en Funchal, que es casi un paraíso fiscal, y eso hace pensar inmediatamente a Sandra que ahí debe estar el quid de la cuestión, aunque le sorprende porque no es nada nuevo. La periodista recuerda a sus amigos que ya se investigó la sociedad de O Leites, A Muralla, durante la causa Lego y que, desde Madrid, Hacienda confirmó que el empresario lácteo tenía en regla sus declaraciones fiscales, con alguna regularización *a posteriori* y sus comisiones correspondientes, algunas multas por exportaciones infravaloradas y poco más. De hecho, para ser un gran empresario, Carlos O

Leites apenas tenía deudas, ni privadas ni con la Seguridad Social. A ojos del fisco, era un empresario ejemplar, hecho a sí mismo y «que aportaba valor añadido a la marca Galicia, algo que la sociedad debería agradecerle».

Exactamente en estos términos y como colofón a un escrito vergonzante, la Justicia desimputó a O Leites y se dejó de investigarle, aunque, por las grabaciones a decenas de funcionarios que cobraban en efectivo la falsificación de documentos o hacían la vista gorda ante irregularidades como adulteración de pasaportes para prostitutas, era evidente que el papel de corruptor a secas, como mínimo, le iba pequeño.

—Aquí no hay nada nuevo, chicos. Mucha información sobre Perolo, su padre, los dos despachos, O Leites y los papeles del Atlántico, pero nada que no supiéramos ya. Fijaos en lo que tenemos en los periódicos: se habla de una gran filtración de documentos también desde despachos de Portugal, pero no hay evidencia de que alguno sea el de Perolo en Madeira. ¡No sale, joder, ese despacho no sale en los papeles!

—¿Está segura? —Julio sigue rebuscando, pero tampoco encuentra nada.

—Nadiña —corrobora Xeno—. Es muy difícil trabajar así, sin saber exactamente lo que buscamos y con recortes de periódicos. No hay nada nuevo aquí y hay que rendirse a la evidencia, pero lo que me jode, *carallo*, es que esto tampoco nos dice nada sobre el suicidio de Amalia. ¿Qué coño pasó por esa cabecita para que se matara? —El guardia civil se levanta de golpe y tira la silla al suelo—. Tengo que salir de aquí.

—Sandra, llévate el ordenador y ve mirándolo con calma cuando puedas y quieras; tú eres la que entiende bien estas cosas y la mayoría de la información que guardó Amalia es periodística. En esta casa es imposible concentrarse, siento una opresión en el pecho que no me deja casi respirar.

Yo también necesito irme, volvamos cada uno a nuestro lugar y pensemos con calma. Esto está siendo muy duro para todos, y ha pasado muy poco tiempo. Venga, amiga, vámonos.

5

En la redacción de *O Pobo*, como en cualquier otra, la actividad es frenética a las seis de la tarde de un día de octubre, pero Sandra permanece ausente pensando en la documentación del ordenador de Amalia, que reposa en su mesa, apagado, como un perro obediente esperando órdenes de su dueña.

—Eh, *compañeira*. ¿Cómo vas?

—Rubén, hola... Qué alegría verte, ¿ya has vuelto de tu baja? ¿Qué tal los mellizos... o eran gemelos?

—Mellizos, mellizos... Niña y niño, mira. —El redactor saca el móvil y muestra a Sandra la foto de dos bebés calvos y de color rosa con los ojos cerrados—. Como verás están muy bien, de momento duermen y comen bastante, así que están mucho mejor que sus padres. Mariam se

ha empeñado en darles el pecho y es un no parar: eso de que los gemelos y los mellizos van a la vez es mentira. Se turnan, Sandra, se turnan y nos estamos volviendo locos los tres, porque mi madre ha venido a ayudarnos, pero creo que ya se está arrepintiendo. No hay abuelas como las de antes, ¡se han empoderado! ¿Te puedes creer que, a la hora de los baños, a las ocho en punto, ni un minuto más, mi madre se pira a tomar sus vinos con las amigas? A tomar sus vinos, ¿qué me dices?

—Ja, ja, ja, ja... ¡Las abuelas, al poder! Ya está bien de abusar de ellas.

Me alegro mucho, Rubén, te veo cansado pero feliz y eso me reconcilia con el mundo, puedes estar seguro.

—Me enteré de lo de la jueza en casa. Créeme que lo siento de verdad.

Sé lo mal que lo pasaste con la causa Lego y todo eso, y ahora que parece que estaba olvidado el tema, este palo. Déjame que te dé un abrazo, colega.

—Gracias, Rubén, yo... —Sandra vuelve a llorar con el abrazo de su amigo, no lo puede evitar.

—Tranquila, tranquila... Ya pasó, verás qué pronto estás bien con este trabajo de mierda que tenemos, que te explotará hasta que olvides tu nombre.

La periodista se vuelve a reír. Rubén es buena gente y, realmente, fue el único que no la esquivó y la animó cuando la operación Lego se venía abajo y sus compañeros le hacían el vacío, convencidos de que se había dejado engañar por una fuente y un relato falsos. Cuando las exclusivas de *O Pobo* empezaron a desmontarse una por una en cuanto salían del juzgado

de instrucción de Amalia, la mayoría de la redacción culpaba a Sandra del malestar de los jefes, del malhumor que pagaban con los periodistas de base y de las presiones que recibió el periódico por algo que, finalmente, se quedó en un caso de gacetilla de barrio. Fueron ataques injustos y, aunque alguno de ellos —sobre todo, de ellas— le mostraron su apoyo a escondidas, todavía se hacía un silencio tenso cuando entraba en la redacción.

Sandra había pensado en irse a Madrid o a Barcelona —por el mar— y buscar un curro por allí, pero le gustaba el periódico, donde, pese a todo, seguían apostando por ella, y le gustaba su vida, su casa, Compostela, Galicia... Allí seguía, tampoco había llegado al oficio para

hacer amigos.

La periodista volvió del baño recompuesta después del bajón que le había dado con Rubén, pero más animada. Se puso a trabajar en la información que publicaría al día siguiente sin importarle la hora a la que acabara, un caso de estafa piramidal en Ourense. Miró el ordenador de Amalia, allí, apagado, y lo guardó en un cajón. Mañana le echaría un vistazo a la hora de comer, pero hoy ya había perdido mucho tiempo para nada.

VIII

1

Por primera vez desde el martes de la pasada semana, cuando encontraron el cuerpo de Amalia en su casa, envenenado con alprazolam y alcohol, Julio ha dormido ocho horas del tirón y se siente más animado. Ha tratado de impedir que su cabeza le amargase el día con recuerdos y pensamientos oscuros sobre las circunstancias de la muerte de la jueza de Lugo, pero al llegar al despacho no ha podido evitarlo. Patricia le ha avisado de que Sandra lo había llamado y que parecía preocupada. «¿Para bien o para mal?», pensó el abogado, que dio las gracias a su compañera y se encerró en su despacho, en la planta de arriba del dúplex, después de hacerse en la cocina el tercer café de la mañana. El segundo lo ha engullido —«peste negra»— en los juzgados.

—Buenos días, Sandra, ¿cómo estás?

—Hecha una mierda, Julio, y empieza a ser mi estado natural... Ayer me quedé hasta tardísimo en la redacción con un caso de estafa piramidal en Ourense porque quería publicarlo hoy en la edición *online*, y creo que me explota la cabeza. Llevo demasiados días sin dormir bien y mis neuronas empiezan a cortocircuitar. —Julio se abstuvo de decirle a Sandra que él había dormido bien por primera vez en una semana; le parecía ensañamiento—. Me acosté a las tres y, aun así, no he podido evitar despertarme a las ocho de la mañana, es desesperante. Me puse a revisar de nuevo el ordenador de Amalia y nada, no encuentro nada más que lo que ya sabíamos. Lo he mirado todo, llevo cuatro horas y, aunque el archivo de toda la causa me lo conozco al dedillo, lo he vuelto a mirar también, particularmente en lo que respecta a la sociedad de O Leites en Funchal.

Pero esa parte sigue igual.

—O sea, repasemos: lo único novedoso es la carpeta de Perolo y ahí

tampoco hay nada que aporte novedades o nuevas pruebas, indicios, de la causa. Mucho menos que confirme nuestras sospechas fundadas durante la etapa de la instrucción sobre una causa mucho mayor, con prostitución, drogas, quién sabe si trata y explotación de menores... ¿Recuerdas? Eso lo concluimos con las grabaciones de la policía judicial sobre la entrega de mordidas a funcionarios en lugares discretos —aparcamientos, sobre todo

—, las fiestas blancas en casa de O Leites y las visitas al Princess, donde entraban y salían un considerable número de trabajadores públicos de Lugo, incluidos políticos gallegos de relevancia nacional, jueces y agentes de la Policía Nacional y la Guardia Civil. Todo eso que la Fiscalía, la Audiencia Provincial y el Supremo tumbaron por falta de pruebas sólidas, acusando a Amalia de inventarse un caso para hacer un juicio moral y político, ¡incluso cuando Perolo la intentó chantajear con el arma del Supremo en la mano!

Es que es acojonante.

—Qué va, Julio... De eso, nadita, cero, *zero*. Mi sensación ahora es que Amalia creyó que la investigación sobre los papeles del Atlántico incluiría también una filtración de documentos de operaciones ilegales de la sucursal del despacho de Perolo en Funchal y ahí encontraría pruebas sobre las actividades que acabas de enumerar y que centraron su investigación —

bueno, y la nuestra— del caso Lego. Porque si las cosas eran como las suponíamos —y los indicios nos indicaban sobradamente que sí—, O Leites tenía que manejar mucho dinero, seguramente con la complicidad del alcalde de Santiago y sus tentáculos institucionales. El PDC lleva en el Gobierno español ocho años y el presidente es íntimo de Roberto; es más, el regidor es su delfín, su heredero para las próximas generales, seguro.

—Es cierto, y aclárame una cosa que leí en tu periódico la semana pasada, aunque entonces ni le di importancia con el *shock* del suicidio de Amalia. —Julio nota que empezaba a recuperar la racionalidad y su mente se aclara para hablar de la muerte de su amiga—. Creo que fue el miércoles pasado cuando me llegó una alerta al móvil sobre que Roberto convocaba una rueda de prensa y todo apuntaba a que era para anunciar su candidatura

a presidir el PDC en el congreso del próximo verano y, por tanto, para aspirar a la Presidencia del Gobierno. Citaba fuentes de *O Pobo*, y siempre habéis estado muy bien informados. ¿Qué pasó con eso?

—¡Hostia, es verdad! Te llamo en dos minutos.

Julio se queda con la palabra en la boca mirando el móvil, aunque apenas tiene tiempo de devolverlo a la mesa e ir a llenar su botella de agua.

Sandra lo vuelve a llamar.

—Bingo, Julio. Me cuenta Rubén, mi compañero, que antes de que empezara a hablar, los periodistas le preguntaron por el suicidio de Amalia.

Era temprano y Roberto aún no se había enterado, había estado encerrado preparando su primer discurso de despedida, supongo, ya sabes cómo le gusta el lloriqueo. Según le preguntaron por la muerte de Amalia, mostró sus condolencias más rápido de lo normal, nervioso —cosa poco habitual en él— y salió en estampida. Sus colaboradores contaron a la prensa que, conociendo «el deceso», no era un día para hacer balance de gestión y que el alcalde estaba muy impresionado. Así quedó todo y, de momento, me dice Rubén que no ha habido más comparecencias de Roberto.

—¿Y qué *carallo* le importa a este pájaro el suicidio de Amalia? Le hizo la vida imposible, él, su partido y amigotes como O Leites. ¿No tendría que estar contento con su muerte? Y desde luego, si él hubiera tenido alguna responsabilidad en un posible asesinato, o no habría convocado la rueda de prensa estelar o habría reaccionado con la frialdad de haberlo ensayado. Lo único raro es su reacción, está claro que el alcalde no se cree lo del suicidio. Tampoco parece que tenga nada que ver con su muerte.

—Joder, Julio, si es que no tenemos nada, ¡nada! ¿Y si acabamos con esto ya? Me voy a duchar y me marcho a la redacción, necesito pensar en otra cosa o la que se suicidará seré yo.

—¡Sandra!

—Perdona, Julio, joder... Este humor nuestro... ¡Te llamo!

2

El abogado se levanta de la silla de su despacho. Acaba de recordar que ayer lunes cogió de la alacena de la casa roja el pendrive donde guardó la carpeta «Perolo» del ordenador de Amalia y lo tiene en el bolsillo de su chaquetón desde entonces. Justo cuando lo encuentra, escucha voces abajo.

Patricia parece muy contenta con quien ha venido, así que deja el pendrive en un cajón y va a ver quién es. No le da tiempo: Xeno asoma la cabeza por la puerta de su despacho y casi se dan un golpe.

—Julio, joder, ¿desde cuándo espías detrás de la puerta de tu propio despacho?

—Iba a mirar por qué Patricia estaba tan contenta con la visita, cabronazo, que la he oído dar saltos de alegría desde aquí.

El abogado se queda mirando a su amigo, lo escudriña de arriba abajo.

Al guardia civil da pena verlo: más flaco de lo habitual, con barba de varios días, demacrado y del color de la cera, con unas ojeras cadavéricas y el pelo desgreñado y sucio, Xeno parece una mala sombra del agente impoluto que fue; diría que hasta huele mal.

—Amigo, tienes que cuidarte, ¿qué coño te pasa? Y hueles a alcohol, es la una de la tarde y apestas a whisky, me estás preocupando, joder...

—¿Ahora eres mi papá, Xuliño? No me jodas, hombre, aún no ha pasado una semana de la muerte de Amalia. Y es verdad, *carallo*, no levanto cabeza.

—Xeno, ni tu padre ni hostias. Soy tu amigo y quiero ayudarte. Acabo de hablar con Sandra...

—¿Novedades?

—Nada, pero ella también está mal. Aquí cada uno lo lleva como puede, pero lo que no podemos hacer es dejar de apoyarnos los unos a los otros. Ninguno va a dar la satisfacción de caer a este sistema de mierda,

¿estamos?

—Estamos, papi. —Xeno sonríe, aunque su gesto sea el más triste que Julio ha visto en su vida, le recuerda al de Rinoceronte de ayer en Navia—.

Vamos a la cuestión: le he contado a Cosme lo de nuestras pobres pesquisas, lo del abogado Perolo, la carpeta en el ordenador de Amalia, los papeles del Atlántico y eso. Extraño le ha sonado porque no me ha dicho nada, solo fruncía la nariz por debajo de las gafas. Le he preguntado su

opinión y me dijo que no tenía, porque en todo caso, si algo le demostró Roberto el viernes pasado en el cementerio de Lugo, es que estaba inquieto por la muerte de Amalia, como si no creyera que era un suicidio. ¿Y quién iba a tener más interés en matarla que Roberto o Carlos O Leites, a los que la jueza siempre señaló como los cabecillas de la trama? Que eran su obsesión, Julio, su obsesión... y con pruebas bien conocidas por todos, sus nombres aparecían en todas las testificales y en muchas de las grabaciones, no me jodas. Eran el origen del dinero que se pagaba a los corruptos, si es que lo sabe todo dios en este puto país.

—Vale, vale... Entonces, a Cosme se le hace raro que Amalia investigara la documentación periodística, pero está seguro de que sí se ha suicidado. Es verdad que a mí me lo dijo ya el primer día en Navia:

«Suicidio de libro». Ni siquiera se pidió autopsia.

—Cosme, como todo buen guardia civil, y es de los mejores que conozco, se ciñe a las pruebas encontradas en casa de Amalia, Julio. Y las pruebas son las que son y ya las conoces muy bien.

—Y tanto.

—Venga, te invito a comer, vamos a As Fontes.

Julio siente que su amigo necesita compañía, pero también sabe que, si acepta, no lo ayuda en absoluto. Lo que necesita Xeno es desconectar de todo esto, retirarse unos días y descansar. Es evidente que se siente solo, pero tiene que retomar su vida, sus investigaciones en el cuartel. No puede acompañarlo en su ingesta permanente de tabaco y alcohol con la que trata de evadirse todo el tiempo de la realidad que tiene que afrontar sí o sí. Y a Julio le cuesta creer que el curtido guardia civil, noble y duro como una roca, que ha visto la desgracia en todas las formas de violencia posible, no pueda superar esto.

—No puedo, Xeno, tengo comida en Baralla con unos clientes del despacho. Vete a Navia o quédate en mi casa, te doy las llaves, pero por favor, descansa.

El agente se da la vuelta, le guiña un ojo y se va silbando del despacho.

Ojalá Julio hubiera sabido que hasta aquí ha llegado Xeno.

3

«Hay un magistrado del Tribunal Supremo en el restaurante favorito del alcalde de Santiago de Compostela. Y espera a alguien». El camarero de la barra de O Viveiro deja el móvil rápidamente al lado de la máquina de café que tiene detrás después de mandar este aviso en un mensaje grabado.

Se dirige a la mesa del fondo donde el presidente de la Sala Segunda del Alto Tribunal espera a Roberto.

—¿Quiere tomar algo el señor mientras espera?

—Un agua con gas, por favor.

—Ahora mismo.

El regidor compostelano no ha pedido un reservado para comer con Pedro, no le gusta levantar sospechas, y seguro que el papanatas del barman ya ha avisado a la prensa. «Bien, que se enteren de quién manda aquí», piensa. Cuando entra por la puerta, los comensales de la primera mesa ocupada lo saludan con efusividad. Están haciendo turismo, no son gallegos, pero admiran mucho su trabajo.

—¡Qué bonita está Santiago! Tiene que ser usted presidente del Gobierno para dejar España igual de linda —le dice arrobada una señora mayor.

Roberto habla con ellos, los abraza, se hacen fotos y se retira a la mesa desde donde Pedro observa la escena con la mayor atención y piensa: «Al cabrón lo quieren y todo, qué sabrán ellos...».

—Pedro, ¡qué alegría verte! Discúlpame el retraso, estamos con los preparativos del Xacobeo y las obras que yo mismo he puesto en marcha me han provocado un buen atasco en la Plaza Roja.

—Tranquilo, Roberto. —El magistrado se levanta, se cierra la chaqueta cruzada y le da la mano, tieso como una vara, con su soberbia habitual—, ya sabes que la gente muy ocupada como tú o como yo nunca tenemos tiempos muertos. Llamadas, correos... siempre hay cuestiones pendientes que se resuelven en minutos así.

—Siéntate, siéntate... ¿Qué tomas? ¿Un godello para recordar los viejos tiempos y vamos brindando mientras nos traen la comida? A ver qué mariscos y pescados tienen del día. —El alcalde se da la vuelta y llama al

«papanatas».

—No bebo, Roberto, ya no. Tú eres un jovenzuelo, como mi hijo, pero yo tengo que cuidar el corazón, que ya me ha dado un susto el verano pasado. La mala vida, ya sabes. Seguiré con el agua con gas, pero tú no te cortes: bebe lo que te dé la gana, que estamos en confianza.

Roberto mira fijamente al magistrado, es verdad que Pedro está mayor, el pelo ya es completamente gris, aunque lo conserva íntegro y bien peinado, su cuerpo no se encoge, va siempre como una vara, aunque sus andares resultan cada vez más artificiosos. Pero siempre que trata con él sobre temas judiciales y políticos tiene la impresión de que habla con una persona de su generación, de que hablan el mismo lenguaje: se entienden perfectamente. Es normal, el nepotismo, el amiguismo, la corrupción política y judicial, los favores mutuos que empiezan siendo ilegítimos y acaban siendo ilegales, los sobornos, el tráfico de influencias... Eso existe desde Aristóteles y no lo han inventado ni Roberto ni Pedro.

El magistrado, que es hombre de ir al grano, pregunta al alcalde por su hijo Perolo. Le ha notado preocupado desde que murió la jueza de Lugo.

—Y si está preocupado, Roberto, es porque tú lo estás. Es mi hijo, es un niño mimado, pero sabes que ha heredado la inteligencia de su madre y algo de la mía, y no se le escapa nada.

—¿Preocupado yo? ¿Por qué habría de estarlo, Pedro? —Roberto bebe el trago de godello que le queda de la segunda copa y se sirve más, aunque es consciente de que, delante del magistrado, tres es lo máximo a lo que puede llegar para no perder los nervios, que, efectivamente, están muy maltratados desde que murió Amalia.

—Cuéntamelo tú. Estaba previsto que anunciaras tu candidatura a presidir el PDC la semana pasada, justo el día que te enteraste del suicidio de esa mujer. Desde entonces no has pasado por Madrid. Al presidente lo están acosando desde todos los frentes, sobre todo porque aquí el único que ha pagado, políticamente hablando, en la causa Lego, es Manuel, el que fuera senador y líder del PSC en Galicia, uno de vuestros «asalariados», un pez gordo. Y mi hijo era su abogado, con lo que lo pusisteis también en el foco. La muerte de Amalia ha removido cosas y tu actitud silenciosa...

—Solo ha pasado una semana, Pedro, no me jodas. Necesito garantizar que la jueza se suicidó por cuestiones personales y no porque lo

nuestro haya influido de alguna manera. El comandante del cuartel de Navia, que es quien fue a su casa la noche que la encontraron muerta, me ha garantizado que es un suicidio de libro. Fui al cementerio de Lugo a dar el pésame al marido y a la hija y todo está en orden, pero entenderás que necesite asegurarme de que, con su entierro, se tapa todo y para siempre. Esa mujer era perfectamente consciente de lo que pasaba, y si no fuera por mí y el trabajo en red que he hecho todos estos años, codo a codo con O Leites, aquí nos íbamos todos a la mierda. Así que no me jodáis los madrileños ahora con las prisitas.

—Entonces, no la matasteis vosotros...

—¡Coño, Pedro, me cago en la puta! ¡Claro que no! ¿Qué pregunta de mierda es esa? Se suicidó, punto, se envenenó con pastillas y vino y fuera: se murió. Se-mu-rió.

—Me alegra oírlo, he arriesgado mucho por mantener tu blindaje engrasado y que el negocio siga intacto.

—Yo ya no tengo nada del negocio. Si quiero, si queremos que aspire a presidir el Gobierno, tengo que estar limpio. Está todo en manos de O

Leites y lo sabes, todo ordenado y perfectamente legal gracias a tu hijo. Y

así queremos que siga siendo, su despacho es el mejor.

El magistrado sonríe. Sabe que lo que le dice Roberto no es estrictamente cierto: el alcalde tiene testaferros o, mejor dicho, testaferras, entre otras Aurora A Leiteira», que Carlos y él colocaron al frente de sociedades pantalla que cuelgan de A Muralla, esta sí declarada como negocio lechero. Las apoderadas son prostitutas en su mayoría, cuya documentación está en sus manos y que hacen con ella lo que les da la gana. Pedro supone que las pobres mujeres no están enteradas de nada, no como él, que, gracias a su hijo, conoce todo el entramado fiscal *offshore* que se traen O Leites y Roberto. De todas formas, a Pedro le importa muy poco la ingeniería que hagan estos dos mientras él siga en su posición de influencia y consiga, si el alcalde de Santiago llega a la Moncloa, situarse de una vez al frente del Supremo y del Consejo General del Poder Judicial,

además de ir cobrando su dinerillo de vez en cuando por los favores prestados. En efectivo, eso sí, y de manos del alcalde nada más. No quiere problemas si los hubiera.

—¿Sabes qué, Roberto? Creo que me voy a tomar una copita de godello para brindar por estas buenas noticias que me das. Y si me muero, coño, que me muera feliz.

—¡Así habla un magistrado poderoso, qué *carallo*! Pues no te queda a ti guerra por dar...

Roberto pide otra copa al camarero y, al darse la vuelta, observa a un tipo joven, delgado y con barba sentado en la barra, tomando una Coca-Cola. «Son gilipollas hasta para eso. ¿Quién se toma un refresco en un restaurante como O Viveiro, vacío ya a las cinco de la tarde? Un periodista bobo, nadie más. Que rule la noticia, pues: el alcalde, comiendo con el todopoderoso presidente de la Sala de lo Penal del Supremo. A ver quién le tose», piensa. Mira al «papanatas» y al periodista barbudo y les sonríe con generosidad.

5

Cuando oye a Xeno cerrar la puerta del piso tras despedirse efusivamente de Patricia, Julio se siente mal. Ahora seguro que el guardia civil se queda en Lugo, bebiendo como un animal hasta que alguien lo acompañe a un hotel porque ya no se tiene en pie. Igual que anduvo los tres días posteriores a que a Amalia le tumbaran la causa Lego, hace un año ya, y antes de pedir el traslado a Navia de Suarna.

El abogado sabe que no puede dejarse arrastrar por esa espiral autodestructiva de Xeno, que bastante tocado anda ya para juguetear con su estabilidad mental. Son demasiadas cosas y las depresiones ya las hemos vivido cuando tocaban. Ni una más que pueda evitarse. Cierra la puerta del despacho, ya es la una y media de la tarde, pero puede dedicar una hora a mirar el pendrive con el archivo de Amalia sobre las actividades de Perolo, su despacho y los papeles del Atlántico. Se le ha pasado decirles a Xeno y a Sandra que se lo llevó de la alacena de la casa roja, donde lo había dejado el

pasado jueves hasta que estuvieran todos allí, así que hablaría con Sandra hoy mismo pues, francamente, el guardia civil no estaba para procesar mucha información.

El lápiz USB solo contiene una copia de la carpeta «Perolo», Sandra ya lo ha revisado todo varias veces desde su óptica de periodista especialista en delitos financieros, pero quién sabe si él puede detectar algo desde su ignorancia. Tiene que hacerlo, en todo caso, antes de mandar todo a la mierda, que es, probablemente, lo que más desea en ese momento.

Mientras el ordenador se carga, Julio va repasando el juicio que tiene al día siguiente, un caso terrible de pederastia de un padre con sus dos hijas, menores de edad, de las que lleva abusando años sin que la madre supiera nada. De hecho, es la madre la que lo denunció al conseguir que su hija mayor le contara por qué había intentado suicidarse. Familia de clase media, padre y madre con carreras superiores, buena casa, buenos sueldos, prestigio... «Menudo cabrón malnacido», piensa Julio, que tiene que leer los testimonios de las niñas una y otra vez para creerse que un padre puede hacer algo así a sus hijas, y confía en que la jueza —por cierto, la sustituta de Amalia — dicte la pena máxima.

La carpeta «Perolo» se abre en el ordenador de Julio con todos los archivos en fotos o escaneados sobre las informaciones periodísticas de la macrofiltración conjunta desde varios despachos situados en paraísos fiscales. El letrado pide que le traigan del bar habitual un bocadillo y una cerveza, pues se propone revisarlos uno por uno en el despacho. No se levantará hasta que acabe y cierren (o abran) esto de una puñetera vez.

Dos horas después, y cuando va por el quinto bostezo, Julio da con un papel algo raro en comparación con el resto, no recuerda haberlo visto en el ordenador de Amalia, aunque eso es lo de menos, ya que tenían el trabajo dividido en tres partes y en aquella casa roja, la concentración era imposible. El abogado espabila un poco y da a imprimir el documento de una página que le ha llamado la atención. En apariencia, es un dibujo hecho a mano, con unos garabatos y unas letras que podrían haber salido de las manos de su sobrino de ocho años, Pablo, el hijo de su hermana mayor.

«Necesito un café», piensa Julio, y baja a la cocina, está solo en el piso. Mientras busca un omeprazol que le alivie la acidez del bocata de calamares con mayonesa picante que se acaba de tomar, oye el teléfono arriba. «Que vuelvan a llamar», piensa, solo quiere dedicarse al dibujo ese.

Algo le dice que es importante pese a su apariencia cutre.

Sentado en su mesa, con el café y el omeprazol haciendo efecto, Julio observa fijamente el papel impreso. No entiende nada: hay un dibujo de un círculo grande del que salen rayos con círculos más pequeños y de estos, otros círculos. Así, hasta cuatro filas. Las anotaciones en uno y otros son iniciales y fechas, con día, mes y año. También tienen nombres y lo que parecen cantidades en euros al lado de las fechas. En el margen inferior, aparecen O Leites (Carlos) y Roberto; la mujer de

Carlos también figura en uno de los círculos. «Menudo *carajal*», dice Julio en voz alta y se desploma sobre la mesa. Está claro que toda esta construcción de bolas mal hechas es un entramado societario, pero no entiende bien la caligrafía de las anotaciones ni sabe quién ha hecho el dibujo, por qué y a qué se refiere concretamente.

Decide dejar a Sandra la parte financiera, pero hay otra cuestión a la que no para de darle vueltas. Si ese documento que tanto llama la atención no estaba en su parte de la documentación cuando se la repartieron en la casa roja, ¿estaría en la de Sandra y Xeno? Y si así era, ¿cómo es que no le habían comentado nada? Sobre todo Sandra, que afirmaba haberlo revisado todo y que se llevó el ordenador de Amalia. ¿O es que solo lo tiene él porque entre el jueves, cuando él volcó el contenido de la carpeta en su pendrive, y el día de ayer ha desaparecido del ordenador de Amalia? A lo mejor no es importante, pero Julio tiene la intuición de que, como mínimo, es lo más novedoso de cuanto han visto y tienen que averiguar qué es y, sobre todo, por qué solo existe la copia que tiene él y que ya ha guardado también su ordenador.

IX

1

El juez ha condenado a la pena máxima al padre abusador y torturador de sus dos hijas. La justicia existe y Julio cree que es una buena señal. Cuesta encontrarla, el proceso suele ser lento, exige dolor y causa impotencia a veces, sobre todo en función de quién seas y de dónde vengas, pero ahí está.

El abogado habla con los medios de comunicación que le esperan a la salida del juzgado y se pronuncia en esos mismos términos:

—La justicia nos hace mejores a todos, caiga quien caiga, y aunque ante un crimen tan execrable como el de este padre, la violación continua de sus hijas, nos parece poco la pena máxima que contempla el Código Penal, es un indicativo de que vivimos en una sociedad democrática que merece la pena cuando se trabaja desde todos los frentes, particularmente desde quienes tienen, tenemos, responsabilidades públicas. No dejen de denunciar ustedes toda la corrupción en la que puede incurrir el ser humano, sea de este tipo o de cualquier otro. Les agradezco mucho toda la atención prestada a este caso, que sin duda pondrá el foco en muchos otros silenciados, tengan en cuenta que aún son la mayoría. Lo hago también en nombre de la madre de las niñas, que ahora trabajan en su recuperación

mucho más tranquilas al saber que ese abusador estará en prisión por largo tiempo. Gracias.

—¡Julio, Julio! Una pregunta más sobre otro asunto. ¿Cómo ha vivido el suicidio de la jueza de la causa Lego?

—Muy mal, como no podía ser de otra forma. Amalia era mi amiga, además de una mujer buena, generosa y comprometida con la justicia y los derechos humanos. Eran su vida. Pudo equivocarse en algunas cosas, pero creo que se ensañaron con ella. Los responsables sabrán por qué, pero me

habría gustado más que lo hubiese sabido todo el mundo con una investigación proporcionada a los indicios que se encontraron. Es lo que hay, muchas gracias.

«Maldita sea», piensa Julio. La pregunta de la periodista sobre Amalia ha bajado el ánimo triunfante con el que el abogado salía de los juzgados.

No, la justicia no es igual para todos, y cuando el poder político entra en los tribunales, la justicia salta por la ventana y se acaban recolocando las piezas para que el daño a los poderosos sea el mínimo posible. No hay afán de justicia en estos casos, hay afán de ocultación. El móvil suena en el momento en que Julio está llegando al despacho.

—Hola, Sandra, ¿cómo estás hoy? Porque necesito verte, acabo de terminar un juicio y me gustaría acercarme a Santiago a comer contigo: hay algo que quiero que veas.

—Estoy un poco mejor, creo. Me vino bien ayer dejar todo a un lado y centrarme en el mucho trabajo que tengo en *O Pobo*. He dormido bastante bien y todo. Mis jefes me han dado un tiempo para recuperarme, me han dicho que el que necesite, pero los temas se acumulan y mi cabeza exige distracciones. ¿Qué mejor que bonitas tramas financieras de toda la variedad de avaricia humana e ingeniería fiscal para pasarlo bien?

Los dos ríen y acuerdan verse en la Casa das Crechas, a última hora de la tarde mejor, para tomar unas raciones, ya que la hora de la comida le va mal a Sandra si quiere salir a una hora razonable de la redacción y así estar libre para su merienda-cena. Julio le comenta por encima lo del papel que ha encontrado en el pendrive y le dice que puede enviárselo o, si prefiere, enseñárselo por la tarde para no distraerla de su trabajo. Por supuesto, una periodista como Sandra, sedienta siempre de información novedosa, curiosa enfermiza, y máxime

cuando le atañe personalmente, le dice que a quién se le ocurre esa oferta última.

—Mándame el papel y le echo un vistazo mientras como el sándwich y estoy imposibilitada para escribir sin pringar el ordenador. Después lo comentamos.

2

Xeno ha ido al cuartel después de vagar por Lugo veinticuatro horas, con sus respectivas copas y los compañeros cigarrillos. Ha dormido algo, ha pasado por casa, se ha duchado y afeitado, e incluso ha puesto una lavadora con ropa que no lava desde hace una semana. Va a salir de esta, se repite una y otra vez.

Cosme lo recibe con semblante serio: pese al aseo al que se ha sometido, su rostro demacrado, sus ojeras y su pelo demasiado largo —

Xeno no ha tenido tiempo de pasar por la barbería de Pepe para cortárselo

—, muestran que el agente está hecho una mierda. Es inevitable que le tiemble el pulso cuando se cuadra ante su superior —mucha bebida y poca comida en demasiados días— y se pone a su disposición, aunque la cara del comandante no le gusta nada. «El cabrón se cosca de todo», piensa.

En realidad, Xeno está hasta los cojones de Cosme y el seguimiento al que lo tiene sometido. Vale que anda despistado estos días, vale que no hace nada y solo sabe beber y llorar, pero este marcaje lo pone más nervioso aún y lo detesta, le hace alejarse aún más de la posibilidad de recuperar la normalidad. El agente no quiere tutelas, va por libre, y tenía entendido que a Cosme es lo que le gusta de él. Que se haya cogido una semana de baja práctica por la muerte de Amalia entra dentro de toda lógica, cree, pero la actitud de Cosme le indica que tiene algo que reprocharle, no es justo.

«Pues que me lo diga, *carallo*, y que no ande mirándome con esas caras suyas de abuela enfurruñada porque el nieto no le hace caso... Pensaba que era mi amigo, que entendía esta situación, pero es otro estirado más del Cuerpo, el imbécil...», sigue Xeno con su discurso interior, pero antes de que se enrabiete aún más, su jefe le propone ir a cenar juntos a Caserío Meiroi. Hace tiempo que no se juntan y deben hablar con calma de todo.

Seguro que puede contarle muchas cosas que el comandante no sabe del tema de Amalia.

—¡Claro, jefe! No sabe la alegría que me da. —A Xeno se le olvida la ira que lo cegaba hace un segundo—. Ya pensaba que iba a pedir mi traslado, estos días he estado un poco despistado, ya sabe, quizá no he sido lo ejemplar que debiera, pero lo de Amalia me ha tenido muy tocado. Eso va a cambiar, ya verá. Hoy mismo me centro en mi trabajo y luego vamos a cenar; yo le cuento lo que quiera, pero no hay novedades. Los chicos y yo

estuvimos mirando bien toda la documentación de la jueza en sus archivos y más allá de lo que le conté, no hay nada de nada. Suicidio de libro, ya lo dijo usted.

—Bueno, Xeno, me alegro de verte más animado, y no te preocupes por lo pasado esta semana. Ya te apretaré bien las clavijas cuando te vea cien por cien recuperado.

Cosme se queda mirando a su mejor agente mientras este sale del despacho. Está muy preocupado, mucho, pero cree que debe abordarlo con calma con él. Lleva muchos años en esto y sabe que, con los agentes tocados por algún tema personal, hay que ir poco a poco y con suavidad.

Quiere creer que Xeno no es irrecuperable, porque la Guardia Civil perdería a un gran agente. También es verdad que hace tiempo que este chaval no es el que era, y no tiene que ver solo con la muerte de Amalia.

Empezó con muchas ganas en Navia, y más aún cuando la jueza se vino también a vivir aquí. En el pueblo lo adoraban —y siguen haciéndolo

—, estaba pletórico y rendía como el que más. Pero eso ha decaído y Cosme no puede permitirse el lujo de tener a un subordinado disperso, en el cuartel son cuatro gatos y la zona es bastante intensa pese a su apariencia de tranquilidad. Lo es sobre todo en verano, cuando llega el turismo, que últimamente es bastante invasivo y ni siquiera deja grandes ingresos: se alquilan casas rurales durante fines de semana largos, particularmente jóvenes, que ya traen todo lo que van a consumir de los grandes centros comerciales. No van a los bares ni a los restaurantes, no hacen gasto; se bañan en el río borrachos, tienen accidentes, destrozan las casas y dejan todo *cheo de merda*. Es cierto que no todos son así, pero cada vez hay más turismo de borrachera y

el municipio no lo merece. Los argumentos de Cosme pueden sonar un poco cenizos, desde luego, Navia no es Magaluf, pero si por algo se caracteriza la sagacidad del comandante es por ir siempre por delante del resto: no se le escapa una, y si Cosme dice que empieza a preocuparle el turismo rural de borrachera, es que va a empezar o empieza a ser un problema serio a medio plazo.

Hace meses que Xeno no reacciona igual a su trabajo, se ha ido encogiendo y la muerte de Amalia lo ha terminado de rematar. Su jefe tiene la sensación de que pasa por una depresión aguda que no reconoce, que le

ha llegado tarde el trauma por la causa Lego. Ese asunto lo arrancó de la unidad de la policía judicial de Lugo, donde tenía un buen puesto, sin duda mucho más interesante que aquí, y Cosme está seguro de que es ahora cuando está somatizando todo lo que pasaron Amalia, él y esos dos jóvenes, el abogado y la periodista. Amalia le contó todo en los muchos vinos que compartieron en O Burato de Flor, y el jefe del cuartel de Navia quedó horrorizado con el relato de la mujer. ¿Será posible que nadie empatizara con el trabajo sincero y riguroso de esa jueza, con todo lo que sufrieron su marido y su niña, incluidas las amenazas de muerte? Por lo que le contaba, además sin dramatismo alguno e incluso con su dosis de humor negro, Xeno era quien llevaba el peso de asegurarse el equilibro emocional de todos ellos, quien tiraba del carro cuando se venían abajo, quien protegía a la jueza con noches en vela ante su casa, creyendo que Amalia no se daba cuenta, cuando el escolta que le pusieron estaba enfermo y no lo sustituían.

Ha tenido que ser traumático para todos, y aunque Julio y Sandra tomaron distancia al ser expulsada Amalia de la carrera judicial, y seguro que les vino bien, Xeno no lo hizo y, una vez más, se propuso ser el guardaespaldas de la jueza insistiéndole en venirse a Navia. Es posible que a ella le agobiaran un poco las atenciones de su amigo y se lo dijera a Xeno, pero a Cosme no le consta nada de eso.

En todo caso, esta noche hablará con él con sinceridad, a ver si consigue que su agente no se le desmadre con el vino y que no beba esos pelotazos de whisky que se mete hasta perder el control. «Mierda. Ya está ahí el demonio de Manolo hurgando en la herida y haciéndole el tercer grado a Xeno, cuando sabe que no lo soporta, ni a él ni sus interrogatorios», piensa Cosme al ver que Manolo se le acerca. Agarra el teléfono y llama a la mesa de su agente indiscreto, que abandona el escritorio de Xeno para cogerlo. El comandante cuelga en cuanto escucha la voz de Manolo, por cuya boca salen todo tipo de improperios. Tiene que mejorar la estrategia, piensa, «o este cabrón

acabará por darse cuenta, porque cotilla, sí, pero listo es como un zorro viejo».

3

Ni desconexión con la rutina laboral ni nada. Cuando Sandra ve el papel que Julio le envió por email, aun sabiendo que está abusando de la paciencia de su jefe, le avisa de que no podrá tener el tema en el que trabaja para el cierre de la edición impresa de hoy. La cara del director de *O Pobo*, con el que despachaba directamente desde la causa Lego y dada la delicadeza de sus investigaciones, se contrae un poco, aunque consigue sonreír.

—De acuerdo, Sandra, pero para mañana por la tarde, sin falta. Que entre la noticia en la primera edición del miércoles, por favor, para estar en los informativos a primera hora de la mañana. Es un buen *scoop*.

La periodista se compromete a cumplir, consciente de que no puede apretar más las tornas de la comprensión de los responsables del periódico, y se atornilla en su mesa para estudiar el papel que le envía Julio. Ya ni se acuerda del sándwich de atún y pepinillos que se ha traído de casa para comer. Antes envía un mensaje al abogado y le propone quedar una hora antes en la Casa das Crechas, que suele abrir a las cinco de la tarde. «Vente en cuanto puedas a partir de esa hora», le dice.

Lo primero que comprueba Sandra, con resultado afirmativo, es que en el ordenador de Amalia no está el esquema dibujado que le envía Julio. Ni en la carpeta «Perolo», a la que debería pertenecer, ni en la de «Causa Lego» con todo el papeleo de los dos años de instrucción e investigación.

Nada, ni rastro. Es evidente que alguien lo ha borrado sin saber que Julio había hecho una copia un día y medio después de la muerte de Amalia y escondido el pendrive en la alacena de la casa roja. Cuántas veces Sandra se había reído de la meticulosidad obsesiva de su amigo con los procesos y ahora, gracias a que Julio no quiso sacar el lápiz USB de la casa sin que Cosme les autorizara a todos a revisar la casa y el portátil, ya tenían la primera incógnita fundamentada: alguien no quería que se hicieran con el dibujito de marras.

Sandra solo necesita un primer vistazo a la foto para saber que se trata de una maraña societaria, probablemente para blanquear dinero ilegal. Las iniciales de los círculos menores deben corresponder con

testaferros al

nombre de los cuales se han constituido las sociedades pantalla, las que penden de la matriz A Muralla de O Leites, y a las cuales no habían tenido acceso hasta ahora.

—Dime que es verdad, Amalia, dime que es verdad... —ruega Sandra para sí en puro orgasmo periodístico.

Lo que no consigue encontrar es rastro alguno del autor del esquema financiero, pero tiene una convicción: ha de ponerse en contacto con el periodista que dirige la investigación de los papeles del Atlántico, que es quien posee toda la documentación, aun consciente de que sobre O Leites y su empresa (o empresas) no se ha publicado nada en *España al día* ni en la prensa internacional que forma parte del consorcio, para la que tampoco es un personaje de interés informativo. Sandra busca en su agenda el número de teléfono de algún compañero del diario nacional para que le pasen con el responsable de gestionar la filtración masiva.

4

Cuando Julio llega a la Casa das Crechas, en la Vía Sacra, Sandra ya lleva allí media hora bebiendo una caña, comiendo aceitunas y repasando papeles. El abogado supone que es el tema en el que trabaja para la edición de esta noche, que no le ha dado tiempo a terminarlo antes de verle y eso la obligará a irse antes de lo previsto. Por una vez en los tres años que hace que se conocen el abogado se equivoca con su amiga.

—Qué bien, Julio, ya estás aquí. Tengo muchísimas novedades; bueno, muchas, no, pero son sustanciosas... O sí, son muchas, porque pueden dar la vuelta que esperábamos a todo esto, aunque de momento, no resuelvan la muerte de Amalia.

—Joder, Sandra, me va a explotar el cerebro. ¿Qué tienes? No sé si alegrarme o no, son muchas decepciones acumuladas desde hace años.

—El dibujo de tus desvelos, el que encontraste en tu pendrive, confirmado ya: no está en el ordenador de Amalia ni en ninguna otra parte más... excepto ahora, en mi portátil del periódico a buen recaudo.

—Eso significa que alguien hurgó en el ordenador de Amalia antes de que fuéramos nosotros y después de estar yo, cuando guardé el USB en la alacena. Joder, qué mal rollo...

—Exacto, pero no solo eso. Pese a tu incapacidad para las finanzas, como dices tú, lo que apuntabas al principio era cierto: el esquema, dibujado muy deprisa, es un apunte sobre la maraña societaria que se trae O

Leites entre manos y de la que solo declara en España a Hacienda la matriz, o sea, la sociedad principal, A Muralla, que ya conocemos todos desde hace tiempo. El resto son sociedades pantalla, muchas, que tienen a mujeres como apoderadas, testaferros, a quienes no he podido reconocer por sus nombres, excepto a Aurora, la mujer de O Leites, conocida en este mundo de apodos bonitos como A Leiteira.

—Entonces, todo el dinero de las actividades ilegales que le suponemos a Carlos, ¿está en esas sociedades?

—No, las sociedades, creadas por el despacho de nuestro común amigo Perolo en Funchal, sirven para trajinar con ese dinero, llevarlo a sucursales financieras en opacos paraísos fiscales, evadir impuestos o blanquearlo mediante la compra inmobiliaria, de arte, coches o barcos...

Hay un sinfín de posibilidades de blanqueo si quieres devolver una parte del dinero sucio a cauces legales, como serían los pagos por contratos de colaboración a funcionarios corruptos, que estos sí deben declarar a Hacienda en caso de que les sean ingresados regularmente en cuentas, en concepto de asesoría, redacción de informes... como trabajos autónomos para no despertar sospechas y compatibles con sus nóminas. Otros supongo que cobran en efectivo para no declarar nada. ¿Te acuerdas de la caja B del PDC, por la que los trabajadores del partido, sobre todo los altos cargos, cobraban un salario mensual —aparte del oficial— de las mordidas a constructores a cambio de contratos públicos cuando Miguel estaba —y sigue— en el Gobierno? Todos ellos también declaraban esos sobresueldos, aunque no el ingreso de las mordidas empresariales, que gestionaba exclusivamente el tesorero del partido, también a través de cuentas opacas en Suiza, para los sobresueldos y las campañas electorales sobre todo,

donde se gastaban un pastizal. El PDC ha competido siempre en desigualdad de condiciones, dopado, como decimos en la jerga periodística y política.

Julio no sale de su asombro. Pese a no ser un experto en fiscalidad, conoce la existencia de este tipo de operaciones y entramados, incluso la normalidad con que los asume la opinión pública, pero nunca pensó que hubiese tenido al lado una mafia fiscal tan grande.

—¿De dónde has sacado esta información?

—Solo es el principio, Julio, y un resumen muy general de toda la documentación que hay.

—¿Quieres decir que está todo probado, que hay papeles...? —El abogado está a punto de llorar de la emoción.

—Miles de papeles con correos, contratos, identificación de las apoderadas de las cuentas pantalla, lista de beneficiarios de los ingresos, entradas y salidas de dinero negro...

—Dinero de trata sexual...

—Dinero de trata sexual, proxenetismo, secuestros... El narcotráfico no figura de momento y creemos que puede ser un tema secundario en este caso, solo para proveer a los prostíbulos.

—¿Creemos?

—Joder, perdona, Julio: el periodista de *España al día* es el que me ha dado esta información.

Sandra le cuenta a su amigo cómo ha tenido que posponer su tema de hoy en *O Pobo* para ponerse a trabajar en el papel que le envió en cuanto lo vio. Sabía que era importante desde el principio, ha visto muchos esquemas hechos así por ella misma para sintetizar complejos entramados financieros y volverlos digeribles para el lector. Pero sobre todo se dio cuenta de que era muy importante cuando confirmó que en el ordenador de Amalia no estaba, que alguien quería evitar que lo vieran. Entonces llamó a un colega suyo de política nacional de *España al día* y le pidió el teléfono del periodista que había dirigido la investigación de los papeles del Atlántico.

Para que Julio se ubique un poco en cómo van estos trabajos, Sandra le explica que cuando se producen estas filtraciones tan grandes, se utiliza un programa de almacenamiento y búsqueda de archivos, en este caso, por

parte del grupo de medios que conforman el consorcio internacional al que se ha decidido filtrar los papeles de forma anónima. Son tan abultados los archivos que se necesita recurrir a referencias para hacer las búsquedas; te las pueden dar los filtradores, al menos las más importantes, o puedes buscarte tú la vida durante días, semanas o meses rastreando nombre por nombre de políticos, o personalidades en general, cuyo tren de vida sea muy alto o que, además, no cuadre

con los presuntos ingresos que recibe.

Al jefe de la investigación, claro, y pese a que el caso Lego fue muy sonado también a nivel nacional, con todo el volumen de información y las escasas manos de las que dispone incluso el diario decano de la democracia, *España al día*, no se le pasó por la cabeza investigar a O Leites, aunque este pudiera tener relación con una trama de esclavitud sexual y corrupción política según se apuntó en su día en la causa Lego.

—Tenemos a mucha gente importante bajo el foco y hemos de atar todo muy bien, así que no, Sandra, te confieso que en O Leites no habíamos pensado. Hasta que apareció Amalia... —le dijo.

La jueza de Lugo se había puesto en contacto con el mismo periodista que Sandra unas semanas antes de morir, cuando saltó la exclusiva de los papeles del Atlántico. Preguntó específicamente si no habría información sobre A Muralla, radicada en un despacho de la capital de Madeira, en el conglomerado de filtraciones.

—En ese momento —confesó el periodista— no pude atenderla, pero anoté su solicitud y le pedí que viniera a Madrid en quince o veinte días para dedicarle un tiempo y ver que podíamos sacar. Conocía el trabajo de la jueza de Lugo y sabía de su intuición y de su conocimiento de las técnicas de corrupción. A mí también me interesaba que saliera algo de ahí, así que no pude evitar hacer un primer rastreo, que ya dio resultados jugosos, y mandarle una foto de un esquema muy burdo que hice del entramado de O

Leites para que entendiera de lo que hablábamos. Quedamos en que nos pondríamos con esto ella y yo en Madrid cuando yo hubiera despachado el grueso de la filtración sobre presidentes, ministros, capos de verdad. Nunca vino, así que cuando me dijeron que se había suicidado... dejé todo a un lado y empecé a investigar dando prioridad a todo lo que me había pedido.

Mis jefes aún no saben nada, tras lo que pasó con la causa Lego —aquí también le dimos bombo para nada—, prefiero no generar expectativas, pero el material es brutal y creo que no lo he sacado todo.

—¿Sale el alcalde de Santiago en esos papeles?

—Sale. Está hasta las trancas.

Julio bebe en silencio su cerveza y acierta a pinchar una patata cubierta de salsa brava mientras intenta asimilar la información que acaba de resumirle Sandra. En ese momento suena su móvil, pero el abogado no se entera hasta que su amiga se lo pasa sonriendo. Es Xeno.

—Xuliño, que estoy aquí con Cosme cenando en Caserío Meiroi y me he acordado de vosotros dos. Os quiero mucho, chavales, díselo a la niña también. —Está llorando como un bebé mientras habla.

—Xeno, ya estás borracho otra vez, joder... Es que...

Pero no sigue, porque Xeno ha colgado. Lo llama al móvil, pero no es su voz la que le responde.

—Julio, soy Cosme, esté tranquilo que está conmigo. Se ha ido al baño después de colgar, y se ha dejado el teléfono en la mesa, me he permitido coger la llamada por él para que usted se quede tranquilo. Esta mañana hemos tenido una charla, vino al cuartel hecho una calamidad, y eso que se había aseado, pero este chaval no levanta cabeza y me preocupa. Me juró y me perjuró que iba a centrarse y cuando llegué a cenar con él, hace una hora, ya llevaba una botella de vino encima, me dijo Jose.

—Joder... La última vez que vino a Lugo, ayer martes a última hora de la mañana, estaba fatal, apestaba a alcohol, ha perdido diez kilos por los menos en esta semana, no come, solo bebe y fuma. Y llora, llora mucho.

—Tiene una depresión de caballo, Julio, no puede evitarlo. Es mejor que se ponga en tratamiento. Hablaré con él, le diré que se coja una baja y se vaya al médico a ponerse bien. Ya sabe que no cree en psicólogos ni psiquiatras ni nada, es muy bruto para algunas cosas... Ya viene, le cuelgo y vamos hablando, ya le contaré.

Sandra se queda mirando a Julio fijamente, sabe que hablaba con Cosme y lo hacía sobre Xeno. Siente una pena infinita por su amigo guardia civil, que tanto los ayudó y protegió durante la instrucción de la causa Lego, siempre intentando animar al grupo, aun en los peores momentos, y ahora, el amigo indestructible se acaba de romper. Porque la periodista está convencida de que el guardia civil está hundido y es posible que todos tengan un poco de culpa al tenerlo como paño de lágrimas, como la figura fuerte y optimista que todo lo aguanta. Es un ser humano. Por un momento, y aun sabiendo de la injusticia de su pensamiento, le reprocha a Amalia que se haya

suicidado teniendo lo que tienen, dejándolos solos, aunque es precisamente lo que tienen lo que la invita a creer que la jueza no se quitó la vida.

—¿Qué piensas, Julio?

—En lo que me has contado, en Xeno, en Amalia, en toda esta injusticia... Me cuesta racionalizarlo todo, así que, si no te importa, me voy a ir a casa. Esa documentación que llevas, ¿es para mí?

—Sí, te lo he impreso todo. Es el primer lote de lo que me ha enviado el periodista de Madrid, lo más claro a efectos legales: las listas de corruptos que reciben dinero de la trama, el diseño societario, correos electrónicos que citan a Roberto como una de las firmas imprescindibles para mover dinero y crear más pantallas... Al parecer, lo hace vía electrónica, con un móvil específico y un código que solo recibe Perolo para dar luz verde a las operaciones. O Leites firma nominalmente, a distancia también, pero sin esconderse, como si fuera el único responsable de la empresa. Supongo que es para que Roberto parezca limpio de cara a su candidatura posible a la presidencia del PDC y a la del Gobierno.

—Pues pincha en hueso, porque no habrá candidatura.

Julio se acerca a la barra de la Casa das Crechas, paga todo, le da un abrazo a Sandra y se marcha rápidamente por las calles empedradas y mojadas de la zona *vella* de Compostela a buscar el coche para volver a Lugo.

Tiene una hora de viaje y se le hace largo. Al abogado le gusta conducir cuando no hay tráfico, como es el caso, pero está deseando llegar a su casa, ponerse una cerveza, tirarse en el sofá y mirar bien los papeles que

le ha dado Sandra, aunque la periodista lo ha sintetizado todo a la perfección: es una trama criminal, mafiosa, en la que lo único que no tiene sentido —aunque le vaya aparentemente bien a los delincuentes — es el suicidio de Amalia. Él ya no puede creérselo, pero tampoco pueden hacer nada con eso si la conclusión es que ni O Leites ni Roberto la mataron; al contrario, están asustados por si un posible asesinato, o el suicidio en sí, volviera a poner el foco sobre sus crueles negocios.

Julio ha olvidado decirle a Sandra que no cuente nada a sus jefes del periódico de momento, que haga como su compañero de Madrid, no vaya a ser que quede en nada y esta vez tomen decisiones más

drásticas contra ella.

Los tres amigos han sido muy maltratados, cada uno en su cometido, durante la instrucción de la Lego, y no hay indicios, por muy contundentes que sean, que le parezcan suficientes para probar el crimen, aunque en este caso, la evidencia es clamorosa y muy bien documentada, recién sacada del horno de la fuente directa: el despacho de Perolo en Funchal. A Julio le asoma una sonrisa, aunque debe contenerse.

6

Tiene la sensación de que el teléfono no suena, de que aúlla mientras Julio sale de un sueño profundo en el sofá del salón de su casa, donde se durmió anoche con la radio puesta y sepultado en papeles. Se le ha caído la cerveza entera sobre la alfombra de coco, ni siquiera llegó darle un trago.

—Mierda... qué *carallo* —exclama, y recuerda que tiene el móvil sobre la mesa grande, al lado de las llaves, lo dejó ahí al entrar. Son más de las ocho de la mañana y es Patricia quien lo llama.

—Dime, Patricia, ¿estás bien?

—Yo sí, yo sí... —La mujer está llorando muy nerviosa—. Es Xeno, ha intentado suicidarse. El comandante del puesto de Navia ha tratado de localizarte, pero como no contestabas, ha llamado al despacho. Se lo han llevado a Lugo, al HULA. En el centro médico de Navia no han podido hacer nada, creo que estaba en coma.

—Joder, joder, joder... ¿Quién lo encontró?

—El comandante, en su casa. Fue a buscarlo a las siete, como habían quedado, para subir al monte, a un tema de cazadores furtivos. Entró en su casa porque no contestaba al timbre y él tiene llaves. Y se lo encontró... —

Patricia se atraganta al llorar—, se lo encontró como a Amalia, Julio, estaba como Amalia. Con el pijama, el alprazolam, el vino... El comandante dice que apenas tenía pulso ya y la respiración era muy débil. ¿Qué está pasando, Julio?

El abogado ya no la oye, ha tirado el teléfono al suelo, se pone unos vaqueros sin ducharse y, con la misma camiseta blanca del pijama, se echa encima una parka gruesa, se calza sin calcetines y baja al garaje. Sale derrapando por la cuesta camino del Hospital Universitario Lucus

Augusti de Lugo.

X

1

Julio conduce desde su casa al HULA donde está ingresado su amigo, en coma por ingesta de alcohol y ansiolíticos. No puede soportarlo. Llora, grita y pide a quien esté ahí, dios o el diablo, que Xeno se despierte. Llega al hospital, pregunta por la habitación del guardia civil y le dicen que no puede pasar: está en la UCI, todavía tratan de reanimarlo. Llegó hace menos de media hora y el pronóstico es muy grave: el alprazolam, una cantidad muy alta, ya había afectado a su cerebro cuando el comandante de la Guardia Civil lo llevó al centro de atención primaria de Navia.

Julio se sienta en uno de los bancos de la entrada del hospital, con las manos en la cara y a punto de desplomarse por la pena y la rabia que le invaden. Cosme lo ve mientras está sacando un café de la máquina, saca otro y se acerca al abogado.

—¿Está bien?

—¿Bien, Cosme, bien? ¡Estoy genial...! Hace ocho días se suicidó mi amiga Amalia y ahora se suicida mi amigo Xeno. Tenía que haberlo visto venir, estaba hecho polvo...

—No se torture, Julio, nadie lo esperaba. Xeno pasaba una mala época, lo de la jueza le había trastornado. Pero yo cené con él ayer, ¿recuerda?

Conseguí que dejara de beber en un momento razonable, que comiera bien y recuperara un poco el tono. Me confesó que estaba mal, primero, por la muerte de Amalia, y segundo, porque era incapaz de recomponerse, estaba arriesgando su trabajo y la imagen del Cuerpo al que había entregado su vida. Nunca se había sentido así, y mire que Xeno ha llevado golpes en la vida... pero no nos desviemos.

Julio llora en silencio. Tiene los dedos cruzados para dar suerte a su amigo, es un acto reflejo que hace siempre que desea algo muy intensamente. Le pregunta a Cosme cómo lo dejó en su casa la pasada noche.

—Muy tranquilo, bien, dispuesto a cogerse la baja diez días por lo menos y a empezar una terapia con una doctora de Lugo muy buena, amiga mía. Me dio las gracias, quedamos en vernos al día siguiente,

hoy, a las siete menos cuarto de la mañana para ver si encontrábamos pistas de esas ratas de cazadores furtivos que andan por los montes; le pregunté si necesitaba algo y me dijo que ya empezaba a encontrarse mejor, que me fuera tranquilo. Esta mañana, al ver que no contestaba a la puerta de su casa, en la plaza pequeña al lado del río, sabe, ¿no? —Julio, asiente, estuvo un par de veces, antes de que Amalia se trasladara a la casa roja del mismo municipio.

—Volví al cuartel a por las llaves que dejaba allí y me encontré el panorama... —A Cosme le tiembla la voz—. Xeno estaba dormido en su cama, de espaldas a la puerta, bastante frío ya pese a estar tapado, con los mismos blísteres de alprazolam en la mesilla que Amalia, aunque me pareció que había más, incluso. En su caso, estaba el whisky, una botella vacía y otra mediada. Nada más: ni puerta forzada, ni olores extraños...

»Llamé inmediatamente a los de atención primaria, al centro sanitario que hay en Navia, mientras yo mismo le hacía un masaje cardiaco porque el pulso era muy débil y apenas respiraba. No conseguimos nada, ni yo ni los médicos de emergencias, así que lo trajeron aquí en una ambulancia. Había entrado en coma, es muy difícil que salga y, si lo hace, me ha dicho el doctor que será con daños cerebrales irreversibles. Ha tomado muchísimo alprazolam, lo raro es que siguiera vivo cuando lo encontré.

—Cosme, tengo que contarle algo y es muy importante. Puedo confiar en usted, ¿verdad?

—Estoy a sus órdenes, amigo. Vamos a la cafetería, que debe estar vacía aún o con poca gente y es muy grande. Este café de máquina sabe a chapapote.

Julio le cuenta todo lo que ha descubierto Sandra sobre los papeles del Atlántico, las sociedades pantalla de O Leites y el alcalde de Santiago, el presunto negocio de trata sexual y el blanqueo de capitales; le resume el entramado societario que se han montado el empresario y el político en el despacho de Perolo en Madeira... Cosme va abriendo muchos los ojos y, cuando Julio termina de darle la información, muy resumida, el comandante coge el teléfono y se pone a hacer llamadas como un loco.

—Sí, disculpe que le moleste a estas horas, señor juez, tenemos que hacer la autopsia de la jueza de Lugo, ¿recuerda? La que parecía que se había suicidado la semana pasada en Navia... Sí, la de la causa Lego. Tengo indicios más que contundentes para pensar que fue un

asesinato... De acuerdo, me encargaré de que su marido dé el consentimiento. Enseguida iré al juzgado a explicarle todo —Mira a Julio y le señala—, le llevaré documentación probatoria.

Otra llamada.

—Póngame con el doctor que atiende a Xeno, por favor. Soy el comandante del cuartel de Navia... Sí, estaba ahí hace unos minutos, pero ya no estoy... —Pone cara de impaciencia—. Doctor, hola de nuevo, necesito un informe toxicológico y físico del estado del guardia civil que ha intentado suicidarse... Sí, todo lo exhaustivo que se pueda y es muy urgente, por favor, si puede ser para anteayer, mejor... Gracias, muchas gracias, es importante, créame.

Cosme se levanta y le pide a Julio que se quede en el hospital.

—Quiero que hable con Tucho, le cuente lo mínimo imprescindible de lo que me ha contado a mí y le convenza para que solicitemos al juez la autopsia de Amalia porque creemos que puede haber indicios de criminalidad. Cuando lo tenga convencido, que se venga para Lugo y haremos la exhumación cuanto antes, hoy mismo si es posible, para que las pruebas, de haberlas, y ahora creo que sí, no sigan diluyéndose.

El abogado se queda mirando al comandante mientras saca el móvil de su bolsillo.

2

Sandra ya va de camino al HULA, quisiera sacar la cabeza por la ventana, gritar y estrellarse contra una farola, pero trata de concentrarse en la conducción. Para variar, llueve a cántaros en Compostela, aunque se va despejando conforme se acerca a Lugo. Le resulta imposible creerse lo de Xeno, qué va... Su amigo, su protector, el de los chistes a todas horas, el guardia civil feminista, el de los abrazos más *sentidiños*... ¿Por qué se iba a suicidar si la tenía a ella, a Julio, a tanta gente que lo adoraba y tanta otra a la que había ayudado por pura entrega a su trabajo y a su bondad y que le debía incluso la vida? Xeno era un héroe, era su héroe, y los héroes, lo sabe todo el mundo, no se suicidan.

La periodista aporrea el volante. Seguro que el cabrón no se leyó el email que le envió anoche poniéndole al tanto de todo lo que habían conseguido, de que estaban a punto de atrapar a Roberto y a O Leites, que tanto daño habían hecho a Amalia. Tenía que haberlo llamado, pero lo habían visto tan mal que no quiso molestarle. Pensaba darle

una sorpresa cuando abriera el correo, para que el Xeno de siempre los llamara y empezara a repartir órdenes sobre todo lo que había que hacer para hundir en la miseria y en la cárcel a esa mafia de proxenetas y puteros.

Su móvil suena en ese momento. Es Julio desde el hospital. Acaba de colgar con Tucho y le ha convencido de que hay que desenterrar a Amalia para hacerle la autopsia. El exmarido de la jueza parece incluso aliviado y dice que sí casi al momento, que se pone en marcha ya mismo para Lugo, en cuanto avise a su madre de que se encargue de Esther. A su hija es a quien le debe que se arroje luz sobre todo lo de su madre.

—Julio, ¿cómo está Xeno? ¿Se ha despertado?

—No, y no creen que vaya a hacerlo, lo siento. Cosme lo encontró a las siete menos cuarto de la mañana, debía de llevar varias horas con el alprazolam y el whisky en el estómago, todo en una dosis muy superior a la de Amalia. No entienden que no estuviera muerto. Es duro, el muchacho...

No llores más, Sandra, yo ya estoy seco. ¿Te falta mucho para llegar?

—Ya estoy entrando en Lugo, en diez minutos estoy ahí.

—De acuerdo, te espero en la cafetería. Tucho está de camino también.

—¿Tucho?

—Cosme ha pedido al juez la exhumación del cuerpo de Amalia y un análisis completo del de Xeno, toxicológico y de todo lo demás. Ya no se cree lo de los suicidios después de contarle hace un rato, yo mismo, lo que encontraste ayer.

—Dios mío...

Sandra ya está en la cafetería con Julio cuando suena su móvil de nuevo.

Xeno sigue en coma y ya lo están examinando.

—Dígame, Cosme.

—Esto se nos va de madre, Julio. El jefe de la Comandancia de Lugo, a la que he ido ahora para informar de todo lo relativo a Xeno, solo a él,

me ha llevado a una salita y me ha contado que Xeno estuvo allí justo cuando tenía que haber estado en mi casa, en la playa de Noia, descansando, ¿se acuerda que no estaba en Navia cuando murió Amalia? Se iba el domingo y volvía el miércoles por la noche, unos tres días de permiso.

—Eso nos dijo a nosotros cuando comimos con él el jueves en Meiroi, el día antes del entierro de Amalia, que había estado en Noia...

—Pues el lunes estuvo en Lugo, no fue a la casa de la playa, la señora que me la cuida me lo ha confirmado también: ella la limpió y dejó una compra de primera necesidad hecha, como yo le dije, pero cuando fue después a limpiar, vio que por allí no había pasado nadie.

—Joder, espere, Cosme, un segundo, que está Sandra conmigo y pongo el altavoz del móvil. Ese cabrón debía de estar investigando por su cuenta.

—Pues no exactamente, creo, ahora les cuento a los dos, que vuelvo al hospital, aunque me apuesto algo a que sé lo que van a dar los análisis de Xeno.

3

El alcalde de Santiago no cabe en sí de furia: acaba de enterarse por Eduardo, el jefe superior de la Policía Nacional en Galicia, de que Xeno ha intentado suicidarse también. En su casa y de la misma forma que la jueza.

Para Roberto ya no se trata de casualidades, no sabe qué está pasando y eso le pone frenético de rabia. Además, Eduardo está muy nervioso: Xeno es un agente de las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado con una reputación impecable que traspasa las fronteras de Galicia, pese al «tropiezo» de la causa Lego. Es un hombre muy querido y sus compañeros de la Guardia Civil están que echan humo, tiene muchos reconocimientos como policía judicial, no es cualquier agente.

—Son palabras mayores, y como te digo, Roberto, que la jueza me importa un cojón, también te digo que dos muertos en diez días que se dedicaron a investigar la misma trama en cuerpo y alma son demasiados.

Creo que tenéis un problema Carlos y tú.

Eduardo cuelga el teléfono y Roberto tira el suyo contra la pared de su despacho del ayuntamiento.

—¡Será mamón el pringado este! —grita—. ¿Tenemos un problema, imbécil? También tú tienes un problema, mamonazo, que te lo has estado llevando crudo todos estos años sin dar palo al agua, ni siquiera cuando te vas de putas, gordo de mierda, que no se te levanta ni con diez viagras.

Roberto intenta respirar hondo, se frota los ojos, las palabras del jefe de policía le han sentado como un tiro. Saca la botella de ron Zacapa del mueble bar y toma dos vasos de golpe. Se siente algo mejor y trata de razonar: ellos no han hecho nada a Amalia ni a Xeno, así que no deberían estar preocupados.

—No entiendo la frase de Eduardo sobre que tenemos un problema —

sigue diciendo en voz alta—. ¿Es que nos van a vincular sí o sí con las muertes?

Cosme le había asegurado que la jueza acabó con su vida, que no consideraron necesaria la autopsia y la enterraron a las cuarenta y ocho horas... Pero ¿a qué viene ahora el suicidio del guardia civil? ¿Y si andaban en alguna otra historia los dos juntos y se los han cargado?

—Pues nuestra no van a encontrar prueba alguna, si no hemos hecho nada... —asegura antes de ponerse otro vasito corto de ron—. Joder con el Zacapa, está bueno de cojones, y cómo entra... —Y llama a O Leites después de recoger el móvil del suelo, que está intacto y acostumbrado a sus arrebatos de furia.

—Carlos, soy Roberto, ¿te has enterado?

—Sí, me he enterado. ¿Cómo no voy a enterarme si en Lugo no se habla de otra cosa y en tu puta televisión gallega no paran de dar la noticia?

—No tienen por qué no darla, no me relacionan con nada y eso es bueno. Y a ti, tampoco, aunque el gilipollas baboso de Eduardo me ha llamado para decirme que en la Guardia Civil están muy nerviosos y que cree que tú y yo tenemos un problema.

—¿Nosotros? ¿Y por qué, según la mierda de sebo esa? —Roberto cree que no está O Leites autorizado para insultar a nadie por su exceso de grasa, pero líbrele Dios de insinuarle algo al respecto.

—Creo que Eduardo está convencido de que tenemos algo que ver.

¿Hablaste con O Sapo, al final?

—Claro que sí, nada nuevo bajo el sol: me dijo que estaba todo bajo control, que sus antenas funcionaban muy bien engrasadas, especialmente en Navia, y que sin novedad en el frente.

—¿Haría algo sin decírtelo?

—Me lo ha jurado por su dinero, que es lo único que le importa, y que tiene gracias a mí. De hecho, le sorprende que estemos tan preocupados por el suicidio de Amalia, porque cree que es lo mejor que podía pasarnos.

—Joder, sí, pero ahora el guardia civil está en coma por un suicidio con el mismo *modus operandi*, no puede ser casualidad.

—El Sapo es un hijo de la gran puta, pero es *mi* hijo de la gran puta,

¿estamos? No me traicionaría nunca, es malo y muy bestia, pero es *mi* bestia. ¿Y tú, qué me dices de tu Basilio, eh?

—Vete a la mierda, Leites, Basilio ha estado pegado a mi culo de presidenciable toda la semana, a ver qué coño estás insinuando... Mi chófer nunca se ha ocupado de ese tipo de asuntos tan violentos.

—Salvo cuando mató a esa periquita de tantas veces como se la folló por delante, por detrás y por el mediocentro. No me jodas, Roberto, tu Basilio es un enfermo al que solo le gustan las niñas y las destroza con ese corpachón que tiene. Aquella putita solo tenía trece años, ¿crees que Basilio no va a ser capaz de reducir a dos adultos y hacerles tragar una tonelada de pastillas mientras los ahoga con alcohol? Anda, anda... Un psicópata, eso es lo que es la bestia esa.

—Mira, Leites, discutir sobre si nos estamos ocultando la verdad el uno al otro no nos lleva a ningún sitio... Yo confío en ti y tú debes confiar en mí, porque los dos nos jugamos exactamente lo mismo. Voy a llamar a Perolo para preguntarle si todo va bien por el despacho, ¿te parece?

Carlos emitió algo parecido a un gruñido de asentimiento y colgó.

Roberto habló con Perolo, que parecía encantado de escucharlo y no estaba al tanto de nada sobre Xeno. Roberto tampoco se lo contó, no quería que él ni su padre se enteraran. En Funchal todo estaba en orden, nadie había preguntado por nada ni por nadie y los negocios seguían su curso. Por cierto, que le mandaría un nuevo requerimiento para autorizar un traspaso de fondos recién ingresados que irían directos a Suiza. Cuando cuelga la llamada a Perolo, manda un

mensaje a Carlos: «Los quesos que mandaste a Portugal, muy buenos y en perfectas condiciones».

4

Cuando Cosme regresa al hospital, tiene a Sandra y a Julio a punto de pedir un ansiolítico las enfermeras. El guardia civil pregunta primero por Xeno y en recepción le dicen que el doctor quiere hablar con él, que ya han acabado el examen a falta de unos detalles menores, pero que no hay novedades. Le ponen con él a través de la línea interna del centro.

—Nada, comandante. Xeno se intentó suicidar con alprazolam y whisky a todo meter. Había cantidades en su sangre para matar a un elefante, también restos en su boca, así que la ingesta está probada, sin signos de violencia ni nada. Este hombre es de hierro. —Cosme ya no sonríe con el cariño que es habitual por su mejor agente—. No creemos que vaya a sobrevivir, pero con estos organismos tan resistentes nunca se sabe ni cuánto aguantará en coma ni si despertará en algún momento y de qué manera. Lo lamento muchísimo.

—Gracias, doctor, por la rapidez y por su amabilidad. Sé que siempre están hasta arriba en la sanidad pública, pero esto es un tema muy urgente y de extrema gravedad. Me encargaré personalmente de contárselo con todos los detalles en cuanto salga a la luz.

—Que vaya bien entonces, comandante. Por el bien de todos.

La cafetería empieza a estar más llena, es la hora de las primeras comidas, y Julio pregunta a Cosme si quiere que se vayan a otro sitio. El guardia civil prefiere quedarse, el ruido les viene incluso mejor por si hay oídos indiscretos. Primero les cuenta el resultado de los análisis de Xeno, intento de suicidio probado, y después lo que le dijeron en la Comandancia de Lugo sobre la visita del agente. La expectación de los dos amigos va transformándose en horror según Cosme avanza en su relato.

—Xeno llegó a la Comandancia el lunes por la mañana, un día antes del suicidio de Amalia. Saludó a sus compañeros, que lo conocían casi todos y lo recibieron encantados, y después de un rato de charleta informal, dijo que necesitaba información sobre el caso de tráfico de estupefacientes que ocurrió en el Hospital Público da Mariña, en Burela. Lo recuerdan,

¿no? Salió en todos los informativos. —Sandra y Julio asienten con los ojos muy abiertos.

Cosme se refería a una trama de sanitarios que vendían fuera del centro hospitalario medicamentos que solo se administran en hospitales, benzodiazepinas y otros productos para tratamientos psiquiátricos. Tenían jóvenes camellos que los vendían por la noche en pubs y discotecas de esa zona costera, pero también en Lugo capital. Un negocio muy fructífero cuyo primer responsable era la gerencia del hospital al no controlar bien los pedidos ni la seguridad del almacenaje de este tipo de medicamentos, que deben y suelen estar muy controlados.

—Lo cierto es que el caso —continúa Cosme—, aunque cogieron a varios, sigue en investigación en la Comandancia de Lugo porque faltan responsables y creen que hay alguien por encima de los sanitarios supervisando este chanchullo y alguno más por el norte. Pero al grano...

»En la Comandancia de Lugo estaba Sebas, el amigo de Xeno que recogió a Sandra de aquella zanja del polígono empresarial de Cospeito —

Sandra asiente con la cabeza—. Sebas acompañó a Xeno a los archivos donde está la documentación de los casos no cerrados, que siguen en investigación, pero le pidió ver las pruebas. Alegó que necesitaba compararlas con otras que se habían incautado en una operación antidroga en su zona, fronteriza con León y Asturias, porque creía que podría ampliar fuera de Galicia el número de hospitales implicados.

»Con los archivos y las pruebas, cuyo registro de entrada y salida cumplimentó Sebas debidamente, Xeno pasó un par de horas sentado en una mesa, examinando todo cuidadosamente, tomando notas de los nombres de las medicinas e imprimiendo algunos papeles, de la mesa a la fotocopiadora y de esta a la mesa. Sebas le sugirió que los escaneara y los enviara directamente a su ordenador, pero Xeno no quiso y siguió con su tarea metódica mientras Sebas pasaba el tiempo escribiendo un informe y mirando el móvil cada dos por tres. Cuando Xeno terminó, metieron todo de nuevo en los archivos y en las cajas, las drogas incautadas en sus bolsas etiquetadas, y subieron a la entrada de las dependencias donde Xeno se despidió de todos, dándoles las gracias por agilizarle los trámites, en especial al «fenómeno Sebas», quien le dijo: «Estamos entre compañeros, Xeno, todo lo que sea ayudarnos para cazar criminales, bienvenido sea. Si hubieras seguido los trámites reglamentarios, habrías tardado cuarenta y ocho horas como mínimo, así que aquí no ha pasado nada». Xeno abandonó la Comandancia de Lugo a toda prisa y se dirigió a paso rápido al centro de Lugo.

—Pero sí ha pasado, ¿no, Cosme? —lo interrumpe Sandra.

—Sí ha pasado, claro que sí ha pasado. Xeno se llevó drogas de las bolsas de pruebas, aún no me han sabido decir cuántas y cuáles, pero benzodiazepinas seguro: les falta alprazolam, bastante. Me llamarán enseguida para darme la lista exacta de lo extraído.

—¿Y todo esto qué significa? Porque ahora sí que no entiendo nada...

—Tenemos varias posibilidades: o Amalia y Xeno utilizaron lo mismo que sacó él de la Comandancia, poco probable; o solo Xeno ha intentado suicidarse con lo que robó bajo custodia de la Guardia Civil y Amalia se buscó la vida para lo suyo; o, la peor de todas, que no voy ni a apuntar hasta que tengamos la autopsia del cuerpo de Amalia, cuya exhumación, por cierto, dada la emergencia del asunto y sus implicaciones al más alto nivel, ya ha autorizado el juez. Procederán a desenterrarla esta misma tarde, en cuanto llegue Tucho. Y, si no hay ningún imprevisto y los forenses pueden trabajar toda la noche, me dicen que podría estar lista mañana mismo.

Mientras, he avisado directamente a la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, tenía que hacerlo, son ellos los que se ocupan de investigar

los delitos más graves y complejos. Habría que hacerles llegar toda la documentación que tienen ustedes sobre O Leites y Roberto, Sandra; así que, por favor, avise al periodista de Madrid para que la envíe ya lo que pueda faltar. Por si lo quiere publicar antes y montar un buen pollo, Dios me perdone.

Cosme se levanta, paga las consumiciones y se despide de Sandra y Julio, desbordados completamente por la situación. Su alegría por los descubrimientos sobre la trama Lego se ha venido abajo al conocer las acciones y la situación de Xeno. De pronto, sienten que ya no conocen a su amigo, que la imagen de los días compartidos se va difuminando en sus mentes sin que puedan retenerla.

5

O Leites medita en su despacho mientras mira por los amplios ventanales que abarcan el núcleo de su imperio lácteo en Cospeito. Llueve, y el clima atrapado en la oscuridad de los nubarrones va contagiando su espíritu, carcomido ya por la incertidumbre. No, ya no se fía de Roberto, ni de Perolo, ni de Basilio, ni de Eduardo, ni de Pedro, ni de su mujer siquiera, aunque siempre le ha sido leal. En todo caso, sabe que, si no lo es, aparte de unas hostias, le da donde más

duele, mucho más que los golpes: el dinero.

Alguna vez se había puesto borde con él y acabó de patitas en la calle, en camisón y sin nada más. Estuvo en el portal toda la noche, a menos dos grados de temperatura. Aguantó porque es del tamaño de cualquiera de las vacas rubias de Carlos, pero nunca más volvió a desafiarle: se la folló como es debido para que entrara en calor y la dejó llorando y pidiéndole perdón desde el suelo, jurándole que no volvería a pasar, que ella era la mujer más feliz del mundo y que si tal y pascual. Suena su móvil.

—Jefe, me he enterado de lo de Xeno y ahora sí que tengo que contarle una cosa, pero ya le digo que ni yo ni ninguno de mis hombres tenemos nada que ver con esta muerte ni con la de Amalia, solo para que lo sepa.

—Ya lo sabía, Sapo, lo sabía... —O Leites no quiere gritarle antes de tiempo, aunque algo le dice que acabará haciéndolo.

El proxeneta del Princess le admite al empresario que hace unas semanas, un mes tal vez, llegó a chantajear a Xeno para que frenara a la jueza, porque un periodista gallego residente en Madrid le contó que Amalia estaba a punto obtener un material decisivo sobre A Muralla y otras sociedades, y que creía que esta vez sí, la mujer los tenía pillados por los huevos, sobre todo, a O Leites y al alcalde de Santiago.

Mientras escucha el relato de su pupilo, Carlos tiene que sentarse en la silla último modelo de su despacho, pero no la siente, tampoco la gravedad bajo sus pies. Saca una petaca del cajón y da un buen trago antes de darse cuenta de que el Sapo se ha callado.

—Sigue, Sapiño, sigue... Tú no te preocupes por nada, que seguro que todo se arregla. —Que le llame Sapiño es un pésimo indicativo para la alimaña, pero no tiene más remedio que seguir, tratando de minimizar al máximo el golpe.

—Poco más, jefe, no hay nada que arreglar. Creo que Xeno hizo su trabajo, estaba destrozado, pero la otra opción era peor: que toda Galicia lo viera follando con dos prostitutas del Princess, el mismo local que se encargó de vigilar y que señaló una y otra vez como el epicentro de todos los males de la humanidad. —A O Leites sí que le ha cogido por sorpresa lo del chantaje al guardia civil; va a ser verdad que todo el mundo tiene un precio.

—¿Cómo *carallo* conseguiste grabar en el Princess a ese pobre

desgraciado?

—Pues le parecerá mentira, jefe, pero ya sabe que yo no le miento a usted nunca. Me lo encontré de copas en Lugo hace tres meses, cuando andaba yo buscando ganado fresco entre camareras y demás. Xeno estaba con uno de los asalariados de Lugo, de copas, otro guardia civil, Sebas, un chaval ambicioso pero no muy inteligente, aunque muy cumplidor y útil.

Saludé a Sebas y Xeno quiso darme un puñetazo, así, sin mediar palabra, pero estaba borracho y solo consiguió que yo le agarrara el puño y le dijera que íbamos a comportarnos como seres adultos por una vez. Que le habían comido el tarro contra mí, contra ti y contra otros cuantos y que ahí no había nada de nada. «¿Dónde estaba el dinero, agente? ¿Dónde escondíamos esas cantidades desorbitadas que dicen que repartíamos por

ahí como si fuéramos los Robin Hood de Lugo?», le dije. El hombre callaba, jefe, más por los vapores etílicos que por lo que yo le decía, supongo, pero calladito como un muerto.

—Joder, Sapo, hasta tienes tu gracia, cabrón... —O Leites se ríe, aunque no baja la guardia. Su asqueroso protegido siempre se ha creído más inteligente de lo que es y eso le hace más vulnerable.

—Mire, jefe, este guardia civil ya estaba tocado desde que se cerró la causa, me lo contó Sebas y otra gente de la montaña que viene por el Princess a oxigenar sus cositas. Creo que la jueza estaba de él un poco hasta los cojones, de su constante protección, sus preguntas... O eso me dijo a mí, casi llorando, pero puede ser al revés, que el tipo iba muy pedo. Se pasó el rato maldiciendo el día en que le dijo a Amalia que se fuera para Navia.

Cada vez bebía más y le digo yo, que siempre tengo mis reservitas encima, algo más que la bebida fue cayendo para que el hombre espabilara un poco...

De hecho, Xeno se había metido una raya de coca, y a la hora, otra. Y

se sintió despejado y feliz, entero y lúcido como hacía mucho tiempo que no se sentía. Y entonces pensó que a lo mejor tenía razón O Sapo de los huevos y Amalia se había montado su película y los convenció a todos, «tan inteligente como es, porque lo es mucho y no hay nadie más lista que ella», eso pensaba. La droga, en una persona que apenas la había probado, y hacía muchísimos años ya de eso, le hizo un efecto fulminante y se sintió nuevo, como si lo de la causa Lego no hubiese

ocurrido nunca y O Sapo, Sebas y otro que iba con O Sapo, muy feo también, fueran sus amigos de toda la vida.

—El caso es que acabamos de copas, como le digo —continuó el Sapo

—. Xeno me invitó y todo. Le juro que estaba desatado. Les propuse a Sebas y a él que nos acercáramos al Princess a tomar la última, que allí en un reservado estaríamos más tranquilos y a salvo de miradas cotillas, que yo los invitaba. Todo el mundo nos conoce en Lugo. Yo no esperaba nada, joder, qué iba a esperar después de todo lo que pasó... Pero el tío me dijo que sí, jefe, ¡que sí! Que estaba hasta los cojones de su vida de mierda, de Amalia y de su obsesión con la trama Lego. ¿Ve? Ahora era él quien estaba harto de ella y no al revés. Está claro que esa cabeza no *furrulaba* bien. Se

vino, nos pusimos unas rayas más, llamé a algunas de las chicas y lo metí con dos de ellas en un reservado, en *el* reservado, ya sabe usted, al que va la gente importante. Y lo grabé, no sabía para qué, pero ya conoce usted el dicho, jefe, la información es poder y es posible que algún día me sirva.

Cuando ese periodista gallego que vive en Madrid, pero conserva casa en Lugo y se pasa con sus colegas por el Princess de vez en cuando, me dijo que Amalia tenía algo importante, le envié el archivo de vídeo a Xeno y le pedí que actuara. Solo eso, y no supe más de él tras esa noche; si ella se suicidó, si él la mató... Nada. Solo sé que problema resuelto.

—Ay, Sapo, Sapo... Y ahora Xeno se suicida, ¿y qué tenemos? Dos problemas, cojones, dos a falta de uno. ¿Crees que no van a revisar las cosas del guardia civil? ¿Lo crees, pedazo de mierda? ¿Crees que sus compañeros no van a remover las piedras romanas de la muralla para saber por qué *carallo* se han matado dos amigos casi a la vez? ¿Que no van a encontrar el vídeo del folleteo con dos putas en el Princess? ¿Que no te van a preguntar a ti? Que es la Guardia Civil, Sapo, *cago na cona*, que en tantos años no hayas aprendido tú cómo funcionan las cosas... Mira, da gracias si no sale del coma el guardia civil y se muere. ¿Y qué pasa con el abogado y la periodista, los amigos de Xeno y Amalia? Joder, me acabo de acordar de ellos, eran una puta piña.

—No sé nada, jefe, desde que se archivó la causa Lego, no supe más de ellos. Creo que Xeno contó la noche de marras que no quisieron saber nada más de Amalia cuando la echaron de jueza y se fue a Navia. ¿Quiere que me entere?

—Mejor no hagas nada más, maldito seas, Sapo de mierda, que te he salvado tu puta y miserable vida y vamos a acabar todos en la trena por tu culpa.

—¿Qué dice, jefe? Solo quería ahorrarle trámites y creo que no debería ser tan pesimista...

O Leites cuelga el teléfono.

—¡Joder, joder, joder! —repite golpeando el móvil contra la mesa.

Ya sabe por qué O Sapo le llamó al móvil en vez de ir a verle a su despacho para contarle semejantes novedades: porque le habría pegado un tiro en su cara asquerosa de cloaca hasta reventarle la cabeza entera y luego

habría tirado sus putos sesos por el puto váter.

6

En la casa roja de Navia, la noche va cayendo como un manto helado un martes de octubre mientras Amalia empieza su viaje fuera del mundo.

Metida en su cama, tapada para dormir y con el cuerpo de espaldas a la puerta del dormitorio, ya no puede moverse, pero sus ojos aún miran por la ventana la noche densa y hermosa, llena de estrellas tiritando, supone, por las bajas temperaturas de las indomables montañas de Lugo.

La jueza sabe que se muere, pero Xeno tiene razón: la tranquilidad absoluta, la relajación completa que la acompaña en ese momento es la que desearía para siempre en su siguiente vida. No hay dolor.

— *Aqués que ten fama de honrados na vila / roubáronme tanta brancura que eu tiña*... —Amalia susurra por última vez a Rosalía de Castro, la mujer inmensa que tantas noches acompañó su soledad naviega.

El guardia civil observa a su amiga desde el silloncito de su habitación, sentado sobre el albornoz azul turquesa con el que tantas mañanas Amalia lo recibía en la puerta con un café en la mano y Rinoceronte al lado, a punto de saltarle el rabo del cuerpo de pura emoción, recién levantados ambos, pero con su energía desbordante. Tiene los ojos empañados, gruesos lagrimones no tardan en rodarle por la barba de tres días. Solo sabe decir

«lo siento», mientras se balancea de atrás adelante. Quiere ir a coger la mano de Amalia, pero sabe que no puede; ella tampoco querría; de todas formas, ¿qué se cree?

Ha sido difícil inyectarle el diazepam en el pie, ha tenido que amenazarla con una pistola y decirle que cualquier otra opción le iba a doler más.

—Y no querrás que Estherciña se entere de que has sufrido mucho, mucho, mucho, ¿verdad? Ya sabes cómo es la prensa, lo contarán todo, con todo lujo de detalles y saldrá en la tele, seguramente, tu cuerpo ensangrentado. ¿Quieres eso?

Amalia mira a Xeno a los ojos, le pregunta por qué ahora, por qué ahora que tienen toda la documentación para tumbar de una vez a los criminales que tanto daño les hicieron.

—¡¿Por qué has tenido que remover esa mierda, Amalia, por qué cojones no te has olvidado de todo?!

—Xeno, tú sabes que yo...

—Cállate, cállate, ponte el puto pijama y métete en la cama, no me cabrees más. Nos has jodido la vida a todos, Amalia, a todos los que te apoyamos hasta jugarnos la vida. ¿Para qué? Para nada, solo para que siguieras con tus obsesiones, otra vez tratando de volver a jodernos la vida.

¿Por qué no decidiste ayudarnos a nosotros por una vez y dejarlo todo en paz? No, tiene que ser lo que mande la señora.

—Xeno, por favor, escúchame...

—¡Se acabó, maldita sea! Acuéstate ya, que se me hace tarde, joder.

Llevo aquí tres putas horas.

El guardia civil trata de mantener la frialdad pese a que su alma está completamente hecha jirones. Se acerca a Amalia, que, tumbada en la cama, lo mira acercarse aterrorizada, convencida de que la va a golpear. Pero solo le agarra el pie con fuerza y le inyecta el diazepam en un segundo. La jueza apenas reacciona, no le da tiempo. Xeno ha ensayado bastante ese pinchazo para evitar que su víctima reaccione.

—¿Quieres una copa de vino? Toma, ya está servida. —Xeno le da una, y otra, y otra... que Amalia bebe con ansia, temerosa de que

pueda sentir algún dolor físico, hasta que se va escurriendo en la cama en apenas dos minutos.

El guardia civil la arropa, la gira delicadamente para que mire hacia la ventana, apaga la luz tenue del dormitorio y abre las contraventanas para que Amalia vea su adorada noche helada. Toda la agresividad de Xeno ha desaparecido mientras su jueza del alma se muere. A la media hora, se da cuenta de que Amalia ya es cadáver hace varios minutos y que tiene que irse de allí enseguida.

Todo se ha retrasado por culpa de las explicaciones que le ha dado la mujer sobre la nueva documentación que va a ir a buscar a Madrid. Ella aún no sabe que Xeno no ha ido a tomar un café, sino a matarla por esa

documentación.

El guardia civil tiene que revisar el ordenador antes de irse y sacar la información delicada que Amalia acaba de enseñarle, ese papel con un dibujo que ha dicho que es la condena de Roberto y O Leites. Mira el reloj, sabe que Mercedes va a venir para traer a Rinoceronte y le entra el pánico.

Le parece incluso oír los ladridos del perro, así que salta por la ventana de atrás, que da a un pequeño patio vacío, y se pierde en la noche, decidido a no salir de su casa hasta la fecha en que estaba previsto su regreso de Noia.

Revisará el ordenador más adelante, y aunque no puede hacerlo hasta cinco días después y horas antes de ir con Sandra y con Julio a la casa roja el lunes siguiente, logra borrar el documento comprometido.

Hasta que no vio el email de Sandra después de cenar con Cosme en Meiroi, no se dio cuenta que Julio tenía ese documento. Seguramente, no prestó atención cuando él comentó también en el Caserío que había estado en casa de Amalia y había grabado en un pendrive el contenido de su ordenador. Su cabeza ya estaba en el infierno después de matar a Amalia.

EPÍLOGO

Notas de Julio para la autora de este libro, que ha considerado pertinente reproducir aquí, a modo de epílogo

La autopsia de Amalia confirma que la jueza murió por una sobredosis de diazepam, que no por el alprazolam colocado en su mesilla de

noche junto a las botellas de vino. Un pinchazo con un ligero hematoma sobre la vena safena del empeine del pie derecho confirma que el medicamento le fue inyectado. El diazepam inyectable es de suministro hospitalario, no se vende en farmacias ni con receta, solo es de uso sanitario, así que tuvo que salir de un hospital o del tráfico de estupefacientes. La Comandancia de Lugo, una vez comprobadas las bolsas de pruebas a las que Xeno tuvo acceso en presencia de Sebas, confirma su procedencia: el Hospital Público da Mariña.

Xeno muere a las veinticuatro horas del intento de suicidio por el alprazolam que también sustrajo de la Comandancia de Lugo. Lo hace tras leer el email de Sandra donde le dice que con la documentación que tienen Roberto y O Leites están acabados. Los indicios apuntan a que el guardia civil mató a la jueza el martes que se suponía que estaba en Noia, en casa del comandante Cosme, algo que ya había sido descartado previamente por la mujer que cuida de la casa en esta localidad de la costa coruñesa. Xeno dejó tres blísteres de alprazolam en la mesilla de Amalia la noche del crimen, aunque le inyectó diazepam. Solo Cosme y Manolo acuden al entierro del guardia civil en el cementerio de San Froilán de Lugo.

Sandra viaja a Madrid con el director de *O Pobo* a reunirse con el periodista jefe de la investigación de los papeles del Atlántico y la dirección de *España al día* para coordinar la publicación simultánea, y cuanto antes, de la parte documental que atañe a O Leites y a Roberto, en primer lugar, y todo lo demás en días sucesivos. La documentación encontrada es de tal

magnitud que da para varias exclusivas potentes. Ambos periódicos deciden dedicar la segunda portada a Perolo, el abogado e hijo del presidente de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo que fue defendido por el Consejo General del Poder Judicial tras haber intentado chantajear a la jueza asesinada por la causa Lego.

Cuando empieza a publicarse la información sobre los papeles, y en medio de la conmoción social y política, la UCO detiene a O Leites y a Roberto por riesgo inminente de fuga. Se les imputan los cargos de blanqueo de capitales, trata de personas, esclavitud sexual, prostitución de menores, secuestro, falsificación de documentos públicos, extorsión, tráfico de influencias, tráfico de drogas... La lista es infinita, el juez dicta prisión preventiva y decreta el secreto de sumario para proteger a las testigos, la mayoría prostitutas y algunos arrepentidos, funcionarios «asalariados» de la trama que solo buscan que se les reduzca la pena.

La detención de O Sapo y de Basilio, el chófer de Roberto, se produce pocos días después, tras detectar la policía movimientos de ambos que también les hacen sospechar que están preparando su huida. Basilio es identificado enseguida como «Basilio Jesús», el socio invisible del puticlub Princess. En realidad, y según se desprende de los papeles del Atlántico, la sociedad de O Sapo y Basilio pertenece a O Leites junto a otras que incluyen diez prostíbulos más distribuidos por toda Galicia y sesenta pisos donde se mantiene secuestradas a menores y otras mujeres, a las que también prostituyen. Todo ello lo gestionan Basilio y O Sapo.

El presidente de la Sala de lo Penal del Supremo es recusado y apartado de sus funciones temporalmente al verse el despacho de su hijo implicado en el asunto de la segunda parte de la causa Lego. El magistrado abandona el puesto, dice, para que la Justicia haga su trabajo sin interferencia alguna. En realidad, busca apartarse del foco mediático y policial, ya que Roberto y O Leites aseguran ante el juez que él también cobraba mordidas por gestiones, como la de bloquear la investigación de Amalia en connivencia con el presidente de la Audiencia Provincial de Lugo. Esto no puede probarse, Pedro debía de cobrar en efectivo.

Una moción de censura de toda la oposición pone fin al gobierno del PDC en España tras saltar el escándalo, que se suma a todos los demás, de que el sucesor de Miguel al frente del partido está implicado en una trama de dimensiones nunca vistas en la historia de la democracia posfranquista, incluido el asesinato de una jueza expulsada de su carrera por el poder judicial y pese a tener todas las evidencias a su favor.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es un reconocimiento a todas las personas que intentan hacer de este un mundo mejor, aunque se equivoquen.

A muchas de ellas he tenido la suerte de poder cogerlas de la mano.

Chantaje a una jueza

Ana Pardo de Vera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede

ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19

70 / 93 272 04 47

Título original: *Chantaje a una jueza*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Silja Goetz

© Ana Pardo de Vera, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-670-6695-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia

www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima

lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Los dos cónsules

Carcedo, Diego

9788467066982

304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El periodista Diego Carcedo, premio Espasa de Ensayo por *Entre Bestias y Héroes,* ahonda en la heroica peripecia de dos diplomáticos, el español Eduardo Propper de Callejón y el portugués Aristides de Sousa Mendes, ambos cónsules en Burdeos durante la II Guerra Mundial.

Este libro es una auténtica encrucijada en la que se dan cita el ritmo de una interesante novela, la mejor divulgación histórica y una necesaria investigación periodística. De la mano de un periodista

español anónimo, al que su periódico de Madrid envía como corresponsal a Burdeos a principios del verano de 1940, el lector se sumerge en una ciudad tomada por miles de personas huyendo caóticamente del avance nazi.

En esa turbamulta, los judíos encontraron dos inesperados aliados en los cónsules de España y Portugal quienes, anteponiendo sus principios a los dictados de sus respectivos gobiernos, el de Franco en Madrid y el de Salazar en Lisboa, se dedicaron incansablemente a facilitar la huida de miles de judíos. En ese momento, su actuación les acarreó duras consecuencias personales. La posteridad, sin embargo, honra su memoria.

Cómpralo y empieza a leer

El espejo se rajó de lado a lado

Christie, Agatha

9788467066753

162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un misterio a la altura de Miss Marple.

Los sentimientos de Miss Heather hacia la popular estrella de cine Marina Gregg no andan muy lejos de la veneración. Por nada del mundo perdería la oportunidad de ver a la actriz en la fiesta benéfica que ésta da en la mansión de Gossington Hall, y está exultante de poder charlar con la glamurosa artista.

Pero lo que sucede inmediatamente después del encuentro entre las dos consigue perturbar la paz del pueblo de Saint Mary Mead. Heather Badcock ha muerto de un colapso tras ingerir un cóctel venenoso.

Mientras la policía intenta hacer progresos en la investigación, Miss Marple inicia sus indagaciones y demuestra una vez más que sus habilidades deductivas siguen en plena forma.

«Una intriga perfecta.» *The New York Times Book Review*

Cómpralo y empieza a leer

El misterio de la bala perdida

Osman, Richard

9788467067422

432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Más de 5.000.000 lectores ya forman parte de El Club del Crimen de los Jueves

Es otro jueves cualquiera. Excepto que los problemas nunca andan lejos si la pandilla del Club del Crimen de Los Jueves está metida en el ajo. Una leyenda de las noticias locales, a la caza de un titular jugoso, visitará Coopers Chase y pronto nuestro cuarteto de octogenarios andará tras la pista de dos asesinatos sin resolver. Por si fuera poco, un nuevo enemigo pondrá a Elizabeth entre la espada y la pared al

encargarle una misión letal: matar o morir.

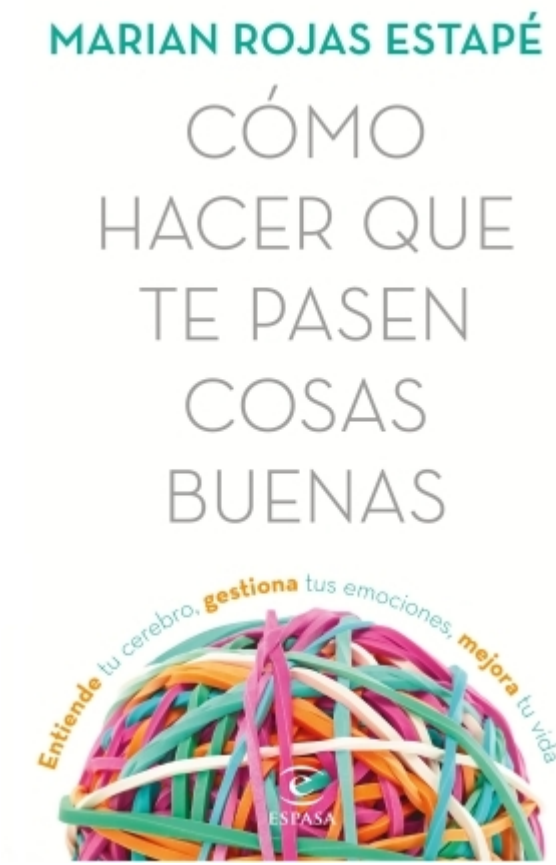
Mientras Elizabeth lidia con su conciencia (y una pistola), la pandilla hará lo posible por resolver el misterio a tiempo. Pero, ¿podrán atrapar al culpable y salvar a Elizabeth antes de que el asesino vuelva a atacar?

No subestimes el talento de un grupo de abuelos

«Entretenidísimo y divertido» | «Me recuerda a Agatha Christie» |

«Ingenioso»

Cómpralo y empieza a leer



Cómo hacer que te pasen cosas buenas Rojas Estapé, Marian

9788467053982

232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer

Save the date. Recibir en el siglo XXI Zarraluqui, Andrea

9788467067453

200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Andrea Zarraluqui, con su marcado estilo y conocimiento en el arte de **diseñar vajillas**, comparte en este libro todo lo necesario para aprender a poner la mesa y a **recibir en casa**. La autora nos enseña los básicos que debemos tener para crear un espacio bonito y vistoso en cualquier ocasión.

Además, nos da consejos sobre cómo combinar colores, alturas y formas, cuidando la estética, pero sin complicaciones, para sacar partido a cualquier objeto que ya tengamos.

Una **guía de estilo** práctica e ingeniosa con fotografías de mesas espectaculares, siempre al alcance de todos, que nos dará grandes ideas y servirá de inspiración para abrir las puertas de casa a amigos y familiares.

Cómpralo y empieza a leer

Document Outline

- SINOPSIS
- PARTE I
- ENTERRAR A LA JUEZA
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
- PARTE II
- DESENTERRAR A LA JUEZA
  - VI
  - VII
  - VIII
  - IX
  - X
  - EPÍLOGO
  - AGRADECIMIENTOS
  - Los dos cónsules
  - El espejo se rajó de lado a lado
  - El misterio de la bala perdida
  - Cómo hacer que te pasen cosas buenas
  - Save the date. Recibir en el siglo XXI